

JEAN GUITTON

MI TESTAMENTO FILOSÓFICO

EH
ENCUENTRO

FILOSOFÍA

Ensayos
391

JEAN GUITTON

Mi testamento filosófico

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-535-9



Título original
Mon testament philosophique

© 1997
Presses de la Renaissance
© 2009
Ediciones Encuentro, Madrid

Traducción
Beatriz Gerez Kraemer

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

Al Rector Magnífico de la Universidad Lateranense,
Angelo Scola, en reconocimiento a su visita.
Jean G.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: MI MUERTE

- De cómo un extraño visitante vino a sembrar la turbación en mi espíritu
- De cómo Blaise Pascal vino a mi lecho de enfermo a preguntarme sobre mis razones para creer en Dios
- Donde, al volver a encontrarme con Bergson después de sesenta años, examino con él lo que valen mis razones para ser cristiano
- Donde vemos cómo Pablo VI intenta hacerme confesar mis buenas y malas razones para ser católico

SEGUNDA PARTE: MI ENTIERRO

- Mi último viaje a Toledo y mi encuentro con el Greco
- Cómo me instalo en la tribuna de los Inválidos, a fin de seguir más cómodamente la ceremonia de mi funeral
- Donde Senghor se reúne conmigo en la tribuna de los Inválidos y donde continúa mi asombro
- Cómo De Gaulle y yo meditamos sobre el mal y otros cuantos temas
- Donde se pronuncia mi oración fúnebre y los comentarios que tuvieron lugar durante la misma
- Donde descubro que en la Sorbona enseñé muchas tonterías y donde, sin embargo, me deleito con la conversación de Sócrates
- Donde Sócrates me habla del filósofo Maurice Blondel y me fuerza a conversar con él sobre el hombre y sobre su alma
- Donde, al haber ridiculizado dos individuos mis amores, mi mujer viene expresamente a devolverme la serenidad
- Donde hablo con Dante sobre el amor y la poesía
- Cómo el extraño visitante hace un último intento y donde ya no sé quién soy

TERCERA PARTE: MI JUICIO

- Cómo dos huéspedes del infierno vienen en el momento preciso a

- representar una escena de exposición
- Donde se me ve en gran peligro y donde santa Teresa de Lisieux batalla a mi favor
 - Donde se produce la sorpresa de ver citado a François Mitterrand como testigo de descargo
 - Donde se cuenta cómo conversé con el presidente Mitterrand de los temas más importantes referentes al destino del hombre
 - Donde nuestra conversación toma un nuevo rumbo y donde se puede ver lo que significa la comunión de los santos
 - Donde soy juzgado

PRIMERA PARTE
MI MUERTE

DE CÓMO UN EXTRAÑO VISITANTE VINO A SEMBRAR LA TURBACIÓN EN MI ESPÍRITU

La noche de mi muerte ocurrieron cosas extrañas en mi apartamento parisino. Todo empezó cuando yo agonizaba tranquilamente. Era centenario o poco me faltaba. No sufría ni me angustiaba nada y, mientras me apagaba, pensaba. Pero también esperaba.

Debían de ser las nueve de la noche. En esos momentos estaba solo en mi cuarto. Del otro lado del tabique, mi sobrino Théophile conversaba con Marzena, mi secretaria, mi enfermera, indispensable y polaca. Lo que decían no era interesante. Oía sin escuchar. Mi sobrino estaba preocupado.

— ¡Qué resistencia!

— Parece como si esperara algo o a alguien.

— Quién lo diría. A él que le horroriza esperar. ¿Y qué dice?

— Nada. No dice nada. Pero cada vez que alguien entra en su habitación, se estremece, entreabre los labios. Y luego, de nuevo, el entorpecimiento.

— Y así lleva desde hace once días. Anda, llaman a la puerta. Perdóneme, voy a abrir. A lo mejor es el médico.

La oí abrir. Un silencio sobrevino y comprendí que acababa de entrar quien yo esperaba. Tenían delante de ellos un hombre elegante, vestido con un traje de chaqueta negro, de unos cincuenta años, bigotes cortados en punta. No lo había visto, pero lo había sentido muchas veces. En estos mismos momentos percibía cómo paseaba su mirada sobre mi desorden familiar: penumbra, viejos muebles, telas revueltas, libros apilados, papeles por todas partes. De pronto mi sobrino habló.

— ¿No es usted el médico?

— El señor Jean Guitton, por favor — respondió el visitante.

—El señor Guitton no está en situación de recibirle —dijo Marzena—. ¿Quién es usted?

—Aquel a quien espera.

—El señor Guitton no espera a nadie.

—Sin embargo, hace apenas un minuto ha dicho usted lo contrario.

—¿Cómo sabe usted que he dicho eso?

—Porque soy quien él espera. Vaya a decirle que estoy aquí.

—Pero ¿a quién tengo que anunciar?

—Dígale que su visita ha llegado

Marzena, estupefacta, empujó la puerta del dormitorio. Yo había cerrado los ojos para que me diera tiempo a reflexionar. Mientras se acercaba a mí de puntillas, escuchaba a mi sobrino, que se había quedado a solas con el desconocido.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a Jean Guitton, caballero?

—Desde el año de su nacimiento.

—¡El año de su nacimiento! ¡Pero si tiene cien años! ¿Qué edad tiene usted, pues?

—De donde vengo los años no cuentan.

—Ah. Eh... Yo soy su sobrino Théophile.

—Lo sé.

—¿Lo sabe usted? Sin duda habremos coincidido en alguna entrega de premios.

—No. Usted no me ha visto nunca. Nunca.

—Ah. Nunca nos hemos encontrado. Es evidente. Le habría reconocido inmediatamente, qué se imagina usted. Y más sabiendo que usted sabe que yo soy el sobrino de mi tío y que lo conoce usted desde mi nacimiento. O más bien desde el vuestro. O entonces el suyo, ya no lo sé. En fin, perdóneme, debo marcharme. Adiós, señor.

—Nos volveremos a ver el viernes en los Inválidos. Allí le entierran.

—¿Que le entierran? ¿A quién? ¿A Guitton?

—¿A quién si no? ¿A Napoleón?

—Perdóneme, hace ya diez días que no duermo. Pero, en fin... no ha muerto.

—Mañana. Mañana ya habrá ocurrido. Hasta entonces, él y yo tenemos que hablar.

Mientras mi sobrino salía, descompuesto, entró mi secretaria, para transmitir mis órdenes.

—El señor Guitton va a recibirle, señor.

—Ya se lo había dicho yo. ¿Por qué me mira usted así?

—¿Quién es usted?

Sonrió, se inclinó hacia ella y le susurró una palabra al oído. Cayó desmayada sobre el sofá, y el desconocido, sin mirarla apenas más tiempo, entró en mi cuarto.

El visitante se sentó con familiaridad en el borde de mi cama. Yo estaba acostado con el cuerpo ligeramente incorporado y la cabeza apoyada sobre la almohada. Ahora tenía los ojos bien abiertos. Hablaba con cierta dificultad, con voz ronca.

—¿Me esperaba usted, maestro? —me preguntó.

—Desde hace once días.

—No me andaré con rodeos. Usted sabe la razón de mi visita.

—Claro que sí —le respondí—. Se trata de hacerme perder la fe. ¿Cree usted que estoy en condiciones de sostener una discusión?

—Maestro, hasta hoy su cerebro ha sobrevivido a la ruina de su organismo. ¿Tiene usted miedo de hablar conmigo?

—Hablar me cansa. Déjeme.

—Limítese a pensar. Leeré en el fondo de su alma.

—Eso no es posible y usted lo sabe. Soy un santuario donde usted no puede entrar.

—Sea. Si las fuerzas le fallan, no se canse usted en articular. Conténtese con murmurar. Leeré sus pensamientos más sutiles en el más ligero movimiento de sus labios. Ya que eso sí puedo hacerlo. ¿Qué me dice usted a esto?

—Acepto el procedimiento. De pronto me siento mejor, a lo mejor es la euforia antes del final. Aprovechemos para debatir a fondo, por última vez, las cuestiones que nos interesan. Por favor, ¿podría usted llamar a mi enfermera para que me arregle la almohada?

—Lo haré yo mismo —dijo.

Lo hizo y luego me miró fijamente y me preguntó:

—Tenía usted ganas de hablar conmigo, ¿no es así?

—No —le respondí—. Nunca he sentido ninguna simpatía hacia usted.

—Sin embargo, me esperaba.

—Sabía que vendría, eso es todo.

—En su opinión, ¿por qué su ángel de la guarda no me ha impedido entrar?

—No tengo ni idea. Pregúnteselo.

—A lo mejor es que no existe, así de simple.

—Si él no existe, usted tampoco existe.

—Buena respuesta. Pero a lo mejor, en efecto, no existo. Suponga que desapareciera ahora y que le dejase con mis pensamientos. ¡Ya vería usted lo insidiosos que son! Se creería usted que son los suyos y le costaría mucho resistirse a ellos.

Y desapareció. Por primera vez en mi vida, la soledad me dio miedo.

—¿Dónde está usted? ¿Dónde está?

Nadie. El silencio. ¿Era realmente él? ¿Estaba realmente aquí? Quizás había soñado. ¿Y si fuese una alucinación? ¿Y si a lo mejor todo esto no era más que un

sueño y una alucinación? No, no, lo reconozco, éstos son sus pensamientos. Pero qué sé yo si... Me siento lleno de pensamientos que no son los míos y, sin embargo, tienen toda la pinta de serlo. ¡Mis pensamientos! Decidme que estaré en paz, que dentro de unas cuantas horas el velo se rasgará, que poseeré a Dios, que se dará a mí, que será el final de este combate, la victoria, la vida. ¡Ah! ¡Pensamientos verdaderos y cristianos! ¿Quién tiene, pues, el poder, esta noche, de haceros sonar a vacío? ¿Quién os aturulla? Pobre Guitton, viejo imbécil, has jugado y has perdido. Te creíste igual de inteligente que ese jugador de Pascal, y te encuentras ahora con los bolsillos vacíos, como él. Dentro de algunas horas ya no existirás. Sólo una bella estatua de filósofo en cera, toda endurecida lo que dura una ceremonia. Fotografiarán, para la portada de *Match*, el rosario entre los dedos helados, índice de tus ilusiones, residuo de tu miedo a la nada, última mentira de lo que llamabas tu fe. Se oxidará en el jugo de tu descomposición. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Temblé de horror ante esa risa que parecía venir de mí y que, sin embargo, no venía de mí. Pregunté:

—¿Quién ríe así?

—Tú mismo —parecí responderme—. Te ríes de mentirte toda la vida. Eres demasiado inteligente para no darte cuenta, pero ya no tienes la fuerza de continuar representando la farsa. Te habían estructurado así, mi pobre amigo. Entonces has defendido tu estructura de niño pequeño, de pequeño cristiano, de pequeño esclavo. No tuviste nunca el poder de osar. Habías aprendido demasiado bien a no morder la fruta, a no ver resplandecer la belleza pagana, a no cerrar la boca al Señor y a no escupir hacia el silencio del cielo. Has fracasado en todo, lo has perdido todo, estás desnudo y mañana estarás podrido.

—Se está usted pasando, querido amigo. Ahora estoy seguro que está usted aquí, porque imita mal mis pensamientos. A lo largo de mi vida he soñado mil veces que podía equivocarme, pero nunca he puesto en ello tanto énfasis. Si realmente estuviese convencido de lo que usted dice, no armaría tanto jaleo, porque ya no tendría ninguna importancia y en cualquier caso nunca la habría tenido. Y, además, es empezar la casa por el tejado el discutir antes que nada la cuestión sobre la inmortalidad del alma. Si quiere usted que conversemos, deje de comportarse como un adolescente nietzscheano o el vampiro burlesco y compórtese como un individuo racional, se lo ruego.

Una vez dicho esto, el desconocido reapareció.

—¿Cómo puede ser usted tan inhumanamente cerebral? —me preguntó—. ¿No está usted hecho de carne?

—¿Es usted, el puro espíritu, quien me pregunta eso?

—Nunca he tenido mucha influencia sobre usted en ese aspecto. Sin embargo, lo he intentado algunas veces. No se dio usted ni cuenta. Un perfecto inocente.

—A lo mejor hacía como si no me diera cuenta.

—¿Tenía usted tanta virtud?

—No tengo la impresión de tener virtud, más bien un natural sobrio, y, cuando lo necesité, una ayuda divina.

Se sobresaltó y prosiguió:

—Guitton, ¿por qué acepta usted dialogar conmigo? ¿No soy yo su peor enemigo?

—Mi peor enemigo es mi mejor amigo. Nada me es más útil que un enemigo.

—Sin embargo, me opongo a sus ideas. Quiero desestabilizarle. Y vengo a hacerlo en el peor momento para usted, cuando más necesitaría aferrarse a sus certezas, agarrarse a su fe. Si está convencido de su cristianismo, ve en mí a un adversario de su salvación eterna, no puede usted escucharme sin odiarme.

—Perdóneme, pero no me parece que las cosas sean así. No consigo estar resentido con usted. Para mí, un enemigo es siempre un aliado. No sé si podrá entenderme. Tener opiniones no me interesa. Está al alcance de cualquiera. Pero tener ideas verdaderas, eso es lo difícil y eso es lo que es bello.

—¡Qué arrogancia! —exclamó.

—Llámelo como quiera. Su opinión no es la que me preocupa. Mañana estaré muerto. Pero hace un siglo que pienso en este momento. Desde hace noventa años me vengo diciendo: Guitton, tienes que saber con certeza antes de morir lo que hay después de la muerte. Así que he buscado la verdad sobre esta pregunta. La he buscado durante toda mi vida.

—¿Y la ha encontrado?

—Sólo tengo el sentimiento de encontrar algo si continúo buscando y es por esta

única razón por lo que no le he echado de casa.

—Si sigue buscando, es que aún no ha encontrado.

—En el momento en que dejamos de buscar perdemos lo que habíamos encontrado. Y, por el contrario, cuanto más encontramos, más buscamos.

—No comprendo.

—Quizás es que usted ni ha buscado ni ha encontrado.

—Uno a cero a su favor —dijo riendo—. Pero mucha gente no busca —prosiguió mirándome fijamente por el rabillo del ojo—. Es usted un caso único.

—¿Qué sabe usted? Pregúnteles.

—Admitamos que usted busca. ¿Cómo diablos quiere usted encontrar?

—Diablos, si no busco, ¿cómo quiere usted que encuentre?

—En fin, ¿ha encontrado usted, sí o no?

—Me parece que sí, pero aún me lo pregunto. Vea usted, siempre tengo miedo de haber sido demasiado poco exigente, demasiado parcial, demasiado acomodadizo; y por eso me gusta tener un enemigo. ¡Refútame, Calícrates!, solía decir Sócrates.

—En resumidas cuentas, lo que quiere es que le impida morir idiota.

—Es más fuerte que yo —le dije—. Necesito pruebas. La prueba de una idea no se da sin ser verificada. La verificación es más concluyente si es impuesta por el adversario.

—Soy su adversario —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Vayamos a lo esencial. Hablemos de buena fe. Cuando emprendió la búsqueda de la verdad sobre el cristianismo, usted era ya cristiano. Estaba usted ligado al cristianismo por su educación, su tradición, sus costumbres. Tenía usted ganas de que fuera verdad. ¿Cómo puede usted pretender haber sido objetivo? Sólo buscó usted las razones que le permitían creer e intentar refutar aquellas que autorizan a dudar. Procedió usted a la racionalización de una decisión tomada *a priori* y sin razón.

—No soy insensible a su argumento —le respondí con tranquilidad—, pero le concierne tanto como a mí. Si usted quiere que el cristianismo sea falso, buscará

usted las razones para no creer en él.

—Eso significa, Guitton, que ni usted ni yo podremos nunca llegar a tener la certeza sobre estos temas. Es justamente lo que yo digo.

—Va usted demasiado rápido. Nuestros objetos de estudio suelen estar relacionados con nuestros intereses. Es una dificultad en nuestra búsqueda, pero es un estímulo para ella. ¿Cómo quiere usted buscar aquello que no le interesa? Temo que esté usted confundiendo la objetividad con la indiferencia. En la base de la investigación no está la indiferencia, está el interés, el amor por la verdad.

—Pero usted no busca la verdad —cortó con voz sibilante—. Usted quiere demostrarme que su cristianismo es la verdad.

—Está usted equivocado. Mi primera intención no es la de demostrarle a usted nada. Busco en mí mismo y para mí mismo saber lo que hay en el fondo. Al único escéptico que quiero convencer es a mí. Usted me interesa, querido enemigo —perdone mi egoísmo—, porque me es útil en mi investigación personal de lo verdadero. Y usted lo es al permitirme ser más objetivo, al poder materializar la resistencia del escéptico que siento en mí. Pero la única forma de vencer a ese escéptico interior es convenciéndole.

Sonrió y dejó caer con suave voz:

—Quiere usted decir: persuadiéndole.

—Persuadiendo realmente, es decir, sin manipular, convenciendo al corazón de que ha encontrado el *verdadero* bien.

—¡El verdadero bien! Otra cosa más. ¿Qué significa eso?

—Es lo que he querido saber toda mi vida.

—¿Y qué es ese verdadero bien?

—Eso no le interesa, déjeme morir.

—Aún no está usted muerto. ¿En dos palabras?

—El amor universal.

—¡Bahh!

—Verdad sublime.

—¡La verdad! Mi pobre Guitton, ¿qué es la verdad?

—Hubo un tiempo en que esa palabra no significaba nada para mí tampoco. Sin embargo, sabía que debía significar algo. Cuando pienso en esa época de mi vida, parece como si hubiese vivido en una especie de niebla. Pero el cielo se aclaró.

Se puso a andar de un lado a otro al pie de mi cama. Estaba rabioso.

—Habla usted siempre de verdad. Pero es usted un impostor. La única mentira es esa verdad que le llena la boca... Me vuelve usted loco. Ya no sé dónde estoy... ¡Ah, sí! Guitton, ha tergiversado usted el debate. El fondo de la cuestión es que usted no duda. ¿Cómo quiere usted ser honesto si no duda?

—Pero usted, que pretende dudar, ¿cómo quiere ser honesto si no duda usted de su duda?

—Porque dudar forma parte del método racional para llegar a la verdad y la duda hace tabla rasa. Así nace la libertad de espíritu. Y esta libertad, Guitton, excluye su fe.

—Hay que dudar, pero dudar bien. ¿Está usted seguro de dudar bien? Cree usted dudar de todo, pero no duda usted de esa duda misma. La duda realmente universal incluiría una duda misma sobre la duda. El espíritu realmente crítico incluiría una crítica de la crítica. Vea usted, querido amigo-enemigo, así es como soy crítico o intento serlo. Ésta me parece racionalmente superior. Y esa duda no hace tabla rasa y presenta una libertad más sustancial, que no está reñida con mi fe.

—Renuncia usted a la razón.

—No mucho más de lo que se renuncia a la República cuando se guarda la guillotina.

—Tiene usted respuesta para todo.

—Desgraciadamente no. Pero estoy contento de buscar la verdad realmente crítica. Si nunca he perdido la fe es porque me parecía que traicionaba la razón crítica al abandonar la fe. En resumidas cuentas, he mantenido la fe por espíritu crítico. Como si fuera un creyente racionalista y librepensador. ¿Me comprende

usted mejor ahora?

—Guitton, es usted diabólico.

—Es usted un ángel, Lucifer.

Y el visitante desapareció.

DE CÓMO BLAISE PASCAL VINO A MI LECHO DE ENFERMO A PREGUNTARME SOBRE MIS RAZONES PARA CREER EN DIOS

Suavemente, de puntillas, entró un hombre, vestido de burgués de los tiempos de Luis XIII, con un pequeño sombrero con pluma en la mano.

— Anda — me dije —, aquí está de nuevo. A fe mía que no es él; realmente hay alguien, pero no es él. ¿Quién es usted? — le pregunté al desconocido.

— ¿No me reconoce usted? — se extrañó —. Hizo usted mi retrato. Lo tuvo usted veinte años colgado en su despacho.

— ¿Cómo? ¡Acérquese! Más cerca, distingo mal sus rasgos. ¡Cielos! ¡Blaise Pascal! Estoy soñando. Tengo alucinaciones. Es el final.

— No, no sueña usted. Soy realmente yo.

— ¡Pero no le esperaba!

— Soy el Inesperado. Dicho de otra manera, vengo de parte de Dios.

— ¡Si supiera usted, Pascal, cuánto me he alimentado con sus pensamientos durante mi vida!

— He venido a estimular su última reflexión.

— Soy indigno de tal honor.

— Felicitaciones, Guitton. Acaba usted de derrotar a nuestro querido enemigo.

— Sin embargo, no quise hacerle daño.

— De todas maneras no le habéis debido hacer gracia. Huele a azufre hasta Sevres-Babilonia. Irrespirable. Un policía que dirigía el tráfico en la calle Rennes cayó enfermo. Han tenido que hospitalizarle.

— Todo el mundo dice que estoy a las puertas de la muerte, pero el hecho es que

me siento cada vez mejor. ¡Marzena! ¡Marzena!

Marzena entró. Había recobrado el sentido. Pascal estaba en un ángulo muerto, no lo vio.

—Por favor, Marzena, ayúdeme a levantarme un poco.

—Señor, no debería usted.

—Le digo que me siento mejor. Marzena, no me obligue a luchar, va a provocar usted mi muerte.

Me ayudó entonces a sentarme sobre la cama y me puso unas almohadas suplementarias, detrás de la cabeza y de las orejas. Pero no se aplicaba, nunca se aplica y, además, pretende que no estoy nunca contento. La cantidad de tortícolis que me han dado a causa de su negligencia. Aun cuando no estoy a punto de morir, estoy las dos terceras partes del día en la cama. Es mi higiene de vida. Así es cómo me he hecho centenario. De ahí la importancia de las almohadas.

—Pero no, veamos, detrás de la cabeza. No, aún no está. Tampoco. Pero bueno. No, así no, no estoy cómodo.

—Ya está, señor.

—No, no está bien.

Levantó la mirada al cielo. No pude ver su rostro, pero sabía bien que levantó la mirada al cielo.

—¿Así, señor?

—No, pero da igual. Déjenos.

—¿Cómo que déjenos? —soltó—. ¿Ha vuelto?

Lanzó una mirada alrededor suyo, vio a Pascal, se sobresaltó y soltó un pequeño grito.

—¿Y qué? ¡Es Pascal! ¿No lo ha visto usted nunca? Lleva veinte años en mi despacho. ¡Acérquele una silla!

Le acercó una silla, mecánicamente, y se marchó sin decir palabra, petrificada.

Cuando ya hubo salido, Pascal tiró su sombrero sobre un sillón, empujó la silla hacia mi cama y se sentó.

Y después de un momento:

—Me siento realmente mejor. Me pregunto si no voy a interpretar de nuevo la comedia testamentaria.

—¿Qué comedia es ésta?

—Desde el momento en que cumplí los noventa años, me he sentido siempre como el pájaro sobre la rama. Así que, cada vez que escribía un libro, hacía como una especie de prólogo en que explicaba que este libro era el último, mi último mensaje, mi testamento. He hecho más de una docena. Al final, todo el mundo se reía. Pensaban que me estaba volviendo chocho. Pero yo me sentía cada vez más cansado por el esfuerzo y creía que iba a pasar a mejor vida.

—Guitton, ha tenido usted la suerte de vivir cien años. Ha dispuesto usted de tiempo para terminar su obra.

—Usted tuvo más suerte que yo, Pascal. Usted sólo tuvo tiempo de esbozarla. Los esbozos son siempre más bellos. Pero mejor dígame por qué ha venido esta noche.

—Quería interrogarle.

—¿Cómo? Pero si tendría que interrogarle yo.

—Por el contrario, la que me ha enviado quiere que sea usted el que responda.

—¿La que le ha enviado? ¿Qué quiere usted decir?

—No puedo decir nada más.

—Entonces, le escucho.

—Ésta es mi primera pregunta. Guitton, ¿cómo explica usted la indiferencia religiosa?

—Hace noventa años que me hago la misma pregunta.

—Entonces, ¿la respuesta es?

—No me gusta dar respuestas, Pascal, Y voy a decirle por qué. Hoy día, cuando a la gente se le da respuestas, tiene la impresión de que se la toma por imbécil y que se usurpa su libertad.

—Guitton: mañana estará usted muerto. No se preocupe usted de la gente y respóndame. Habla para usted solo. Estoy aquí nada más que para devolverle la pelota.

—Ha olvidado usted cómo es el mundo. Créame, Pascal, siempre habrá alguien para contar nuestra conversación a los periódicos. Tengo que conseguir hacer una buena salida. Si caigo en lo edificante, dirán que morí chocho.

—Esas mentalidades cambiarán. Ya están cambiando. Hable para su salvación, escriba para la eternidad, así será usted actual. ¿Cómo explica usted la indiferencia religiosa?

—El hombre es al mismo tiempo un animal religioso y un animal materialista. Es naturalmente religioso y naturalmente materialista. Por lo que tiene tendencia a fabricar materialismos religiosos y religiones materialistas.

—¿Este animal religioso se ve conducido, pues, a materializar su religión?

—Exactamente. Y a sacralizar sus materialismos. Curación de una enfermedad, éxito de una empresa, éxito en los exámenes, etc. Sólo le pide a Dios y espera de Dios beneficios materiales.

—A veces se da el caso.

—Mejor diga usted, Pascal, que el caso se da a menudo y hasta muy frecuentemente. Poco a poco, el hombre limita su religión a esta práctica materialista e interesada. Vea, en tiempo de guerra, las iglesias llenas de fieles que olvidan el camino una vez la paz está de vuelta.

—Hay verdad en lo que usted dice, Guitton. ¿Pero no cree usted que habría que matizar?

—Con cien años, Pascal, ya no tengo edad para matizar. Hay que aceptarme con mis exageraciones y equilibrar las unas con las otras.

—Años atrás recé por la curación de mi hermana. Era algo más que una necesidad médica o psicológica. Dios es un Padre y le gusta dar. ¿Por qué quiere usted impedirnos pedirle cosas?

—No impido nada. No es la práctica lo que critico, sino el abuso.

—Hasta para los abusos le encuentro severo. Aun material en su contenido e interesada en sus motivos, la oración de petición puede todavía tener algo de más espiritual de lo que piensa usted. Y además, Guitton, la caridad excusa todo.

—La caridad. Hoy, para la gente, significa limosna.

—Para mí, siempre ha querido decir amor divino.

—Las palabras se devalúan aún más rápido que la moneda. A fuerza de querer ser caritativos, perdemos el sentido crítico.

—Es menos grave que perder la caridad.

—Se nota que ha pasado usted por el purgatorio. No pensaba usted así en el momento en que escribió las *Provinciales*.

—Guitton, no imite usted las maldades de los hombres. Imite usted la bondad de Dios.

—Reconozco en sus palabras, mi querido Pascal, toda la indulgencia de la Iglesia. Pero, en fin, reconozca usted que la religión no sabría, sin llegar a degenerar, reducirse a un conjunto de peticiones materiales.

—Estoy de acuerdo.

—Según creo, esto se produce aún con frecuencia, y se daba todavía mucho más en la edad pretécnica. Se formaba en la mente del hombre una idea de Dios como un gran distribuidor sobrenatural de ventajas materiales.

—Está visto —dijo— que está empeñado con la idea.

—Richelieu tenía migrañas. Rezaba a Dios para que le liberara del dolor. ¿Cree usted que rezaría por otra cosa?

—Lo espero por su bien.

—Yo también, Pascal. Pero supongamos, como hipótesis, que sólo hubiera rezado por eso. ¿Qué idea podría tener sobre Dios?

—Supongo que la de una aspirina celestial. ¿Qué tiene que ver esto con la

indiferencia religiosa?

—Invente la aspirina y Richelieu dejará de rezar.

—Ya veo. ¿Dejaría, por lo tanto, de ser un animal religioso?

—No, pero su Dios estaría ocioso, un Dios ocioso, Pascal, como los hay tantos en tantas religiones, un Dios que se sabe que está allí, pero al que no se le deja sitio o papel alguno en nuestra vida. Un Dios al que ya no se reza nada o casi nada.

—Si le comprendo bien, Guitton, el progreso técnico es la causa de la indiferencia religiosa.

—Desde que ha aumentado sus medios técnicos, el hombre pide a los técnicos muchas cosas que hasta entonces le pedía a Dios. De resultas, ya no se ocupa de Dios. Cree que ya no lo necesita para su vida de todos los días.

—La medicina aleja la muerte y a su vez la propia idea.

—La angustia de la muerte está siempre presente, pero el pensamiento de la muerte es menos consciente. Cuanto menos miedo de morir mañana tiene el hombre, más se instala en la vida como si nunca tuviera que morir. Piensa en sus pequeños quehaceres y se olvida de la gran cuestión del destino. Se acuerda del más allá cuando ya tiene un pie en la tumba.

—Me ha respondido usted. Segunda pregunta. Guitton, ¿qué piensa usted de la agresividad antirreligiosa?

—Menor que en mi juventud. Se explica de la misma manera que la indiferencia. El hombre está resentido con Dios por no estar a la altura de los técnicos. Se siente humillado por haberse visto obligado a pedirle antaño lo que hoy podemos conseguir nosotros mismos. Ya no soporta la idea de un ser superior, en el que ya no ve la utilidad material.

—Pero bueno, Guitton, si Dios nos ha dado la inteligencia y las manos. Nuestras técnicas son también un don de Dios.

—No lo niego. Le digo cómo piensa la gente. Es usted quien me lo ha pedido.

—¿No se dice que la filosofía interesa de nuevo a la gente?

—Es sin duda el signo de una vuelta al interés por la religión también. Todo va junto. La filosofía también se interesa en Dios.

—En su opinión, Guitton, en un pueblo religiosamente indiferente, ¿sería la filosofía considerada igual de inútil que la religión?

—Sin duda alguna. La muchedumbre estaría satisfecha con el paraíso material, la salvación médica y la providencia estatal. A tales sentimientos, convertidos en fenómenos de masas, les corresponde una filosofía: materialismo, escepticismo, cientifismo, positivismo, pragmatismo, etc. Y, sin embargo, el hombre sigue siendo religioso.

—Pero, según usted, Guitton, ¿la indiferencia religiosa es realmente una novedad?

—En mi opinión, ésta sólo ha cambiado de forma. Antaño, la religiosidad materialista y supersticiosa (perdóneme) rezaba a Dios en todo momento, para obtener favores materiales, pero en el fondo siempre era indiferente a la relación mística con Dios. Sin duda se podría haber llamado a semejante vida religiosa «indiferencia religiosa», en sentido amplio.

—Pero a la inversa, Guitton, ¿no conllevan los materialismos modernos una dimensión religiosa?

—Sí. El hombre es siempre un animal religioso. Hasta sus ateísmos tienen algo de religioso. Los dos últimos siglos se han visto sacudidos por las grandes místicas de la Historia, de la Libertad, del Progreso, etc.

—He oído decir que hoy en día ya no tenían tanto éxito.

—Es verdad. La técnica tiene resultados perversos. Las ciencias plantean a su vez problemas metafísicos. Las políticas místicas están en quiebra. Hay sitio de nuevo para la religión.

—Sí, ¿pero cuál? ¿La auténtica o la materialista?

—Las dos, Pascal, y también las mezclas de las dos.

—Dígame, Guitton, lo que puede ser hoy una religiosidad materialista.

—Un producto de lujo que aporta a materialismos satisfechos satisfacciones suplementarias. Emociones o percepciones extrañas, exquisitas y superfluas, en el ámbito de la sensibilidad o de la curiosidad. Resacralización de un erotismo desencantado. Gusto por lo fantástico y el horror, esoterismo y simbolismo, videncia y magia, necesidad de vida en común en tal ambiente: de ahí las sectas,

y así sucesivamente.

—¿No ha existido esto siempre?

—Sin duda, pero prolifera a causa del materialismo a la vez satisfecho e insatisfecho. No se lo diga a nadie, Pascal, pero cuando me dejo llevar, soy cada vez más hostil hacia la religión.

—Bergson pensaba así.

—Es verdad. En *Las dos fuentes de la moral y de la religión* escribió: «El espectáculo de lo que fueron las religiones, y de lo que todavía son algunas, es muy humillante para la inteligencia humana».

—La imaginación desborda de curiosidad insana, se abandona a las sugerencias de pasiones viciosas y sacralizadas. Así es como prolifera la aberración, que termina por prescribir la inmoralidad.

—En su opinión, Pascal, ¿qué puede curar la imaginación?

—La purificación del intelecto y la del corazón.

—Pascal, ¿qué es la purificación del intelecto?

—Tres cosas: la ciencia estricta, la sabiduría crítica y la fe pura, la que no busca sentir. No oponer nunca estos valores de espíritu, ya que forman un sistema y una se debilita sin la ayuda de las dos otras. Guitton, sois un hombre hábil. Usted tenía que responder y yo preguntar. Vuelva, se lo ruego, a la indiferencia religiosa y dígame si la situación está o no perdida para la religión.

—No lo creo. Por dos razones. La primera: todo ser humano es religioso en el fondo. El materialismo religioso no es más que una desviación. Habrá siempre sitio para la religiosidad más elevada. Y, además, un ser realmente religioso se preocupa menos del tiempo que de la eternidad. Ve el tiempo bajo la luz de la eternidad.

—¿El tiempo no le interesa?

—¡Sí, claro! Le interesa igual, Pascal, pero de otra manera, y hasta se puede decir que de una manera mejor. Una vida religiosa auténtica no busca en la religión el interés material o el bienestar psicológico. No es una forma de egoísmo. Es una vida para Dios. Así, rezar a Dios es decirle: «Hágase tu voluntad».

— Los bienes supremos, Guitton, son de otra categoría.

— Es evidente.

— La religión, Guitton, ¿es la mística?

— La mística es el centro de la religión. En caso contrario, lo que llamamos religión no es más que una mezcla de magia y de espíritu gregario. Un ser místico no se siente amenazado por el progreso de las ciencias y de las técnicas. Los espíritus místicos lo serán siempre. Siempre habrá santos.

— Guitton, ¿no podrá desaparecer la religión en cuanto fenómeno de masas?

— Experimentará una regresión aún durante un cierto tiempo, no en los aspectos materialistas que, al contrario, van a desarrollarse todavía más, pero sí en sus aspectos más elevados.

— Y, según usted, ¿esta regresión tendrá un final?

— En mi opinión, sí. La evolución técnica de la humanidad la pondrá cada vez más en peligro de muerte. Para frenar el peligro, no tendremos más que el crecimiento de la santidad.

— ¿Pero no será esto una vuelta a la religión materialista e interesada?

— Sí y no, Pascal, ya que la paradoja será que tendremos cada vez más necesidad de una religión santa y verdadera, no de una religión materialista. La religión, aunque exigida por la utilidad de la vida práctica, no podrá, sin embargo, servir para nada si es auténtica, espiritual y desinteresada. Ya que es así como puede fomentar el compromiso, el amor, la amistad. El porvenir pertenece a la santidad.

— Es lo que dice todo el tiempo Pablo VI. Es un profeta. Le quiere mucho, ¿lo sabe usted?

— Lo sé.

Hubo una pausa. La conversación me había cansado. Cerré los ojos. Sin embargo, el cansancio me había calmado. Mi médico siempre me recomendó el agotamiento. Llamaba a eso la agotaterapia. Agotarme sin parar y estar acostado la mitad del tiempo: es el secreto de mi longevidad. Rousseau quiso hacer una filosofía de la medicina. Spinoza también lo quiso. ¿Qué habrían escrito? Volví a

abrir los ojos. Pascal me preguntó:

—Guitton, ¿por qué cree en Dios?

—Usted es el gran Pascal. Me darían vergüenza mis pequeñas respuestas. Usted que ve a Dios, ya no tiene necesidad de creer. Entonces, ¿por qué esa pregunta?

—La hago para usted, no para mí. Aún necesita usted responderla.

—¿Cómo sabe usted que lo necesito?

—Lo vi en Dios.

—¿Habló usted bien del hombre al llamarlo quimera incomprensible! Yo, que hablo con usted, no llego a encontrar esto absolutamente anormal. Y al segundo siguiente pienso en el más allá, en Dios, y tengo dudas, me hacen falta pruebas. ¿No bastaría mi vida, si supiese verla, para convencerme y para persuadirme?

—Esta noche no tengo que responder yo. Le toca a usted explicar. Guitton, ¿por qué cree en Dios?

—Ya le he dicho que no me gusta responder así. No es mi estilo. Prefiero lo borroso, lo difuminado, el *sfumato*. A mi edad no me voy a poner a fabricar definiciones, demostraciones, silogismos. Lo que me ha dado el éxito, en este bajo mundo, sobre todo en estos últimos años, es...

—Guitton, se trata de vuestra salvación. ¿Por qué cree usted en Dios?

Solté un largo suspiro. Había que responder a ese diablo de hombre.

—¿Por qué?... ¡Porque me cuesta creer en él!

—A ver si le entiendo. ¿Dice usted que cree en Dios porque le cuesta creer en él?

—Sí. Y a esto añadiré, Pascal: si no me costase creer en él, pienso que no creería en él.

—Es curioso.

—Pero, sin embargo, es así.

—Supongo, Guitton, que ésta no es su única razón.

—No, pero sí es una de ellas. Si Dios fuese fácil, estaría al alcance de la mano. No sería trascendente y no sería Dios. Pero si Dios es Dios, hay una desproporción entre él y nosotros. No es de extrañar que, para verlo, tengamos que ponernos de puntillas sobre la punta del espíritu.

—Pero, ¿en qué sentido le cuesta creer?

—Me gustaría poder deducir su existencia a partir de mí. Compruebo que es imposible. En este sentido, me duele. Pero si creyese así, no creería en él, y el Dios al que me adheriría no sería Dios. Así, pues, no poder creer de esa manera me ayuda a creer.

—Pero, ¿si pudiese deducir Dios?

—Estaría a mi nivel y no sería Dios.

—Sí, pero todo esto es negativo. ¿Cómo le ayudan estas dificultades a creer realmente en Dios que es Dios?

—Porque de esta manera, Pascal, creo en el Absoluto. Luego, si no creo en un Absoluto que no es Dios, creo forzosamente en un Absoluto que es Dios.

—Para mí, está claro. Es muy original

—Tampoco lo es tanto. Descartes escribió en las *Reglas para la dirección del espíritu*: «Dudo, luego Dios existe». *Dubito, ergo Deus est*. Le he dicho lo mismo, a mi manera.

—Estoy sorprendido de que Descartes pudiese decir algo tan bueno. Si usted lo dice debe ser seguramente cierto. Lo que significa que no es tan inútil e incierto como lo escribí. ¿Podría explicarlo un poco más? ¿Qué quiere decir con esas palabras de «Dios que no sería Dios» y de «Dios que sería Dios»?

—Aquí está todo. Pasemos a responder. Le propongo hacer la distinción entre dos palabras que uno confunde con frecuencia: Absoluto y Dios.

—¿Cómo? ¿Al Absoluto no se le puede llamar Dios?

—Sí, Claro que sí.

—¿Y Dios no puede ser llamado Absoluto?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, ¿por qué hacer la distinción?

—Estas dos palabras designan una realidad idéntica; y evocan dos ideas diferentes. El término de Absoluto es para nuestro pensamiento el Origen radical, el Principio fundamental del ser y del espíritu, el absolutamente Primero, Aquel que permanece eternamente, perdurable y sin el Ser cuya vida llevan todas las cosas. Nada más, aunque no sea poco. Sin embargo, la idea de Dios es aún más rica. Incluye todo lo dicho sobre el Absoluto, y algo más.

—¿Qué más?

—Cuando uno pronuncia esa *palabra enorme*, «Dios», uno piensa en el Absoluto como en Alguien. Este Absoluto es un Ser que piensa, quiere, ama. Dios es alguien a quien se puede rezar.

—La idea de Dios es, pues, la de un Absoluto que es al mismo tiempo Personal.

—Exacto, Pascal. Dios en sentido amplio, es el Absoluto. En sentido estricto, Dios es más que el Absoluto, es Dios.

—Pero ¿puede uno concebir un Absoluto que no sea Dios?

—¡Muchos han pensado en ello! La pregunta es justamente saber si el Absoluto es Dios o no. Déjeme contarle lo que pienso en el fondo. Demostrar la existencia del Absoluto no me interesa nada, ya que, según creo, casi todo el mundo admite la existencia del Absoluto. En este sentido, todo el mundo cree en Dios en sentido amplio.

—¿Por qué?

—Es un hecho. Ya hablaremos de ello, si quiere. Pero le repito, Pascal, que, en mi opinión, la existencia del Absoluto no es el gran problema. Al estar realmente fuera de duda la existencia del Absoluto, la cuestión verdadera es saber si Dios, en sentido estricto, existe o no.

—Guitton, resumiendo: Dios en sentido amplio está admitido por todos. Lo que se nos plantea es Dios en sentido estricto.

—Perfecto.

—Admitámoslo, a ver qué pasa. Pero volveremos sobre ello. La elección no está, pues, según usted, entre creer en Dios y ser ateo, sino entre dos creencias: la una

en un Absoluto no Personal; la otra en un Absoluto Personal.

—Es exactamente eso: entre, por una parte, el Absoluto Personal y Trascendente y, por otra parte, el Absoluto no Personal y no Trascendente. En términos técnicos, se trata de escoger entre el teísmo y el panteísmo. Reflexionar sobre ello me ha llevado toda la vida, así, por ejemplo, cuando comparé, en mis tesis, las relaciones del tiempo y de la eternidad en Plotino y san Agustín, o el concepto de desarrollo en Hegel y Newman. Dos ideas de Dios, dos ideas del hombre, dos ideas de las relaciones entre la eternidad y el tiempo, es decir, dos ideas sobre el destino.

—Explique mejor los términos de esa elección. ¿Qué entiende usted por panteísmo?

—Deseoso de agruparlo todo en la unidad de una sola representación, el panteísmo encierra en sus redes todo lo que es, todo lo que puede ser, y reúne esta inmensa masa, esta infinidad de «puede ser», en el único concepto de totalidad. El Gran Todo. Para comprender mejor cómo ese Gran Todo puede ser una unidad inteligible, imagina una Sustancia única o un Sujeto único, donde todo se agruparía, se comunicaría y, en definitiva, se fundiría. La Totalidad infinita, al no dejar nada fuera de ella, se apoya en sí misma, basada en su propia Sustancia.

—¿Y nosotros en todo esto?

—Un engranaje insignificante en sí mismo, divino por su fondo y por su esencia. Podríamos ser el Absoluto, pero no lo sabemos. Mientras no lo sepamos, existimos. Cuando lo sepamos, no existiremos y no habrá más que él.

—¿Y qué es el teísmo, Guitton?

—Es la otra concepción. Dios no es la totalidad ni la sustancia de la totalidad ni el sujeto de la totalidad. No se define en relación a la totalidad. Además, esta totalidad no es divina, no tiene derecho a la mayúscula. Dios es trascendente, personal, libre, creador. Creó libremente, sin que nada lo forzara a hacerlo. Nada se parece más a Dios que los seres personales. De una materia sublime, pero real, Dios conoce, Dios quiere, Dios habla, Dios ama.

—¿Este Dios teísta no es una imaginación antropomórfica?

—¿Y el hombre no es una realidad teomórfica?

—Hacemos a Dios a nuestra imagen.

—Y Dios nos hace a la suya. Un cierto antropomorfismo, Pascal, está basado en la realidad del teomorfismo. Un cierto antropomorfismo. No uno cualquiera.

—¿Se trata, pues, según usted, Guitton, de escoger entre estas dos ideas del Absoluto?

—Sí, y también entre dos ideas del hombre y de su salvación. Cómo escoger es en mi opinión el único problema importante. Hude, uno de mis discípulos, ahondó en la cuestión en un libro, *Prolégomènes*, donde todo es excelente, menos el título, que es absurdo.

—Pero, ¿es de esta manera como suelen plantear el problema nuestros filósofos?

—Creo que es así cómo hay que plantearlo, si queremos estar a la altura del mundo presente.

—Tiene usted razón, Guitton. Poner en primer plano la elección entre teísmo y ateísmo es un punto de vista demasiado occidental. Semejante elección pone frente a frente sobre todo al occidental cristiano y al occidental no cristiano.

—Es evidente. El ateo es un teísta que ha dejado de creer en Dios e imagina no creer ya más en el Absoluto. Si quisiera reflexionar, comprendería que dejando de creer en Dios se ha puesto automáticamente a creer en una de las formas del Absoluto no Personal. En este sentido, no es ateo en sentido amplio, ya que no es ateo de Dios en ese mismo sentido amplio, es decir, ateo del Absoluto. No es más que ateo en sentido estricto, es decir, ateo de Dios en ese mismo sentido estricto.

—Pero es ateo de todas maneras.

—Sí, pero no más que otros. Yo también soy ateo y usted también es ateo. Es usted ateo del Dios de los estoicos, del Dios de Giordano Bruno y del Dios de Pomponazzi como yo lo soy del Dios de Spinoza, del Dios de Hegel, del Dios de Taine y de Renan.

—Hay que resignarse. Siempre se es ateo de algún Dios.

—Y también incrédulo de alguien. Pero siempre se es demasiado piadoso y entonces uno no se da cuenta. Lo que más les falta a nuestros cristianos, Pascal, es ser ateos. Yo soy ateo del Dios de Nietzsche, del Dios de Marx, del Dios de

Freud. Un ateo jubiloso, un ateo impío.

—El Devenir, la Historia, el Inconsciente, son también Absolutos.

—Y la propia Nada es también un Absoluto. Aquí donde me ve, Pascal, soy un ateo de remate de la Nada. Y Bergson era como yo.

—Habría que decirles a los sacerdotes de París que predicaran sobre este tema.

—Si les dijésemos a los buenos cristianos que son ateos, ya no tendrían tanto miedo de decir que creen en Dios.

—Se sentirían bien orgullosos. ¡Imagínese, ateos como las grandes mentes!

—Me gusta Voltaire. Además, él lo tomó todo de sus *Provinciales* y le dio las gracias con un buen puntapié. A pesar de ello, sigue siendo mi modelo de escritura —y hasta de pensamiento—. Veá, soy voltariano hasta la médula.

—Pero es usted ateo de los Dioses de Voltaire.

—Naturalmente.

—Guitton, ha distinguido usted el Absoluto que es Dios del Absoluto que no es Dios. Éste ha sido su primer paso. ¿Cuál será el segundo?

—Éste, Pascal: afirmo que todo el mundo admite el Absoluto.

—¿Es seguro?

—Esto se demuestra por una inducción perfecta. Coja una tras otra las diversas escuelas de pensadores que podemos considerar ateos y vea cómo admiten el Absoluto. Los materialistas conciben la materia como un Absoluto no engendrado e imperecedero o como un Devenir eterno o como una Muerte inmortal o también como una Vida universal o una Naturaleza infinita, pero siempre como un principio primero, radical e irreductible en ninguna otra cosa: el Absoluto. En cuanto a los idealistas, reducen la materia a ser nada más que un correlato del espíritu y, entonces, para ellos el Espíritu o el Yo o la Razón son como el Absoluto.

—Para terminar, Guitton, ¿qué piensa usted de los escépticos?

—Ellos dudan entre varias ideas del Absoluto. Eso demuestra que no dudan sobre el Absoluto mismo.

— ¿Hay otro tipo de candidatos al ateísmo?

— No, Pascal.

— Entonces la inducción es perfecta. Pero me queda una preocupación acerca del escéptico. ¿Y si dudara realmente del Absoluto en vez de simplemente vacilar entre varias ideas del Absoluto?

— En tal caso, Pascal, admitiría por añadidura la hipótesis de que sólo pueden subsistir la ilusión del ser y la nada. Esto sería el nihilismo.

— Pero, en este último caso, Guitton, ya no habría Absoluto.

— Al contrario. La nada llevaría inmediatamente una mayúscula y estaríamos en presencia de una metafísica nihilista donde el Absoluto estaría concebido como Nada. Una Nada que no sería nada y que no sería probablemente lo que entendemos simplemente por esa palabra.

— Y, por consiguiente, todo el mundo admite el Absoluto. Pero, perdóneme, querido Guitton, tengo otra duda. ¿Y los que no quieren Absoluto? ¿Qué pasa con ellos?

— Hay que distinguir. O bien se han rebelado contra el Absoluto y, por tanto, no lo admiten como real, sin por ello querer amarlo u obedecerlo (primer caso); o bien se imaginan que su rechazo podría impedir ser al Absoluto, y en este caso imaginan su voluntad como un Absoluto que sería la Voluntad con mayúscula. Con lo cual admiten también como real un Absoluto: la Voluntad (segundo caso); o bien (tercer caso) quieren simplemente que no haya Absoluto pero, entonces, o es un deseo ineficaz y estamos de nuevo en el primer caso, o es más que eso y volvemos al segundo caso.

— Bien. Ahora estoy de acuerdo con usted, todo el mundo admite el Absoluto. Era su segunda parte. Pero, ¿tenemos razón en admitir ese Absoluto que todos admitimos? Ésta será la tercera parte.

— Lo será, Pascal, si Dios me concede más vida

— Esperemos, y más sabiendo que después tendrá que volver a poner los pies en la tierra y demostrar que todo esto nos conduce a creer en Dios. Pero dígame, pues, por qué tendríamos razón en admitir ese Absoluto que todos admitimos.

— Gustoso. Todos lo admitimos. Así, pues, si estuviésemos todos cometiendo un

error al admitirlo, estaríamos todos equivocados.

—Bien lo sé, Guitton, ¿pero es algo imposible tener un consentimiento universal erróneo?

—Espere. Pregunta usted si tenemos razón en admitir todos el Absoluto. Pero, para tener razón, aún haría falta tener una razón que funcione. ¿Sería éste aún el caso si no lo admitiésemos? Pascal, sin la idea de la verdad, ¿que es la razón?

—Un pez fuera del agua, Guitton, un pez fuera del agua. Y veo cómo va a sacarle partido a esta idea. Ya que sin la acción profunda y oculta de esta idea del Absoluto, ¿qué sería de la idea de la verdad?

—Más débil, mi querido Pascal, que los relojes de bolsillo en las pinturas de Salvador Dalí, incapaces de servir de norma al avance del espíritu. Pero hay que reflexionar un poco para estar convencido.

—Entonces, Guitton, si resumo bien su pensamiento, sin la idea de Absoluto no hay idea-fuerza de verdad, y sin idea-fuerza de verdad, no hay razón que tenga de manera alguna una idea del Absoluto y funcione gracias a ella. Pero, ¿no podría esa idea del Absoluto no ser más que una estructura de nuestra razón? En este caso, ¿lo real y el Absoluto no serían incognoscibles?

—Ilusión. Cuando pensamos así, Pascal, dejamos de lado una cierta idea del Absoluto, que se convierte en efecto en incognoscible y hasta en absurda, y no es más que para plantear inmediatamente otra.

—Es exacto. En este caso, Guitton, lo que llamamos nuestra razón llevaría inmediatamente una mayúscula y vendría a ser para nosotros el Absoluto.

—Eso es. Basta con reflexionar sobre nuestro propio pensamiento para darnos cuenta. Pero, ¿cómo hacérselo comprender a aquel que no reflexiona?

—En resumen, Guitton: o bien tenemos razón en admitir el absoluto; o bien estamos equivocados al admitirlo, pero aun en este segundo caso tendríamos también razón al admitirlo. Tenemos, pues, en todos los casos, razón al admitirlo.

—Es exactamente eso.

—¿Pero si a pesar de todo estuviésemos completamente equivocados al admitirlo?

—En ese caso, volveríamos a la metafísica nihilista y entonces tendríamos otra vez y siempre razón al admitirlo.

—Guitton, ¿es usted diabólico!

—¿Anda? ¿Usted también me dice eso?

—¿Le extraña?

—Oh no... Ya nada me asombra.

Y nos callamos.

Pascal prosiguió:

—¿Me permite usted resumir toda su declaración?

—Por favor.

—En un primer momento define usted los términos de Absoluto y de Dios. En un segundo momento establece que, de hecho, todos admitimos el Absoluto. En un tercer momento demuestra usted que todos tenemos razón en admitirlo, lo que también quiere decir que necesariamente hay en cierta manera un Absoluto. Todo esto está muy claro. Pero si todo el mundo puede admitir ya con razón la existencia del Absoluto, no todo el mundo admite la existencia de un Absoluto que sea Dios. ¿Cómo va usted ahora a pasar a la existencia de Dios?

—Será en un cuarto momento. Se trata de escoger entre el Absoluto no Dios y el Absoluto Dios. Sin embargo, cuando observo el mundo, me parece ver unas características de contingencia: por ejemplo, las grandes constantes físicas universales. ¿Por qué esos números y no otros? Encuentro más verosímil que un mundo como éste sea el resultado de una elección, y no el resultado de un desarrollo necesario.

—Le dirán que es el azar.

—Todas estas «decisiones» concurren a hacer posible la existencia de la vida y de la vida personal. Bastaría con una variación mínima, por ejemplo, de la constante de gravedad, y la vida no existiría. ¿Por qué esto es así? Me parece racional pensar simplemente que la materia está ordenada en función de la vida que ha de llegar.

—Le responderán que ese ordenamiento de la materia es fruto del azar, como la

vida.

—Personalmente, no creo para nada en ello. El concepto de azar conlleva la idea de no-coordinación de diversas causas. Sin embargo, el mundo viviente manifiesta sin duda alguna una coordinación entre evoluciones y hechos que la posición del azar obligaría a creer independientes. Mire, por ejemplo, los instintos de los animales, sobre todo los de los que son más mecánicos, como los insectos. Vea el ejemplo del sphex que da Bergson en *La evolución creadora*, y que inyecta un líquido paralizante exactamente en tres centros nerviosos del grillo donde pondrá sus huevos, y sin haberlo visto anteriormente. Esto significa que, de una manera u otra, la anatomía de la especie parasitada estaría codificada con gran precisión en los genes del insecto parasitario. ¿Cómo hace usted para no ver la coordinación ahí?

—Le dirán a usted, Guitton, que es otra vez y siempre el azar.

—Pues toda la naturaleza es así. Los instintos de los pájaros migradores, la estructura de la corteza cerebral, el código genético... Todo esto es asombroso. Si usted gana una vez la lotería dirán: es el azar. Gana usted dos o tres veces: dirán que tiene una suerte increíble. Si usted gana todos los domingos, nadie le creerá, está usted haciendo trampa y terminará usted en prisión.

—¿Cómo explica usted que haya gente que continúe creyendo en ello?

—No tengo ni idea. Pregúnteselo a ellos.

—Es a usted a quien se lo pregunto, Guitton.

—Yo diría que son como los antiguos galos. Tienen miedo de que el cielo les caiga sobre la cabeza.

—Quiere usted decir: que Dios entre en sus vidas.

—Supongo que, para ellos, será más o menos lo mismo.

—Ahí está el problema, en efecto.

—Estos mismos hechos excluyen, según creo, la idea de que el mundo sale de Dios por una evolución necesaria y fatal, como si el Absoluto fuese una planta que crece y se espiga, o una definición que desplegaría sus teorías. El carácter contingente y coordinado del mundo implica en su origen una libertad organizadora y una creación a partir de la nada, *ex nihilo*.

Dicho esto, cerré los ojos una vez más.

A través de las pestañas entreabiertas, veía a Pascal meditar. Esperó a que volviera a abrir los ojos para declararme:

—Tengo la impresión de que aún no me ha expuesto el meollo de su pensamiento. Descúbrase todavía más.

Exageraba. Me ofusqué. «Estoy cansado», le dije entonces, tendiéndole la mano. Dudó cogerla, pero, sorprendido, se levantó de forma maquinal y agarró su sombrero. Sin embargo, en el momento en que iba a apretarme la mano, retiré rápidamente la mía aún extendida, lanzando un grito de dolor.

—¡Ay!

—¿Qué le pasa, maestro?

—¡Me ha pegado en los dedos! A mí. Esto es increíble.

—¿Pero quién?

—Mi ángel de la guarda. Así como suena.

—¿Le pega en los dedos?

—Cada vez que voy a hacer una tontería.

—¡Qué suerte tiene usted!

—¡A esto llama usted suerte! Es una alienación. Un atentado a mi libertad.

—Guitton, ¿no respeta usted a su ángel de la guarda?

—Y él me trata de cualquier manera. Aunque no todo son inconvenientes. Desde que me quejé de ello a mis colegas librepensadores de la Academia, ellos, que me creían un partidario acabado del clericalismo, me miran como una víctima de la Intolerancia.

—¿Es la verdad?

—Es política.

—¿Y ha informado a los de arriba?

—Les he pedido más de cien veces que me den otro, pero no quieren escuchar.

—Consuélese usted. Un día hablarán del Ángel de Guitton como se habla del demonio de Sócrates.

—¡Eso sí que no! Sócrates obedecía a su demonio. Yo me niego a escuchar mi ángel.

—¿Se niega usted?

—Me niego.

—¡Qué pena!

—Mi dignidad. El demonio de Sócrates se contentaba con retenerle por la manga. El mío se atreve a pegarme en los dedos. Que Dios tolere esto es inadmisibile. Con ángeles como éstos, Pascal, se fabrican anticlericales.

—De todas maneras, ¿me deja usted quedarme?

—¿Cómo quiere que haga otra cosa?

Pascal soltó de nuevo su sombrero y se volvió a sentar.

—¿Qué piensa usted de santo Tomás de Aquino?

—Me siento muy tomista. Por desgracia, los tomistas no me consideran en nada tomista. ¿Cómo se explica usted esto, querido amigo?

—Le pasa lo mismo que conmigo. Es usted muy afín a mí, pero los pascalizantes nunca le considerarán pascaliano.

—Es verdad. ¿Cómo se puede dar eso?

—Demasiado inventivo. No llega usted a limitarse a un pensamiento tal cual es. Tiene usted que repensarlo. Usted «guittoniza» todo.

—No lo puedo remediar.

—Seré el último en reprochárselo, Guitton. Yo era peor que usted. Hábleme más de usted.

—Soy un viejo platonista cristiano, un agustiniano como lo llaman. Empiezo

siendo más o menos escéptico, como todo el mundo. Luego, me doy cuenta que eso no se sostiene y que hay verdades, sobre todo el yo pienso, el yo soy, el yo vivo, y las matemáticas, y la biología, etc. Si hay verdades fundadas, hay un criterio absoluto y un fundamento radical de esas verdades. Hay, pues, una Verdad primera y absoluta. Ser un espíritu es vivir en el seno de esa Verdad, bajo la luz de esa Verdad, en una vida que es movimiento perpetuo hacia esa Verdad. Pero lo que no es verdad no es. La verdad es el ser verdadero. Así, pues, esa Verdad primera es el Ser mismo. Y es eterna. Todo esto es evidente. Por desgracia, aunque basta un minuto para decirlo, se necesitan veinte años de meditación para comprenderlo.

—¿Ha evolucionado usted a lo largo de su vida?

—Hasta se podría decir que he cambiado. En la primera mitad de mi vida, cuando aún dependía demasiado de Bergson, veía en la existencia de la duración la refutación experimental de la concepción panteísta de la eternidad. Ya que si admitimos el panteísmo, como lo hacen Zenón o Spinoza, no ha de pasar nada más. La duración se anula en la eternidad y la necesidad del sistema. Todo está escrito, todo se deduce. Nada podría ser de otra manera. Sin embargo, el tiempo existe y se manifiesta. Algo ocurre. Así pues, la eternidad no es el sistema y el panteísmo es falso, el que no consigue justificar el tiempo. La eternidad verdadera es aquella de la que habla san Agustín, que concuerda con la libertad humana, con la creación y con el tiempo. Éste es el tema capital de mis dos tesis, en 1935: la grande sobre *Le Temps et l'éternité chez Plotin et saint Augustin*, la pequeña sobre *L'idée de développement chez Newman*. También es el tema de mi pequeño libro *Justificación del tiempo*.

—Todo esto está muy claro.

—Para usted, Pascal, para usted. Si algún día publicase nuestras charlas, habría que quitar todo esto.

—Eso jamás.

—¡Oh sí! Créame, Pascal. Yo sé cómo se hace un libro.

—¿Por qué piensa usted siempre en el público?

—Vivo para él.

—Sin embargo, habla usted de una manera que hace pensar que no vive más que para su gloria.

—Si ha venido usted para ser igual de desagradable conmigo que mi ángel de la guarda...

—Dígame, Guitton, cómo ha cambiado usted.

—Al principio me hice tomista. A lo largo de mi cautividad y después de la guerra acaricié el sueño de renovar el aristotelismo. Salió entonces mi libro *L'Existence temporelle*. Mi mejor libro. Se puede decir que tuve una chispa de genialidad. Las Editions Universitaires lo reeditaron. Vea usted la injusticia del mundo. Gané millones y conseguí la fama con un opúsculo de segunda categoría, *Dios y la ciencia*. Sin embargo, escribí un gran libro, *L'Existence temporelle*. Nadie lo leyó cuando fue editado y acaban de renunciar a reeditarlo. Es increíble.

—El futuro le hará justicia, Guitton. Dicho sea de paso, *Dios y la ciencia* no es tan malo como dicen los envidiosos. Pero continúe con la historia de sus cambios.

—Más tarde en mi vida, alrededor de la edad de los setenta, me volví de nuevo platónico. Se podría decir que me había vuelto más místico, pero no soy lo suficientemente piadoso para ser un verdadero místico. Pensé que Bergson había descuidado demasiado el tema de la eternidad. A lo mejor la aproximación de la muerte, las desilusiones... Mi libro *Historia y destino*, en 1960, marca ese giro de mi pensamiento. Era como si cada vez más la vida fuese un sueño y el tiempo una ilusión. Era como si toda la duración de un ser se resumiese en un punto indivisible, cuyo tiempo no fuese más que la manifestación. Pero la creencia en la libertad me retiene sobre esta pendiente, que me conduciría al panteísmo. Sin embargo, a veces dudo de la libertad.

—¿Cómo sale usted de esa duda?

—Dudando. Si no fuese libre, no dudaría. En fin, hacia el término de mi vida, las razones físicas cosmológicas han adquirido mayor importancia en mi pensamiento.

—¿Cómo resume usted ochenta años de esfuerzos?

—He intentado hacer una síntesis de Bergson, Aristóteles y san Agustín, y tengo la sensación de no haberlo conseguido.

—Perdone que le haga otra pregunta. ¿Nunca ha tenido dudas sobre Dios y el destino?

—No, porque siempre las tengo.

—*Dubito, ergo Deus est.*

—Eso es.

—Hice bien en venir —dijo Pascal.

Y se levantó.

—¿Me deja usted?

—Va siendo hora. Adiós, Guitton.

—Entonces, adiós, Pascal.

Pascal me estrechó la mano y salió con la cabeza descubierta, olvidando su sombrero.

Se ha marchado, me dije. Estaba contento. Siempre me pongo contento cuando la gente se va. Aunque los quiera, es más fuerte que yo. Para meditar quiero la soledad. ¿Por qué terminó diciendo que había hecho bien en venir? Este punto me tuvo ocupado unos momentos. Luego vi su sombrero sobre el sillón. Y olvidó su sombrero... A lo mejor vuelve por él. No. Sin duda es para que no tenga la impresión de que he soñado. ¿Y si he soñado? En todo caso, por una vez, no habré tenido un sueño idiota.

Fue entonces cuando Marzena entró, aún más descompuesta.

—¡Señor, Señor!

—¿Qué pasa?

—¡Señor, esto continúa!

—¿Qué es lo que continúa?

Rompió a llorar.

—¡Señor, me estoy volviendo loca!

—No es grave. O más bien sí, ya que la necesito para saber si no lo estoy yo ya. Dígame. ¿Qué hay sobre esa silla?

— Cree usted que estoy loca, ¿verdad?

— En nombre de Dios, Marzena, respóndame. ¿Qué ve usted sobre esa silla?

— ¡Un sombrero! ¡Horror! ¡Y seguro que no hay un sombrero! ¡Se lo he dicho, me estoy volviendo loca!

— ¡Pero si sí hay un sombrero! ¿De qué época es, en su opinión?

— De la época de los mosqueteros. Es el del señor Pascal. Lo ha olvidado.

— Entonces, si yo estoy loco, usted también lo está. El problema es que no es imposible que usted lo esté también y que lo estemos los dos.

— ¿Yo, loca? ¡Sería horroroso!

— Oh, no, sería un hecho, nada más. Pero me extrañaría. Coja ese sombrero y dímelo.

Palpé la prenda.

— De todas maneras es sorprendente.

— ¡Ah sí, sobre todo si esto continúa!

— Es verdad. ¿Qué quería usted decirme cuando entró?

— Que hay otro más.

— ¿Otro qué?

— ¡Un muerto más, un muerto que vive!

— ¿Y qué otra cosa quiere usted que haga?

— Pues que se quede muerto, como todo el mundo.

— Escuche, estas cosas no le caben a usted en la cabeza. ¿Y cómo es ese muerto?

— Con un bombín.

— ¿Un bombín? Espere. Traje gris, tres piezas, a rayas, estricto, gafas redondas con montura de acero, bastón.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Él! ¡Hágalo pasar inmediatamente! No. Espere. Es realmente curioso. Me siento cada vez mejor. Ayúdeme a levantarme, por favor, y a sentarme en esa silla pequeña. Marzena, no se me oponga o me muero delante de usted, sí, al instante. Aquí. No, así no está bien, pero no pasa nada. Y pásame el bastón. Gracias. Hágale pasar.

Yo llevaba un pijama rojo. No era para nada un moribundo demacrado. Mis pies desnudos y regordetes reposaban sobre una alfombra cálida. Me apoyé con las dos manos sobre el bastón. Nunca hubiera imaginado una muerte tan agradable. Y pensar que había tenido miedo de sufrir. Y sobre todo de aburrirme.

DONDE, AL VOLVER A ENCONTRARME CON BERGSON DESPUÉS
DE SESENTA AÑOS, EXAMINO CON ÉL LO QUE VALEN MIS
RAZONES PARA SER CRISTIANO

— ¡Bergson! ¡Vivo!

— «Tal como en él mismo por fin la eternidad lo cambia».

— ¡Y yo moribundo!

— Es usted «el anciano que se acerca a la Fuente eterna».

— Bergson, ya está citando a Hugo y a Mallarmé... ¿Por qué invita usted a los poetas al lecho de un filósofo moribundo?

— Extraña circunstancia la de nuestro encuentro. Cuando le conocí, Guitton, era usted joven y yo era ya muy mayor. Prometía usted. Y ha cumplido. Hoy nos volvemos a ver tras haber colmado el uno y el otro nuestros años. Pero soy joven en mi eternidad, usted es viejo en su tiempo. Esta paradoja desgarradora tiene algo de inmenso y de sublime que me llena el alma de una emoción poética. «Porque el joven es bello, pero el anciano es grande».

— De nuevo Hugo, poeta de las contemplaciones y de las voces interiores.

— Poeta de la Vida, con sus rayos y sus sombras. Guitton, vengo enviado.

— ¿Quién le envía?

— Una santa.

— Juana de Arco, sin duda. Escribí un libro sobre ella que no me parece nada malo. ¿Lo ha leído usted?

— No puedo decir nada.

— Claro que sí, es seguramente ella. Por eso su hija se llamaba Juana, ¿no es así?

—No puedo decir nada. Pero tengo la misión de interrogarle.

—¿Usted también? ¿Se han puesto ustedes de acuerdo? Pascal acaba de salir de aquí. Debió de cruzarse con él. Me ha hecho sostener mis tesis sobre Dios. ¿No respondí lo suficiente?

—Un filósofo nunca responde lo suficiente.

—Entonces, ¿usted también quiere interrogarme? ¡Pero es ridículo! En primer lugar, usted ha sido mi maestro; en segundo lugar, usted ve todo en Dios, y, por último, yo no soy nadie. No, no tengo ganas.

—Debe usted hacerlo.

—Pero, ¿cuándo podré descansar?

—Pronto.

—Todo esto me cansa.

—Todo esto os honra, Y además, se trata de su salvación.

—¿Está tan comprometida?

No respondió. Lancé un largo suspiro. Me preguntó:

—En su opinión, ¿el cristianismo es antiguo o moderno?

—Ni antiguo, ni moderno, sino viejo y nuevo, como el pensamiento de Dios.

—Bien respondido. Guitton, ¿de qué se habla, en el universo, a principios de este tercer milenario?

—Oigo rumores sobre un único y gran debate. Reúne todas las tradiciones, todas las filosofías, todas las religiones, todos los pueblos, las lenguas, las razas y las naciones. Y es un debate sobre Dios.

—Y por eso se siente usted cómodo. Lo que me gustó de usted, Guitton, y esto desde el principio de nuestros encuentros, es que desde 1925 vive usted en el tercer milenio. Por eso he querido hacer de usted el más joven de mis albaceas, entre todo ese grupo de amigos y fieles discípulos a los que había encargado defender mi memoria.

—Lo hice lo mejor que pude. ¿No se enfadó usted porque permití la publicación de sus cursos, en contradicción formal con la carta de su testamento?

—Guitton, «la letra callada es el espíritu que hace vivir».

—Por eso pensé que, desde el Cielo, me absolvería. Sin embargo, los escrúpulos me han atormentado.

—Es un exceso de delicadeza, Guitton. Cincuenta años después de mi muerte yo ya no era una persona privada o un sujeto jurídico en el seno de su sociedad. Me había convertido en un personaje histórico. Mis escritos, fueran como fueran, se me habían escapado de las manos. Ya no eran propiedad mía. Pertenecían a la humanidad. ¿La gente se pregunta si a Napoleón le habría gustado ver publicadas ciertas cartas ardientes que le había escrito a Josefina?

Siempre fui mojigato. Un poco sorprendido, me contenté con responderle:

—Nunca le permití a mi mujer leer las cartas de Napoleón.

—Josefina era ninfómana. Si Napoleón no hubiese sido enviado a Italia, hubiera muerto entre las piernas de su mujer.

Me atraganté, tosí durante un buen rato. Marzena vino a ponerme derecho y a hacerme beber un vaso de agua. Tuve que carraspear para aclararme la voz. Bergson se sentía molesto por haber estado a punto de provocar mi muerte. Nunca lo había imaginado tan pícaro, sobre todo en el paraíso. Era increíble. En cuanto a él, no se imaginaba que yo hubiese sido tan casto y emotivo. Para decirlo claramente, me encontraba gazmoño. Así es. Ya puedo intentar razonarme, es más fuerte que yo. Hasta con sesenta años, cuando pintaba un desnudo —sin modelo claro está— y mi mujer estaba en la sala de al lado, tenía el sentimiento de estar haciendo mal. Mis confesores me habían etiquetado de escrupuloso.

En ese momento tuve un desfallecimiento. Al despertar, Bergson quiso marcharse.

—Quédese —le dije—. Para lo que me queda... ¿De qué hablábamos?

—De la edición de mis *Cursos*.

—Sí —le respondí—, creí que era bueno autorizar la edición. Varios filósofos se enfadaron.

—Me lo imagino, sobre todo los que hicieron tesis sobre mí: tuvieron que rehacerlas. Habrían preferido embargarme hasta la amortización de su capital.

—Es lo que en el mundo se llama respetar la voluntad de los difuntos.

—Guitton, ¿por dónde íbamos?

—Me hacía usted ruborizarme, Bergson.

—¡Mi enhorabuena! Y para terminar, le digo que, a fin de cuentas, habrá sido usted más moderno que aquellos contemporáneos suyos mucho más célebres que usted en su época. O más bien en su momento.

—Quería pensar ya en el mundo universalizado que veía venir. Ellos vivían en el inmediato sobre una escena más reducida: el Occidente de su generación.

—Tal popularidad huele ya a viejo mientras que usted, Guitton, rejuvenece al envejecer.

—No me halague demasiado, dirán que soy yo quien me adulo.

—¿Porque quiere publicar? Entonces les dirá que fui yo quien lo dijo. Les bastará.

—Pero no se lo creerán nunca.

—Sobre todo será verdad si lo publica usted en vida.

—¡Pero si lo publico en vida, significará que usted no vino!

—O que no estará usted muerto. O entonces es cosa de Borges.

—Bergson, quiero una filosofía planetaria o nada. Pero la complejidad parece desafiar en lo sucesivo a cualquier síntesis.

—Guitton, ¿podemos entender el mundo actual en su totalidad?

—Habría que poner juntos a Oriente y a Occidente, a la Antigüedad y a la Modernidad, y dentro de todo ello al cristianismo.

—Inténtelo.

—Oriente y nuestra Antigüedad se parecen mucho. Su punto común es el

panteísmo cósmico: el Absoluto no es el Dios de la Biblia; es el Ser, o la Nada, o la Naturaleza y la Sustancia del Mundo.

—¿Y la Modernidad?

—Es el Occidente del humanismo ateo, Bergson, el panteísmo moderno.

—¿Es decir que el Hombre es el Absoluto?

—Sí, y que decide el bien y el mal, que es la medida de todas las cosas.

—La mayoría de los occidentales que se dicen modernos son más bien escépticos, ateos o agnósticos..

—Son ateos del Dios cristiano, pero no están libres de toda metafísica. Negar toda dependencia es poner al hombre en la cima del Ser.

—En el sitio del Absoluto.

—Evidentemente. El Absoluto, para ellos, es el hombre.

—Guitton, ¿es éste el Occidente?

—El Occidente sin cristianismo. El cristianismo es otra cosa. Fractura la Totalidad cerrada, incluyendo la Totalidad humana, lo Social. Rompe el Sistema. El hombre ya no es una parte del Todo, ni Dios la piedra angular del sistema. Vea Kierkegaard. El hombre es una persona y todo da al infinito

—Guitton, ¿el cristianismo es occidental?

—El Occidente moderno es una mezcla ambigua de cristianismo y de panteísmo antropológico. Tenemos un ejemplo de ello cuando hablamos de los derechos del hombre. Discutí varias veces sobre el asunto con Pablo VI. ¿Quién es el hombre de los derechos del hombre? —me preguntaba—. ¿En qué consiste la dignidad? ¿Tiene los derechos que ha recibido de Dios o tiene en propiedad los derechos del Absoluto mismo? Occidente es la ambigüedad sobre ese punto.

—¿No hay una relación privilegiada entre Occidente y el cristianismo?

—El cristianismo ha introducido las ideas de persona y de libertad. Ha roto la ley de hierro del destino antiguo. Ha abierto la totalidad cósmica y social hasta entonces cerrada sobre sí misma. Ha abierto el Destino a la trascendencia de Dios, Él mismo libre de todo destino.

—Guitton, ¿qué me dice usted de la Ilustración?

—Querer la libertad sin el cristianismo, empresa difícil. Las ideas de persona y de libertad forman un todo con la idea de Dios personal.

—¿La Ilustración es, pues, una contradicción?

—Está en tensión entre su polo metafísico panteísta, que inspira racionalismos totalitarios, y su polo ético-político, que aspira a la libertad.

—Guitton, ¿podemos decir que la Ilustración parasitaria el cristianismo?

—Digamos que habita en él. Y si lo hiciera morir, se apagaría muy rápidamente. Es lo que decía a mis maestros en filosofía, a Brunschwicg, a Bréhier. Ya sabe, aquel que escribió una *Historia de la filosofía*.

—¿Bréhier no fue católico?

—Lo fue, al principio de su carrera, después cambió. Pero me quería. Me invitaba a comer. Su hija era una buena cocinera. Creo que me la quería colocar.

—A pesar de su mala filosofía. O a causa de ella. Como ve, Guitton, eso es la ambigüedad. Como la Ilustración. El cristianismo es el nicho ecológico de la Ilustración. ¿Y qué piensa usted de esa desviación hacia Oriente, en Occidente, en California?

—La Ilustración querría unirse al panteísmo oriental.

—¿Qué puede salir de tal unión?

—La síntesis del nihilismo y de la actividad.

—¿No es inquietante?

—Extremadamente. El nihilismo sólo es civilizado si está hecho de abstención, de piedad, de dulzura y de indiferencia. Véase el budismo. Pero el nihilismo activo...

—¿Cuál es su nombre?

—El fascismo, Bergson, el fascismo.

—Guitton, ¿el fascismo es el porvenir del mundo?

—Quizás. Estoy muy contento de morir. Pablo VI me decía que, sin Dios, los derechos del hombre desaparecerían.

—¿Lo creerá la gente antes de que sea realidad?

Y se detuvo, pensativo. Prosiguió:

—Guitton, ¿no es usted demasiado severo con la Ilustración?

—No. Hay que darle a cada uno lo que se merece. Sin duda alguna, los cristianos solos, sin la Ilustración, no habrían desarrollado la teoría de los derechos del hombre. La Iglesia en Europa estaba demasiado aferrada al Antiguo Régimen.. Por ese motivo, la Revolución fue providencial.

—El mundo habrá aportado a veces claridad en contra del cristianismo a lo que la Iglesia le aportaba.

—Sí. Es paradójico, pero verdadero. No soy injusto con la Ilustración. El cristianismo tiene ahora que olvidar las ofensas y salvar la Ilustración, como salvó la civilización antigua, que lo echó a los leones. Pero *la sangre de los cristianos es una semilla*.

—Guitton, ¿cómo salvar la Ilustración?

—Espíritus inventivos y libres se entregarán totalmente a Dios. Su gracia les investirá de genio. De ahí saldrá un mundo nuevo.

—Guitton, ¿cómo explica usted que el panteísmo sea una tendencia natural del espíritu humano?

—Tendencia equívoca. Primero, la esencia del pecado de orgullo es no soportar nada por encima de él. Una conciencia orgullosa es desgraciada hasta que no consigue hacerse a la idea de Dios. Segundo, tal vez hay en el hombre un deseo oscuro de encarnación en Dios. Dios hace al hombre. Si el hombre aspira a ello en el fondo de su alma, podemos comprender que la trascendencia le molesta, aunque sea verdadera.

—No es la grandeza lo que le molesta, es la lejanía lo que le desespera.

—¡Es verdad! El panteísmo es la encarnación soñada por el hombre pecador. La encarnación permite adorar la trascendencia sin indiferencia ni desesperación y aspirar a la unión mística fuera de todo error y de todo pecado.

Y Bergson se calló. Aproveché ese silencio para hacerle una pregunta que deseaba ardientemente que me respondiera.

—Bergson, lo que su hija contaba sobre usted, sobre ella y usted, ¿era verdad?

—Sí. Cuando escribía *La evolución creadora*, en 1905, experimentaba un extraordinario sentimiento de plenitud y hasta de exaltación. Lo que había buscado desde hacía veinte años, por fin lo poseía. Mi vida estaba consumada. Cuando terminé de escribir, caí en un estado de melancolía.

—¿Depresión nerviosa?

—Algo por el estilo. Tensión baja, cansancio, migrañas, inmensa lasitud, sentimiento de absoluta vacuidad de todo lo que había hecho.

—¿Entonces?

—Estaba en ello. Quería empezar un gran libro sobre la estética, pero la cosa no andaba bien. Me retiré a mi despacho y me puse a pensar. Un día que estaba yo inmerso en una gran agitación de espíritu, mi hija empujó la puerta sin llamar y entró gritando: «¡Papá! ¡Papá!». Me vi obligado a sonreírla y a escucharla. «¡Papá! —me dijo—, estaba en mi habitación, he visto una luz, algo en la luz. Papá, nunca he visto nada tan bello».

—¿Vaya! ¿Y qué hizo usted?

—Lancé un larguísimo suspiro de alivio. Y, pausadamente, le respondí: «Hijita, no digas nada de esto a tu madre, no lo comprendería. Pero que sepas que yo te creo porque... porque acabo de ver lo mismo».

—Era, pues, verdad. Su hija me lo dijo, pero estuve dudando, a causa de Henri Gouhier.

—Le hablé de ello a Tresmontant. Se encontró con Gouhier y le contó todo. Gouhier rió ligeramente y le dio su interpretación: «Claro que sí, claro que sí, mi pequeña. No le hables de ello a tu madre (se sobreentiende: es inútil que se preocupe por tu salud). Acabo de ver lo mismo (se sobreentiende: si no piensa que está loca, tendrá menos posibilidades de serlo)».

—Gouhier es un gran historiador de la filosofía. Un hombre excesivamente servicial.

—¡Lo sé! Escribió uno de los pocos libros sobre mí que vale la pena leer. No tengo nada en contra de él. Un historiador ha de ser desconfiado. Pero, en este caso, se equivocó, exceso de prudencia. Yo mismo era muy racionalista. Antes de llegar mi hija, ese famoso día, estaba aterrorizado. Me veía terminando mis días en el manicomio de Charenton. Cuando me contó su visión, me calmé un poco. A pesar de todo, me interesé entonces por los trastornos de personalidad, por las alucinaciones, etc. Fue después cuando, ante la imposibilidad de reducir a la psicopatología los fenómenos auténticamente místicos, los estudié con fervor y precisión.

—Y escribió usted *Las dos fuentes de la moral y de la religión*.

—Pero el desencadenamiento se produjo el día en que Jeanne vino a verme a mi despacho.

—¿Habló usted alguna vez de esta experiencia?

—Mucho más tarde, cuando escribí mi último libro, una vez llegado al último capítulo, en su última página, hablé del tema de forma solapada.

—Conozco esas líneas de memoria. Permítame citárselas: «*Supongamos que nos llega un resplandor desconocido en este mundo, visible a los ojos del cuerpo. ¡Qué transformación en esta humanidad generalmente acostumbrada, diga lo que diga, a no aceptar como existente más que lo que ve y toca! La información que nos llegue así no concernirá, a lo mejor, más que a lo que hay de inferior en las almas, el último grado de espiritualidad. Pero haría falta para convertir en realidad viviente y activa una creencia en el más allá que parece existir en la mayoría de los hombres, pero que es la mayoría de las veces verbal, abstracta, ineficaz. Para saber...*». Me falla la memoria.

—«*Para saber hasta qué punto cuenta...*».

—Eso es. «*Para saber hasta qué punto cuenta, basta con mirar cómo nos lanzamos sobre el placer: no nos interesaría tanto si viésemos lo que se saca de la nada, un medio de mofarse de la muerte. Realmente, si estuviésemos seguros, absolutamente seguros de sobrevivir, no podríamos pensar en otra cosa. El placer estaría eclipsado por la alegría*».

—El tono de su voz me conmueve. Gracias, Guitton.

—Guitton, ¿por qué cree usted en Cristo?

—¡Maestro, qué podría yo decirle a usted que no sepa ya y proveniente de una luz más alta!

—Respóndame, Guitton. No es para mí, es para usted. La santa me dejó bien dicho que tenía que ser usted el que respondiera. Guitton, ¿por qué cree usted en Cristo?

—Porque me es siempre difícil creer en él.

—Explíqueme eso.

—Nada más fácil. Soy un hombre religioso. Estudié mucho a Plotino, hice mi tesis sobre él. Plotino es, en mi opinión, el paradigma del *homo naturaliter religiosus*, y hasta del *homo naturaliter mysticus*.

—Estoy de acuerdo con usted.

—La religión natural es una ascensión del hombre hacia Dios. Propone una autorrealización del hombre. Dios es una meta, como la cima de la montaña es una meta para el alpinista.

—¿No se encuentra eso también en el cristianismo? ¿No habla san Juan de la Cruz de *La subida al monte Carmelo*?

—Es verdad, Bergson. Aunque en el cristianismo Dios se impone. No significa que nos tiranice, pero sí entra en nuestra vida sin pedirnos permiso. Querríamos organizar tranquilamente nuestra subida al cielo. Dios se permite bajar del Cielo a la Tierra.

—Es mejor, ¿no?

—Nada de eso. Estoy muy enfadado con la conducta de Dios. No le pedía yo tanto. Hace demasiado. No se queda en su sitio. No juega su papel.

—Anda, usted piensa así. Mi naturaleza es diferente.

—Su naturaleza no, Bergson, pero sí su cultura. Es usted hebreo e impregnado de Dios desde los cuatro mil años hasta la médula de los huesos. Ha terminado por encontrar normal que el Absoluto se meta sin cesar en sus asuntos. Yo soy de vieja raza pagana y le digo a usted que me cuesta mucho admitir a un Dios que no se queda en su sitio.

—¿Y me puede explicar por qué esa dificultad en creer le es motivo de fe?

—Porque para mí es evidente que yo nunca hubiera inventado semejante religión. Claro está, usted, que lleva eso en los genes, por así decirlo, le es

natural situarse de nuevo en la intuición y el dinamismo de esta vida religiosa y, entonces, le basta con prolongar el movimiento para anticipar, en cierta manera, la revelación plenaria del Amor divino en el Mesías. Pero yo, que no tengo nada de judío, le aseguro que esta religión es totalmente inverosímil. Pero ya ve, sólo puedo creer en lo inverosímil. Ya que lo verosímil no sería, según toda probabilidad, más que un producto humano.

—Se parece usted terriblemente al Sócrates descrito por Boutroux: librepensador y religioso. Explíqueme otra vez su dificultad en creer en Dios.

—Veamos, Bergson, un hombre que nace de una virgen, un Dios que se hace hombre, ¿es tan fácil de creer? La costumbre puede hacernos encontrar naturales afirmaciones extrañas, pero la reflexión nos saca del entorpecimiento. Frente a tales anuncios, la primera reacción es la incredulidad. Es una reacción de toda persona normal, equilibrada, razonable, sana. De lo contrario creeríamos en cualquier cosa.

—No estoy del todo de acuerdo con usted, señor Filósofo Católico y Librepensador. Porque sus afirmaciones, a las que concedo la apariencia de rareza, no son cualquier rareza. A través de ellas filtra inmediatamente no sé qué claridad o no sé qué perfume que nos inclinan a creer en ello y hasta a creer con la parte más pura, serena y razonable de nuestro ser intelectual. Y eso es lo que pasa por muy raras que puedan parecer estas afirmaciones. Hay aquí un hecho singular.

—Debo de tener la sensibilidad más seca y el sentido espiritual menos fino que usted.

—¿Qué piensa usted de estos anuncios?

—Que no son verdaderos. Pero la dificultad empieza para mí cuando me pregunto en qué categoría de error conviene clasificar esos falsos anuncios. Me digo: es una leyenda; o si no: es un mito. No hay otra solución seria. La broma, la impostura, la ligereza, la locura colectiva, o incluso la ilusión diabólica, no se sostienen. Desproporción completa entre los efectos y la causa. No, si es falso, es leyenda o mito.

—Una leyenda, Guitton, no es un mito.

—Precisamente. Pero es verdad que el anuncio cristiano, si fuera falso, no podría ser más que lo uno o lo otro: o un mito, o una leyenda.

—Eso está claro. ¿Entonces?

—Bergson, una leyenda es el resultado de un proceso que parte de un hecho al que se le somete a una elaboración fabulosa. La constitución de una leyenda requiere antes que nada tiempo. Sin embargo, no paramos de ir marcha atrás en el tiempo de datación de los Evangelios. Tampoco está del todo excluido que haya habido ciertas estenografías mientras Jesús hablaba. La resurrección, que es el hecho central, aquel del que todo depende, es enteramente originario en la predicación cristiana. Así, pues, y sea lo que sea de lo que discuten aún los sabios, ocurre que el tiempo es demasiado corto. Los Evangelios no pueden ser una leyenda. Esto me parece de ahora en adelante un punto definitivamente fuera de duda.

—Quedaría el mito.

—El mito, Bergson, es algo totalmente opuesto a la leyenda. El mito parte de una idea y por un proceso de figuración simbólica, acaba en un relato imaginario expresivo del significado que la idea presente en el espíritu.

—¿Qué piensa usted?

—¡Si supiera lo que me molesta responder a alguien que sabe! Tengo la impresión de pasar mis exámenes de licenciatura o los de cátedra. ¿Le he contado cuando tuve que pasar los exámenes en la Sorbona con Bachelard?

—No se desvíe usted. Además ya contó eso en *Un siècle, une vie*. Más vale que no se repita usted. Háblenos del mito.

—A eso voy. La principal característica de la literatura bíblica, comparada con las otras de la misma época, es que es signo de una mentalidad refractaria al mito. Se pueden encontrar ficciones, novelas, parábolas, pero mitos no. Hablar de desmitologización para la Biblia es un contrasentido. El mito entra en una forma de pensamiento que elimina la duración: los relatos místicos son simplemente figurativos de una realidad eterna, que es su verdadero significado. Y la salvación se da, dentro de esta perspectiva, cuando entramos en la comprensión intemporal del significado de los mitos, cuando se accede a los conceptos más allá de los símbolos. Pero el significado de los acontecimientos bíblicos, por el contrario, es inseparable de su realidad histórica. «*Yahvé dijo a Abraham*». La cosa comienza así. Dios dice. El significado no está principalmente en lo que se va a decir, sino en el hecho de que Dios *diga*. El significado no está tampoco en la idea de un Dios que habla, sino en el hecho de que efectivamente Dios habla. Y la salvación no consiste en convencerse de la idea (aunque fuese

verdadera) de un Dios que habla, sino en escuchar la Palabra efectiva de ese Dios que efectivamente ha hablado.

—¿Pero al expresarse así, Guitton, no se está condenando a usted mismo, usted que es tan puramente intelectual, usted que se contenta tan a menudo en comprender, sin llegar a rezar?

—Eso demuestra que soy un cristiano malo que no tiene ni la excusa de la ignorancia.

—Es usted humilde.

—No, soy descriptivo. Bergson, Dios *dice*. Y si Dios no *dice*, la Biblia no tiene nada que decirnos. No es ni un mito. Es una ficción que habremos creído histórica. Es una no verdad. Eso pasa con el anuncio evangélico, que desde ese punto de vista participa absolutamente de este mismo pensamiento hebraico. Imagine, pues, que la historia bíblica o evangélica no sea *verdadera*: ya no es ni un mito. Es un error creído. La Biblia es entonces un texto religioso muy del montón, muy por debajo de todo texto místico. Su superioridad no viene de la sabiduría general, de las ideas, de los conceptos, de las leyes, de las reglas. La Biblia está muy por encima de todos los mitos porque es signo de la verdad del *acontecimiento*.

—Así, pues, el anuncio evangélico no puede ser, según usted, ni leyenda, ni mito. Entonces, ¿qué podría ser si fuese falso?

—Un error histórico, como si dijéramos que Napoleón nació en Cerdeña, por ejemplo. La verdad del anuncio evangélico debe abordarse primero, desde el punto de vista racional, como la verdad de un hecho histórico. Porque no tendrá verdad religiosa si no tiene verdad histórica. El sentido religioso está aquí fundado sobre la verdad del sentido histórico. A condición, claro está, de dejar bastante abierta, pero siempre de modo realista, la definición del término *histórico*.

—Pero, Guitton, ¿no es usted muy propenso a creer en este anuncio? ¿A descuidar los indicios de verdad histórica y a abrazar la verdad evangélica a causa de su simple belleza moral, de su dulzura afectiva?

—Sólo hay belleza moral efectiva en el Evangelio si usted supone, al menos implícitamente, que se trata de una realidad histórica. Coja el ejemplo del perdón de Jesús a sus verdugos. Si se trata de un perdón histórico real, es un conmovedor milagro moral; si se tratase de un relato edificante, no sería más

que una sosa letanía.

—¿Pero el amor, Guitton, el amor no es su propia prueba? ¿No tiene usted ganas de que el amor sea verdadero?

—Quizá le escandalice, pero le respondo: no. Bergson, nací con un corazón seco. Dejado a mi naturaleza, soy un egoísta estricto. El amor me molesta. Me perturba. Me trastorna. Tengo que hacer un esfuerzo para pensar en él, y otro mucho mayor para creer en él.

—Es usted un fenómeno afectivo. ¿Es usted insensible?

—Me gusta la gloria, a falta de fama. El resto me es indiferente.

—¿Es una buena constitución para un crítico religioso?

—La mejor existente. Convertirme en cristiano va contra mi temperamento.

Me miró con un interés que nunca le había visto. Buscaba encontrar en las expresiones del anciano la continuidad que las unía a lo que conoció de mi vivacidad juvenil. Prosiguió:

—Entonces, ¿qué dice usted sobre la verdad histórica del anuncio evangélico?

—A una verdad histórica, sea cual sea, no se puede llegar más que a través de los testimonios. La fe es, pues, algo más sencillo de lo que imaginamos. Leo u oigo proclamar los Evangelios; supongamos que encuentro testimonios sinceros y verídicos de lo que pasó en Palestina en tiempos del gobernador Poncio Pilatos; además, recibo al mismo tiempo el misterio de la fe y las razones por las que creer. Los milagros de Cristo revelan su divinidad y la atestiguan, como enseña el propio Jesús en el discurso sobre los testimonios¹.

—Decididamente, somos muy diferentes. Yo soy todo lo contrario. Los milagros me han molestado muchísimo y he tenido que creer, por así decirlo, a pesar de los milagros. ¿Podrían nuestros puntos de vista conciliarse?

—Bergson, a partir del momento en que el milagro es un hecho, no es objeto de fe, sino un argumento de credibilidad. No me gustaría exagerar la parte de la razón en la creencia, ni perderme en el detalle de una discusión sobre los milagros. Pero, en fin, ¿alguien me puede decir lo que puede reemplazar, como razón de creer, el espectáculo grandioso de todos los milagros, ya sea de Jesús en persona, ya sea de Jesús continuado en todos sus santos: curaciones, profecías,

conversión moral y espiritual, santidad, etc.?

—Para mí, el milagro verdadero es la aparición del amor y del perdón en este mundo frío.

—La aparición del amor se da también en el milagro y no se daría realmente sin él. Así, pues, acaba de decirme usted mismo que la aparición del amor de Cristo era creíble porque esta aparición tenía el carácter de un milagro moral verdadero, teniendo en cuenta toda nuestra experiencia sobre el estado moral de la humanidad.

—De esta manera comprendo mejor y nuestras perspectivas tienden a converger.

—Nada me puede alegrar más. En mi libro sobre *Jesús*, me interrogo sobre el objeto de mi fe: tome, por ejemplo y antes que nada, a Jesús resucitado. La resurrección es la única casilla sobre la cual vale la pena jugar. Si es verdadera, todo el resto es verdad.

Y si es falsa, todo se viene abajo. Tome, pues, la resurrección. Hay aquí un misterio que es un hecho; no digo un hecho que habría que admitir racionalmente, unido a un misterio en el que se creería o no, sin razón; sino más bien un misterio que es un hecho y un hecho que es un misterio.

—Guitton, algunos dirán que esto es contrario a los principios.

—Les responderé, Bergson, que los principios son, aquí, contrarios a la experiencia, siempre superior a todos los principios. Sin embargo, ¿cuál es aquí la experiencia? Un misterio que, en su naturaleza misma de misterio, se revela como hecho, sin por ello dejar de ser misterioso. Y un hecho que, en su factualidad misma, se revela como misterio, sin por ello dejar de ser factual. En mis obras de crítica religiosa analicé este *hecho* cristiano, que es *misterio*, y que hay que tratar a la vez como uno y otro, si no queremos desfigurar el hecho en tanto que hecho. Rechazo el positivismo en nombre de la positividad. No hay nada más bergsonianos, ¿verdad?

—En efecto.

—No hay que ceder al espectáculo de lo maravilloso, pero los que tienen miedo de los milagros, lejos de hacer la fe respetable, en realidad la rebajan. ¿Qué tipo de razonamiento, fuera ya del milagro, podría permitir creer en la verdad de un *hecho* como el hecho de un Dios hecho hombre? Ya que, a fin de cuentas, si me

encuentro un hombre que se dice ser Dios, ¿no estoy tentado, en un principio (y con razón), de tomarle por loco, por borracho, por poseso, a menos que tenga fuertes razones para pensar lo contrario y que —¡prodigio!— *el hecho sea*? El milagro es entonces la cara visible del misterio. En esta cara visible se revela el elemento invisible, que es forma real e inaudita del Amor. Este último es el milagro más profundo, como dice usted y yo le reconozco.

—Pero, para pensar así, hay que recibir los Evangelios como «palabra de Evangelio». Es ingenuo.

—Bergson, una cosa es segura. Si leemos los Evangelios como «palabra de Evangelio», tenemos todas las razones para creer en Cristo y nuestras razones para no creer no valen nada. O, más bien, son las de los fariseos que Jesús trata con severidad en los Evangelios, justamente porque su increencia está, a sus ojos, desprovista de justificación razonable². En cambio, desde el principio, el juicio recto se expresa por boca de Nicodemo: «Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él»³.

—Volvemos, pues, mi querido Guitton, al crédito que conviene otorgar, y al sentido que conviene dar, al testimonio evangélico.

—Es evidente. Las razones para no creer, sean buenas o malas, no son más que *razones para no creer en estas simples razones para creer* que se encuentran en el Evangelio y del que no se separan nunca. Los filósofos del siglo XVIII quisieron arruinar esta credibilidad de la fe. Y lo consiguieron en un número nada despreciable de personas, cristianos incluidos. Mi obra es una crítica. Una crítica que no se ha realizado con un espíritu reactivo, sino a partir de un espíritu crítico más perfecto, más evolucionado, más maduro.

—Por eso llama usted crítica religiosa a lo que antaño llamábamos apologética.

—Muchos cristianos viven su fe en el sufrimiento, ya que sienten que esta fe, en su estructura profunda, requiere una cierta credibilidad racional. Pero dan un crédito exagerado a la crítica filosófica del XVIII, mientras que ésta se argumenta según un concepto de la razón o de la duda que creo insuficientemente crítico.

—¿Qué pasa con la vida espiritual de esos cristianos?

—Su vida de fe se separa de su razón. La fe, convertida en irracional, evoluciona entre dos extremos. O se mantiene fuerte, profunda, y se tornará en demasiado

afectiva o existirá el riesgo de que se vuelva hacia el iluminismo fanático. O evita los defectos, pero se debilita, como aquello que no se puede tomar en serio. Entre los dos, una fe viva y personalmente fuerte, pero que no se atreve ya a ser testimonio de sí misma.

—Estos creyentes reaccionan ante el racionalismo de la Ilustración.

—Sí, pero exaltando más de lo debido el aspecto subjetivo y voluntario de la fe.

—No habría que reaccionar ante esta reacción presentando la fe como la simple conclusión de un razonamiento.

—Un razonamiento, Bergson, puede tener un carácter poco formalizado, poco reflexivo y estar incluido en un movimiento existencial. No obstante, conserva su estructura propia de razonamiento. Es lo que me gustó de Newman, en su *Grammar of Assent*. Pero semejante razonamiento no se apoya sobre generalidades. Se apoya principalmente, a mi entender, sobre el milagro fundamental.

—Es evidente que habla usted de la resurrección de Jesús.

—Sí. Siempre vuelvo sobre ella. La resurrección de Cristo, que es promesa de la nuestra, es a la vez el misterio central de la revelación del Amor, objeto de nuestra esperanza y el principal motivo de credibilidad de la fe. Todo es sencillo cuando nos situamos desde el punto de vista del testimonio dado por los apóstoles de Cristo en su resurrección. Encierra en potencia toda la teología y toda la apologética. ¿Los Apóstoles son o no son falsos testigos o iluminados en plena ilusión? Tal es la cuestión.

—De hecho, Guitton, el concepto de falso testigo o de iluminado aparece ya en san Pablo⁴. El pasaje polémico al final del evangelio de Mateo⁵ se incluye dentro del problema planteado.

—Si los Apóstoles dijeron la verdad, Cristo resucitó realmente; entonces, ¿para qué necesitamos más razones?

—Si dijeron la verdad estamos satisfechos, es cierto. Pero, ¿cómo saberlo? Guitton, volvemos siempre sobre la pregunta del testimonio. ¿Por qué es tan difícil?

—Lo que hace que la fe sea difícil, Bergson, es que es muy pobre y muy sencilla. Es como vuestra filosofía. Vivimos en una época rica y técnica. Ya no se respeta

más que lo que es complicado.

—Lo más difícil de comprender, Guitton, es lo sencillo. Por eso la filosofía digna de ese nombre es tan difícil y tan rara.

—En *La pensée et le mouvant* lo llama usted el espíritu de la simplicidad.

—Sí, pero con frecuencia lo sencillo se toma por simplismo. El hombre, condenado a la complejidad, erra entre los sistemas y los mecanismos. No encuentra ya en ningún lugar la vida y su alimento. Hacen falta cien años para volverse sencillo.

—Bergson, ésta es mi fe: un hombre era Amor. Nadie había hablado antes como él. Por fin se oía hablar en el mundo de Amor. Pero el mundo no quiere el Amor. El mundo está helado. Entonces se excluyó el Amor. Fue rechazado. Murió sobre el instrumento de suplicio. La Cruz. Miramos el Amor sobre la Cruz. ¿Qué es la vida? ¿Qué es Dios? ¿Qué esperanza nos queda, en estas condiciones? Divirtámonos, mañana moriremos. Así habla san Pablo, así pensaban los apóstoles de Cristo después de su muerte. Ellos, que fueron testigos de la aparición del Amor, estaban sumidos en el desconcierto. Ya no esperaban nada de la vida, excepto la fuerza de encontrar la sabiduría de recogimiento en una desesperación apaciguada. Y los Apóstoles me dicen que vieron a Cristo fuera de la tumba. No es una leyenda, no hay tiempo, los Apóstoles hablan de ello desde los primeros días. Tampoco entra dentro del orden del mito, como si dijéramos: después de la lluvia llega el buen tiempo, después del invierno, la primavera. Creo que es un hecho histórico, milagroso y misterioso.

—En sus libros, Guitton, no dice usted suficientemente que se trata de un hecho coherente con muchos otros hechos históricos anteriores. No es un hecho extraño, aislado, que no se podría relacionar con nada. Cristo resucitó *según las Escrituras* y el hecho forma el sistema con todo el cuerpo de las Escrituras bíblicas y toda la trama de la historia de los hebreos.

—Tiene usted razón, Bergson, no lo digo suficientemente.

—Y además, no se trata tampoco de un hecho bruto, curioso e incongruente. El hecho, Guitton, tiene un significado: quiere decir que el Amor ha vencido la muerte y que a todo ser humano, de ahora en adelante, se le ofrece una participación en esta vida eterna del Amor vencedor de la muerte.

—Estamos de acuerdo, mi querido Bergson. El hecho es poco creíble, lo reconozco, cuando no se comprende el sentido, porque sólo se ve lo extraño, sin

ver el vínculo esencial de la realidad de la historia de los hebreos y del problema filosófico de la existencia humana. Pero convendrá en que, sin el hecho, no tendría sentido comprender, o más bien habría que comprender lo contrario, porque la muerte habría engullido al Amor.

—Es exacto, Guitton. Así, pues, ni mito, ni leyenda, sino un hecho histórico, con sentido pleno, y cuyo sentido surge a partir de la realidad misma del hecho.

—El sentido de la fe está por entero en un solo hecho. Es en él, Bergson, donde se apuesta todo, para ganar o perder. San Pablo decía: *Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe y nosotros, los apóstoles, somos falsos testigos*. Estoy, pues, frente a testigos. Y esto es lo que me dicen. ¿Les voy a creer? ¡Pues no! Mi primer impulso es el de responder como los atenienses a san Pablo: «Claro, claro, ya nos hablarás de ello en otro momento».

—¿Pero no tiene usted ganas de resucitar?

—Ninguna. El cuerpo siempre me ha incomodado ligeramente. Se me hace extraño volver a ver a mi esposa Marie Louise en carne y hueso.

—¿Y la inmortalidad, Guitton?

—Me fastidia.

—¿Cree en ello?

—Sí creo, respeto a Dios, así que pienso que será bueno. Pero, en mi impulso natural, sólo tengo ganas de vivir viejo y de morir saciado de días. *Basta*. Hasta que no esté saciado o tenga miedo, prefiero durar indefinidamente aquí abajo. Y, además, el asco acaba por atraparme y siento el placer de terminar. Con frecuencia aspiro a la nada. O a renacer en el tiempo. Pero la inmortalidad en Dios y la resurrección están demasiado altas. Comprendo si acaso la eternidad de un alma intelectual e impersonal, ocupada en la contemplación de un mundo de Ideas eternas. Pero la inmortalidad del alma personal... Es porque Dios quiere.

—¿Pero por qué cree en ello si no tiene ganas de creer en ello?

—Pues porque pienso que es verdad. Entonces me veo forzado a creerlo. No me voy a negar a creer que los elefantes son grandes sólo porque yo los hubiera hecho pequeños.

—Es usted horrorosamente racional.

—Soy como soy.

—Es extraño, Guitton. No tiene usted un alma naturalmente cristiana.

—No. Desprecio por instinto a los predicadores y, tal vez, el cristianismo mismo. ¡He visto de todo en mi vida! Llegan los Apóstoles. Son unos locos, me digo, hay muchos locos en el mundo. ¿Qué tipo de locos son éstos? Un tipo de locos en apariencia bastante suaves, pero sin duda un poco peligrosos, como son todos los locos. O son unos impostores, como los muchos que hay, que especulan con la credulidad de las masas para enriquecerse y hacerse los interesantes. Esto es lo que pienso espontáneamente.

—¿Por qué no dejarlo y no pensar más en ello?

—Como escribió usted, *«hasta aquellos que vayan a negar la existencia de Dios no impedirán que figure el Sermón de la montaña en el Evangelio»*. Es la aparición del amor. Es la creación del amor. Es la revelación del Amor. Una invención genial que la humanidad en su conjunto está aún muy lejos de adoptar. Ahora bien, ocurre que esta invención genial responde esencialmente a una mentalidad no mística, sino histórica, en sentido amplio, y a la afirmación de un hecho histórico central: la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Los Apóstoles llegan. Supongo que estoy frente a unos locos o impostores, o unos pobres ingenuos. Me gustaría echarlos a sus delirios, pero no hay delirios. Hay un mensaje genial. La única cosa propia del delirio es la resurrección pero, sin ella, lo genial no lo sería; ahora bien, lo es. Cuando uno no está ni frente a un mito ni frente a una leyenda, está frente a un hecho histórico; o entonces estamos en presencia del fruto de lo que el espíritu humano tiene de más inferior o de más enfermo: credulidad, falta de seriedad, exceso de subjetividad, impostura, psicopatologías, alucinaciones, etc.

Bergson reflexionó, y luego me preguntó, casi solemnemente:

—¿Le comprendo a usted bien, Guitton? Quiere usted decir: si el cristianismo no es verdadero en el sentido de la verdad histórica, no puede usted explicarlo más que rebajándolo más allá de lo razonable. Y si se le reconoce su verdadero *standing* intelectual y moral, se vuelve extremadamente difícil explicarlo de otra manera que por la simple realidad factual de la resurrección de Jesucristo.

—Me ha comprendido perfectamente. Mi idea, Bergson, es que sin la realidad de los hechos evangélicos no habiéramos podido tener los Evangelios. Ahora bien,

los poseemos. El hecho increíble responde, pues, esencialmente a una invención de genio espiritual y a una creación de vida nueva. Y toda mi perplejidad viene de ahí, ya que tengo que coger en bloque el genio del mensaje y el aparente cuento de hadas, sin el cual ya no hay genio ni sentido en un mensaje evidentemente lleno de sentido y rebosante de genio. O acepto el misterio o de lo contrario tengo que volverme hacia un absurdo más oscuro que todos los misterios y que ni da cuenta de los hechos normales. Imagine doce hombres, y hasta quinientos, que, sabiendo que su maestro no ha resucitado, deciden ir todos a convencer al mundo de lo contrario. ¿Y la mayoría terminan haciéndose cortar el cuello por fidelidad a lo que saben que es una broma, sin que ni uno de ellos se vaya de la lengua y termine con ella? Comprenda por qué siempre le hablaba a Mitterrand de lo absurdo y del misterio. La resurrección es un hecho misterioso, ¿quién lo negará? Pero si no admito razonablemente este misterio, estoy obligado a transformar en un cuento de locos toda la realidad más empírica que haya.

— Al escucharle, Guitton, uno tiene la impresión de que todo se demuestra.

— Ciertas cosas sí se demuestran. Pero haber demostrado no es todavía la fe, así como creer no es todavía amar.

— ¿Está seguro de tener razón?

— He aceptado mis responsabilidades. Que cada cual acepte las suyas.

— ¿No tiene usted dudas?

— Como tuvieron los Apóstoles, Bergson, hasta en presencia del mismo Cristo resucitado. Si los Apóstoles no las hubiesen tenido, no serían para nosotros testigos dignos de fe.

— El Evangelio, Guitton, está dentro del orden del bien como Auschwitz lo está dentro del orden del mal. Que nos cueste creer en ello forma parte de la recepción normal del testimonio. Además, una indiferencia ante el hecho está ligada a las causas y a la razón de ser más profunda del hecho. Guitton, ¿cómo concluiría usted?

— Al compartir las dudas de los Apóstoles puedo compartir su fe.

— ¿Qué le falta a la fuerza de su fe?

— Más experiencia del amor. No soy un buen cristiano.

—Se expresa usted con una sangre fría que me deja helado. ¿No teme usted al hablar así crear dudas en los que no tenían?

—Si tienen las mismas dudas que yo, terminarán con la misma fe que yo.

—Habla usted de una fe profunda, que tiene por objeto el acontecimiento real y sobrenatural, no de un creer modernista, reducido a las dimensiones de una filosofía religiosa.

—Eso es evidente. ¿No se ha dado usted cuenta, Bergson, cómo el cristianismo, una vez quitado lo sobrenatural real, se vuelve anodino? ¿Qué queda? Un moralismo respetable y bastante constriñente; un humanitarismo que parece que busca excusar a Dios de no haber suprimido las miserias humanas; un «solidarismo» simpático; una esperanza vaga en la mejora de los asuntos del siglo. Todo esto no es sólido, todo esto no es profundo. ¿Hay que desplazar a Dios en persona para enseñar esas banalidades virtuosas? Quite lo sobrenatural, el cristianismo es vacuidad.

—Estoy de acuerdo con usted, Guitton. Cuando el clero se vuelve racionalista, vacía las iglesias y enriquece las sectas.

—Si uno ya no tiene fe, hay que despedirse de una creencia difunta. Si Cristo no resucitó, dejemos de lloriquear en las sacristías rebajando el misterio.

—¿Qué aconseja usted?

—¿Si no tuviese fe en lo sobrenatural? Escupir hacia el cielo impotente y dirigir nuestros esfuerzos a vivir a la escala humana.

—Continúe, Guitton.

—Antes que nada, no soy un creyente afectivo. Respeto a los que lo son. Que me acepten como soy. Después de todo, les puede ser útil. Soy creyente por razón.

—Con frecuencia los incrédulos son muy tolerantes. Respetan los valores del cristianismo sin compartir la fe.

—Los comprendo, pero pienso que están equivocados. Hay que ser librepensador, Bergson, y hasta antirreligioso; si no, uno acaba enterrado bajo la *proliferación de lo irrazonable*.

—¿Ésta es, pues, su fe?

—Éste es al menos mi razonamiento sobre la fe.

—Una fe muy crítica. Una crítica afilada en su máximo grado. ¿Entonces?

—El *crístico* convence a la *crítica*.

—Hay una crítica más satisfecha de ella misma que la vuestra.

—Sí, la de Renan, Loisy y otros más recientes. Duda, pero nunca de la duda. Se quiere crítica, pero jamás hasta el punto de criticar la crítica. De ahí ese desdén hacia el testimonio vivo y el dejar de lado sin crítica al sobrenatural real. La incredulidad no es resultado aquí del examen del objeto, es un prejuicio. La forma *a priori* reemplaza el examen. La razón humana se plantea como un absoluto, se aplica al objeto de fe, y se corta lo que sobra. Uno piensa que es crítico, y es archidogmático. Dogmático de la razón, y de una razón archiingenua, archipasada de moda.

—Si las razones para creer son sencillas, Guitton, el problema está en volver a ser capaz de las cosas sencillas. Me parece que esto es lo que Cristo mismo dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito»⁶.

—Porque las razones para creer son sencillas, las razones para no creer están en la complicación: complicación de la razón, que la separa de lo que es sencillo. Masa de erudición, lujo del detalle, refinamiento de tecnicismo, pero ausencia de unidad, ausencia de inteligibilidad sencilla del ser, ausencia de intuición intelectual, etc.

—Racionalismo artificial y pensamiento sin vida.

—Mis razones para creer son *mis razones para no creer en las razones para no creer*.

Se detuvo, sonrió y añadió:

—¿No le he matado?

—Casi, a causa de Josefina. Las mujeres...

—No diga usted nada malo sobre ellas. Son ellas las que le abrirán el Cielo.

—¿Qué quiere usted decir?

— ¡Chist! Adiós, Guitton.

— Adiós — le dije, al tiempo que le estrechaba maquinalmente la mano.

Salió mientras yo pensaba en otra cosa. Lo vi sólo cuando me hizo un último y pequeño saludo, al volverse, una vez traspasada la puerta. Pero mi pensamiento retenía mi interés y no respondí. Despareció.

Me preguntaba si había sido bueno y si todo esto podría ponerse por escrito. Siempre me decepcionan mis aportaciones. Por eso me gustan los halagos. Creen que soy orgulloso, es todo lo contrario. O es otra forma de orgullo. Estaba triste.

— Anda — me dije —, otro que ha olvidado su sombrero.

Marzena entró en el cuarto. Estaba sentado en mi silla, contemplando el bombín de Bergson.

— Señor, esto continúa.

— Cállese, Marzena. Estoy pensando.

— Pero, Señor... Hay...

— ¡Silencio, le he dicho! O, más bien, respóndame. Marzena, ¿ve usted ese sombrero?

— Claro, Señor, hay...

— ¡Chist! ¿Es realmente un bombín?

— Es evidente, es un bombín. Señor...

— Cállese. Es un bombín. Bien. Ponga usted ese preciado bombín de Bergson al lado del sombrero con pluma de Pascal, allí, sobre el velador. Bien. Vea, estamos montando una colección.

Marzena no estaba de humor para bromear. Estaba que ardía.

— ¿Qué quería usted decirme, Marzena?

— Esto continúa. Otro más.

— ¿Quién?

—El Papa.

Tuve un sobresalto y casi me muero de susto.

—¡El Papa!

—No, no, no el Papa. El Papa. En fin, el otro. ¡Ya no sé su nombre! Tiene usted su breviario sobre la mesa de despacho...

—¡Pablo VI!

—Eso es.

—¡Pero, bueno!, hágalo entrar, ¿qué espera? ¡Dése prisa, vamos! Ya tenía que haberle hecho pasar. Hágalo entrar. Rápido, rápido.

Salió corriendo, al tiempo que rezongaba a media voz.

Convulsivo, hice todos los esfuerzos posibles para levantarme de la silla; apoyándome sobre el bastón, conseguí ponerme de pie, echando pestes. Pónganse en mi lugar. Esta chica me ha puesto nervioso. Hacer esperar a un papa. Me dio un mareo, casi me caigo. Pero quería recibir al Papa de pie.

NOTAS

¹ Jn 5,36.

² Mc 16,16.

³ Jn 3,2.

⁴ 1 Co 15,15.

⁵ Mt 28,11-15.

⁶ Mt 11, 25.

DONDE VEMOS CÓMO PABLO VI INTENTA HACERME CONFESAR MIS BUENAS Y MALAS RAZONES PARA SER CATÓLICO

— ¡Su Santidad!

— Guitton, ¡qué alegría volver a veros!

— Su Santidad, es para mí un honor infinito.

— No, Guitton, es justicia. Pero siéntese, no se quede usted de pie en su estado.

Le mostré un sillón frente a mi pequeña silla, negándome a sentarme antes que él. Cuando se sentó, le imité.

— Guitton, ¡si supiese usted el bien que me hicieron sus visitas, cuando estaba solo ante las responsabilidades de la Iglesia y usted venía a verme tan fielmente todos los 8 de septiembre! No, sólo digo la verdad. Mi querido amigo, ¿cómo se siente usted? ¿No sufre? ¡Si supiese lo que rezo por usted! Confío mucho en usted.

— Sin embargo, un día, en Castel Gandolfo, me dijo usted: «Guitton, Guitton, le voy a hacer el más bello cumplido que un italiano pueda hacer: *Guitton, es usted furbo, furbo, furbo —furbissimo*»¹.

— Me acuerdo. Era hacia el final de la tarde, fuimos a dar de comer a las carpas, al fondo de la gran avenida. ¿Se acuerda usted de esa conversación? Hablamos de la existencia de Dios.

— ¡Sí me acuerdo! Comenzó usted por lanzarme: «Dígame usted, Guitton, ¿cree en todas esas pruebas de la existencia de Dios?». Entonces, puse todo mi empeño en convencerle. Su Santidad, puedo atestiguar que nunca me he encontrado un ateo tan inteligente como el Papa.

— ¡Pues bien! El Papa, habiendo adoptado la piel y el alma del ateo, puede testimoniar ante el universo que un ateo no puede hacer otra cosa que convertirse a la palabra de Jean Guitton.

—Saqué mi fuerza de la confianza que usted había puesto en mí. ¿No es verdad, Su Santidad, que tenía usted confianza en mí?

—Sí, Guitton, siempre he tenido confianza en usted.

—¿Porque era *furbo*?

—*Furbo*, maestro, pero también, *idiota* —perdóneme. Una mezcla inimitable de astucia y de candidez. (Un silencio, y:) Estoy de misión.

—¿En la tierra?

—No. Junto a usted.

—Vamos, Dios no me quiere tanto como para eso.

—Sí, y todavía más que eso.

—¿Quién le envía? ¿Quién está por encima del Papa? En todo caso no será...

—En el paraíso, el Papa es más que nunca el hermano de todos los que ha sido servidor. Me ha enviado una santa que quiere su bien.

—¿Una santa que quiere mi bien? ¿Quién puede ser? Cualquier persona, en el fondo. Todas las santas quieren mi bien. Como el de todo el mundo. Por definición.

—No. No como el de todo el mundo. Y no cualquier santa.

—¿Pues quién?

—Secreto pontifical.

—Entonces... Santo Padre, ¿puedo conocer el objeto de su misión?

—Sé que vengo tras dos pensadores. A mí me toca hacerle una última pregunta. Guitton, ¿por qué es usted católico?

—Porque quiero ser ecuménico.

—¿Qué significa querer ser ecuménico?

—Querer reunir en sí la totalidad de lo humano. Comprenderlo todo, amarlo todo, construirlo todo en la luz y vivir cada vez más unido a todo lo que tiende a

unirse por entero a todo en la luz.

—¿Y el catolicismo?

—Es el eje y la estructura fundamental del movimiento ecuménico.

—Guitton, ¿qué es el movimiento ecuménico?

—El sentido de la historia humana.

—¿Habla usted como filósofo o como creyente?

—En calidad de creyente, creo que Cristo rezó para que todos sean uno y que todos se realicen en la unidad, *consummati in unum*. En calidad de filósofo, veo también que todo lo que es humano aspira a lo universal. Veo también que todo tiende a acurrucarse en su rincón.

—¿También el catolicismo?

—También los católicos. Hay que luchar para tener un alma abierta a toda la amplitud humana, recogida en la profundidad divina. Sólo Dios puede unirnos así a los demás hombres. Nuestra unión en Dios es lo que tenemos de más íntimo. Ahí estamos todos más estrechamente unidos a todos de lo que lo estamos a nuestros amigos más próximos. Este lazo entre cada uno y Dios es el único que forma el lazo entre todos y todos.

—¿La amistad puede ser, pues, universal?

—La amistad total es universal. Y la única amistad universal puede ser una amistad total. A todo lazo particular le falta profundidad si no está abierto a la amistad universal. El lazo más pleno, que es también el más universal, es el único que colma el deseo de infinito.

—¿Piensa usted eso? ¿Lo cree usted?

—Comprendo que es imposible estar todo unido al Único, y a todos, y a toda realidad, sin darse por entero, más allá de todo egoísmo, ofreciendo su vida y su muerte, desapegado de todo.

—No sólo, Guitton. Desapegado, pero amando y exultando de alegría, en el amor del Único, y de todos, y de todo.

—El desapego, el pensamiento... El amor no es mi fuerte. Pero comprendo muy

bien el concepto del amor.

—¿Y la experiencia?

—Otros han amado así. Es un hecho. Quedan documentos. Los estudio.

—Guitton, ¡sea un hombre de deseos!

—Soy un viejo jansenista. Me da vergüenza amar. Sin embargo, pienso que hubiera sido bueno que amase. Y busqué un Maestro que me enseñase a amar así. En todo el universo y en toda la historia, sólo encuentro a Jesucristo.

—Pero todos los cristianos piensan así. Y no todos son católicos. Me tiene usted que decir por qué es católico.

—Amar realmente es estar unido a Cristo siempre vivo y llamamos Iglesia a ese enjambre de abejas espirituales ávidas de la miel del amor divino.

—El cuerpo de Cristo. Usted y yo siempre hemos amado a san Francisco de Sales. Guitton, dígame por qué es católico.

—Pero, Santo Padre, acabo de decírselo.

—No ha revelado usted el fondo de su pensamiento. Lo sabe usted. A Pascal le dio sus razones para creer en Dios: son excelentes. A Bergson le dio sus razones para ser cristiano: hubiera preferido otras, pero, en fin, las que dio son suficientes. Las razones que me ha dado a mí para ser católico no valen nada. Son razones suplementarias para ser discípulo de Cristo, no para ser miembro de la Unam Sanctam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam. ¿Sería usted un católico sin razón?

—No, Santo Padre.

—¿Por qué disimula usted?

—...

Nunca antes habían osado hablarme así. Pero, en fin, era el Papa. El Papa. No hay nada por encima del Papa. Salvo Dios, claro está. El Papa prosiguió:

—La santa que me envía me ha encargado que le transmita este mensaje. Me dijo: «Santo Padre, conténtese usted con repetirle a mi amigo Jean Guitton las palabras de Nuestro Señor: *Aquel que se avergüence de mí ante los hombres, me*

avergonzaré de él ante mi Padre celeste. El que me haya reconocido ante los hombres, lo reconoceré ante mi Padre que está en los cielos». Y añadió: «Pregúntele también por qué es católico. Comprenderá». Es por lo que, cumpliendo ante usted, mi muy querido y muy estimado amigo, este ministerio de salvación, le he hecho y le hago de nuevo, por última vez, esta pregunta suprema: «¿Por qué es usted católico?».

—¿Es usted católico por rutina, pereza, costumbre, comodidad?

—No.

—¿Por pasión política o social?

—No.

—¿Por nacionalismo?

—¡Pero bueno!

—¿Es capricho o vanidad?

—Tampoco.

—¿Ser católico es un añadido innecesario a su ser cristiano?

—No.

—¿Es, pues, para usted una cosa esencial y una adhesión reflexionada, hecha por motivos espirituales, intelectuales y morales? —Sí.

—¿Conoce usted esos motivos?

—Sí.

—¿Cuáles son?

—Tengo miedo de confesarlos.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza delante de los demás, delante de la gente.

—Dígame los. Los recibiré como secreto de confesión. Nunca nadie sabrá nada.

—Santo Padre, lo confieso... Soy católico... porque... porque... No, no puedo.

—Pero bueno, Guitton, ¿confía usted en mí?

—Sí. Santo Padre, pero yo no tengo confianza en mí mismo. Nunca he tenido confianza en mí. Todo el mundo se imagina que desbordo de confianza en mí... Pero no es verdad. No tengo ninguna confianza en mí.

—¿Cuáles son esos motivos?

—No puedo confesarlos.

—Pero bueno...

—No, es peor que tener que confesarle desviaciones sexuales.

—¿Incluso si lo fueran? Crea en la misericordia y libere su corazón.

—No, es peor que tener que contarle trapicheos o malversaciones. No... No insista, mi respuesta es no.

Pablo VI no respondió nada. Tras un rato, dijo simplemente:

—Amigo, está usted agotado, descanse, volveré.

Di un brinco:

—Por desgracia ya no habrá tiempo. Quédese, Santo Padre. Y sobre todo quédese hasta el final. ¿Tengo que beber el cáliz si quiero ir al cielo?

—Sí.

—Entonces prométame quedarse hasta el final. Prométalo. Tengo derecho. Estoy bautizado como usted. Poco importa que sea usted Papa, es usted ante todo sacerdote, y yo soy un moribundo, soy un pobre tipo medio condenado, así que es usted mío, me pertenece usted como el pan sobre la mesa, me ha dado usted su vida. ¡Prométalo, Montini, prométalo!

—Lo prometo.

—Aunque le eche con insultos.

—Lo prometo.

— Aunque blasfeme.

— Lo prometo.

— ¡Ah! Santo Padre, es peor que si tuviera que confesar traiciones y crímenes.

— Recemos.

Rezó. Yo pensaba.

— Pero bueno, Guitton, en lo que usted me va a decir no puede haber nada de malo.

— Sé que a los ojos de Dios no hay nada de malo, pero a los ojos de los hombres, ¡es lo peor de todo!

— ¿Va a morir dentro de tan poco tiempo y aún se preocupa usted de lo que piensan los hombres?

— ¿Cree usted que tendría miedo al juicio de Dios si no me preocupase más el de los hombres?

— Atrévase a hablar. Para entrar en el Cielo hay que vencer ese miedo.

— Santísimo Padre... soy católico... porque... es la única religión... en la que me dijeron... que había... ¡Oh!

— ¿Qué le pasa?

— El corazón...

— ¿Quiere usted descansar?

— Voy a tener toda la eternidad para descansar. Así que, ¿para qué economizar este soplo de vida?... No es nada. Estoy mejor. No me deje usted. Me prometió usted... Sí, estoy mejor... ¿Qué le decía a usted?

— Que el catolicismo es la única religión en la que le han dicho que había que...

— Sí. Que había que... ¡Oh!...

— ¡Por favor, acabe!

— Obedecer.

Roto por el esfuerzo, estuve a punto de caerme de la silla. Pablo VI se acercó rápidamente y me sostuvo. Le dije al oído, en un susurro:

—Sólo a usted podía confesarle esto.

—Porque soy Papa.

—Sí, porque es usted Papa. ¿Cómo sabía usted que sólo lo podía confesar al Papa?

—El Papa comprende el misterio del papado.

—Montini, al convertirse usted en Pablo VI, Dios constituyó su ser y su destino en testigo del misterio de la obediencia. No sólo una obediencia interior a Dios. Sino una obediencia exterior a un hombre como nosotros, a un hombre como usted, Montini. Y no a una autoridad instituida por nuestros convenios. Sino a una autoridad establecida por Dios, depositada en hombres no elegidos por nosotros, sino llamados por Dios.

—Y frágiles, y pobres, Guitton.

—Fue usted detestado, Santo Padre, a causa de esta obediencia. Un día, todos reconocerán que sirvió usted a la vida humana.

—La vida humana. Sí, el Papa debe anunciar la buena nueva de la vida. La vida es buena. Obedecer, no como esclavo, sino como hijo de Dios. Para un hombre de estos tiempos ésta es la cruz que crucifica. La cruz que salva. La ruta de la libertad.

—La puerta de la libertad absoluta.

—Guitton, ¿por qué detestamos obedecer?

—Le responderé como Spinoza. Los hombres son felices cuando se creen superiores o tienen la impresión de convertirse en ello. El que obedece se imagina lo contrario. Está por definición por debajo y tiene la impresión de venir a menos. Por tanto, está triste. Por tanto, detesta la causa de su tristeza e intenta destruirla.

—Es matemático.

—Geométrico.

—Sin embargo, hay que obedecer cuando queremos vivir en sociedad.

—Los hombres, Santísimo Padre, inventaron la solución para conciliar su amor propio con la obediencia. Les basta imaginar que obedeciendo a los otros se obedecerían a sí mismos.

—¿Y cómo se opera tan bello milagro?

—Se les dice a todos y a cada uno de ellos que son el jefe, el rey, el soberano, los actores de las leyes que los otros hacen y que los dirigentes no son más que ministros de la voluntad del pueblo.

—¿Y todos creen eso?

—Un cierto número. Son como los cornudos que no quieren ver nada. Antes que sufrir delante de la verdad, más vale creer en una ilusión.

—Ya no obedecerán más.

—Al contrario, obedecen mucho más. ¿Cómo quiere usted que un hombre de Estado responsable no sea demócrata hoy día? La democracia es la única máquina que hace obedecer a los hombres. Sin ella, es la anarquía.

—O la dictadura. Guitton, soy más demócrata que usted.

—Sé que era usted democristiano. Su padre lo era, mis padres también lo eran. Santo Padre, todo eso ya no existe.

—Eso existirá.

—Tal vez, pero sin mí, aunque me da igual. Lo que sé es que el mundo que dejo nunca ha sido tan oligárquico. Cuanto más se unifica, más tiene que estarlo. De ahí que tenga que ser cada vez más democrático, para estar aún más gobernado.

—¿Es usted autoritarista?

—Al contrario. Me horroriza estar gobernado como todo el mundo, pero también me horroriza que me tomen por un ingenuo, salvo si eso me permite engañar.

—*Furbo, furbissimo*. Parece que fuera Maquiavelo.

—Con sesenta años, Santo Padre, creía conocer la política. Me encontré con el

presidente Mitterrand y comprendí que era un ingenuo. Él rehízo mi educación.

—Y parece que lo consiguió por encima de todo pronóstico. Pero sigamos. San Pedro no le preguntará sobre sus opiniones políticas. Dígame más bien por qué obedecer es para usted una razón para ser católico.

—Supongo que soy una persona correctamente informada de lo que es el catolicismo. Ésta es una religión que declara dirigirse a hombres libres y quiere llamarlos al más elevado grado de la libertad. Pero en el momento en que desarrolla en ellos el amor por la libertad, hela aquí que se pone a hablarles de obediencia a Dios. En el momento en que hace crecer en ellos la estima por lo humano, les habla de renuncia y de sacrificios. En el momento en que exalta el poder de la razón, les pide la obediencia de la fe. Desarrolla la conciencia de su dignidad y les predica la humildad. Los aficiona a la alegría y los llama a una felicidad más alta. Rehabilita la mujer, el amor humano, el cuerpo, el sexo mismo, y les enseña a ser puros. Le dice al hombre que es grande y lo tira de rodillas ante Dios. ¿Es realmente esto el catolicismo?

—Es esto, en efecto.

—¡Pues vaya! Yo que he enseñado veinte años en la Escuela Superior de Guerra, he formado a todos nuestros generales y escrito *La Pensée et la guerre*, certifico que semejante mensaje, Santísimo Padre, es contrario a todos los principios.

—Explíqueme.

—Si quiere que la gente obedezca a Dios, no le hable nunca de libertad. Si quiere que se dominen, dígales que el placer es un pecado, y que además todo es pecado, luego que lo esencial está en otra parte y que ya no vuelva a mirarlo de cerca. Si es que les habla de libertad, aprenda a soltar un poco las riendas y a manipular por debajo. En una palabra, ¡sea usted político, lea a Maquiavelo! Si no, le repito que su mensaje, tomado en su integridad, contradice todas las reglas de la retórica, todos los principios de la estrategia, todas las astucias de la táctica, todas las recetas/fórmulas del márketing, todas las leyes de la comunicación eficaz.

—Tengo que dar testimonio del amor.

—Lo sé. ¡Pero qué ausencia total de estrategia! Santo Padre, ¿se da usted cuenta de lo difícil que es lo que usted dice?

—Jesús no es fácil.

—La gente ya no quiere hacer sacrificios.

—Es lo mismo que decir que ya no quieren la felicidad.

—Dicen que están igual de felices así.

—Si se trata de ser felices sin Dios, los hombres no me necesitan. Estoy al servicio de Jesucristo y de su felicidad.

—Sigue siendo usted el mismo. Por otra parte, no lo es usted. Es el Papa el que es siempre el mismo. También Dios es siempre el mismo. Incorregiblemente el mismo. ¡Bueno! Vea usted, por eso soy católico. Su Santidad me perdonará ser tan directo. Y vea usted que no hablo desde el punto de vista de un católico ya convencido. No. Me pongo en el lugar de un observador externo. Crítico. A muchos, ya lo sabe usted, les cuesta comprender esta u otra toma de posición, lo que no les impide mostrarse imparciales y objetivos. Hablo aquí desde el punto de vista de esta gente. Pues bien, digo que, para todo espíritu de ese tipo y que razona fríamente, sólo hay tres hipótesis posibles: o el Papa es idiota, o está loco, o hay en él algo inexplicable y, en sentido propio, misterioso.

—¿Por qué?

—Lo repito, Santo Padre: analice este mensaje católico, en todos sus aspectos. Exalta la razón, la libertad, la crítica, y le pide la fe, el sacrificio del intelecto, la aceptación de misterios impenetrables. Su moral es sublime pero difícil. Pone en marcha una dinámica general de liberación, pero mantiene su disciplina eclesial donde la autoridad viene de arriba. Predica la felicidad y el desarrollo humano, a la vez que muestra a Cristo en la cruz. Esta sarta de imprudencias y de contradicciones es única en el mundo. Es como si quisiera conducir un coche pisando a la vez y a fondo sobre el acelerador y el freno.

Pablo VI sonrió.

—Lo que llama usted el freno, Guitton, es la palanca de mando. Hay que tirar de ella para despegar. Y las contradicciones que usted señala se resuelven en el amor de Cristo.

—Bien lo sé. Y por eso volvemos otra vez al único milagro, que es el amor.

—Habla usted como filósofo. Personalmente, tendría otras razones, sacadas de la Sagrada Escritura. Y le escucharía durante largo tiempo aún. Pero el tiempo apremia. Le ruego que resuma y concluya, aún tengo algo que decirle.

—Sea. Santo Padre, su historia no puede funcionar. El éxito sería contrario a las leyes de la naturaleza humana. Ahora bien, funciona a trompicones y así perdura. Cada siglo se oye decir que va a caer y se mantiene. Es increíble. Y en cada siglo dicen que no es como en siglos anteriores, que esta vez es la definitiva y que la Iglesia no saldrá de ésta. Y se sale siempre con la suya. Eche una mirada al siglo XX. El comunismo iba a enterrarla. Todo el mundo lo decía. El materialismo era imposible de superar. Recordará usted que todo el mundo decía eso. Yo también me esperaba lo peor, en Europa y fuera. ¿Qué pasó? La Iglesia enterró al comunismo. Y pasará lo mismo, ya verá, con el liberalismo, que se cree eterno. Desde el punto de vista humano, nadie sensato invertirá un cuarto en las acciones «catolicismo». Hoy día uno dice: el consumo y el sexo van a barrer a la Iglesia. Pues bien, yo no creo nada de eso. Pasará otra vez un no sé qué. Se lo digo: inverosímil. Toda esta historia es increíble. La única historia comparable por su inverosimilitud es la historia de Israel. Y las dos se confirman.

—Le encuentro triunfalista, Guitton.

—¡Es todo lo contrario, Santo Padre! Veo crecer indefinidamente un edificio que en circunstancias normales tendría que caer a cada instante. Tiemblo a cada instante. A cada instante respiro.

—Serénese. Jesús está aquí.

—Sin hablar de los pequeños aspectos. Cuando uno vive un tiempo en Roma, Santo Padre, o se vuelve ateo o se ve forzado a creer, duro como el hierro, en el catolicismo.

—Pasemos y terminemos ya con ello. ¿En una palabra, Guitton?

—El catolicismo es un enchufado. No tengo nada más que decir.

—Aquí nos quedamos.

—Santo Padre, ¿si supiese usted lo que me cuesta aceptar pasar por el hombre para llegar a Dios!

—La fe es esta aceptación de la mediación humana. Ahí está la clave del misterio de amor.

—¿En una palabra?

—Lo que hay de menos perfecto en el orden del conocimiento humano: creer; y lo que hay de menos noble en el orden de la acción libre: obedecer; éste es el camino de la perfección del amor.

—La humildad, camino de verdad que lleva a la vida.

—*È così.*

Me puse a llorar.

—Bendito sea Dios —dijo Pablo VI—, por las lágrimas del pecador que se convierte.

—Se está equivocando —le dije rápidamente—. No lloro mis pecados, lloro de rabia.

Me miró con una mirada que decía: ¿Y ahora qué es esto?

Le apostrofé.

—Cuando hayan leído lo que acabamos de decirnos, ya nadie querrá leer mis libros. Mi obra ya no servirá para nada. Mi nombre caerá en el olvido.

—¿Cómo sabe usted que esta conversación será escrita y leída?

—Lo sé. Todo se sabe. Y además todo es tan extraordinario esta noche, ¿por qué no seré yo profeta?

—Y yo también, yo lo soy.

Entonces Pablo VI alargó las manos en un gesto sacerdotal y dijo:

—En nombre de Dios, te lo declaro. Jean, porque has testimoniado así, tu alma se ha vuelto penetrable al amor divino y tu nombre no será borrado de la memoria de los hombres.

Y me puse de nuevo a llorar. No me preguntó por qué.

Cuando terminé de sonarme, Pablo VI prosiguió:

—Maestro, sin duda he venido a saludar en sus últimos momentos de vida a una gran mente y servidor de la fe. También he venido para asistir a un amigo en su doloroso paso. Pero antes que nada soy sacerdote. Usted mismo me lo dijo. El

amor de Dios me fuerza a abrir para su salvación mi alma sacerdotal. Maestro, respóndame, ¿su vida ha sido un éxito?

—Su Santidad, es Dios quien me lo va a decir.

—Guitton, no hable como si ya estuviese muerto. Su tiempo no está consumado. Hasta el último momento la balanza no se inclina ni de un lado ni de otro.

—He trabajado cien años para Dios. Le he dedicado todos mis esfuerzos y he conseguido saber y creer. He escrito cincuenta libros para explicar las verdades que he conocido.

—¿Pero ha dado usted fruto?

—Le digo que he publicado cincuenta libros.

—Lo sé, los he leído. Pero, en nombre de Dios, ya no se trata de fe, sino de amor.

—Muy Santo Padre, ¿para mí es aún tiempo de amar?

—Siempre es tiempo para el que está en el tiempo.

—¡Desgraciadamente! Si he perdido cien años, ¿cómo puedo esperar algo en mis últimos segundos?

—¿Cómo? Déjeme que le cuente. Un joven se había suicidado. Su madre, rota de dolor, hizo un viaje hasta el pueblo de Ars, donde por entonces estaba de párroco Jean Marie Vianney, el cura de Ars. Confesaba desde la mañana a la noche. La Iglesia estaba llena de gente que esperaba su turno. La mujer se sentó y se puso a llorar. Pasaron seis horas. Le llegó el turno. Se acercó al confesionario, se arrodilló en el compartimento del penitente. La reja se abrió. A través de la vidriera pasó un rayo de luz. Vio el azul de los ojos del santo. Ese azul. No tuvo tiempo de decir nada. El santo le susurró en el corazón: «Está salvado». «¿Cómo es eso posible?». «Entre el muro del puente y la superficie del agua, hay un sitio para el arrepentimiento».

—Muy Santo Padre, ¿qué es el arrepentimiento?

—En una palabra: amar.

—Casi nunca he tenido tiempo de amar. Tenía que pensar, creer y saber. Reflexionar. Saber siempre mejor, creer siempre más sólidamente. Ésta era mi vida. Siempre posponía el amor al día siguiente. Y la oración.

- Hoy es cuando hay que amar.
- ¿A Dios le gustan los restos?
- Dios ama lo último.
- Estoy tan lejos del amor divino.
- Es usted el san Jean del Último Extremo. Vengo del Cielo para plantar amor.
- He luchado, he estudiado, he creído y he sabido. ¡Ah! ¡Montini!
- ¿Qué le pasa?
- El corazón... Ya estoy mejor... Santo Padre, creo que ya no le tengo miedo al amor.
- Diga: «¡Dios mío, te amo!».
- Dios mío, sé que tu santa religión es verdadera.
- No se trata de eso, Guitton. Diga: «¡Dios mío, te amo!».
- «Dios mío, creo firmemente en ti».
- Por Dios, Guitton, repita detrás de mí: «¡Dios mío, te amo!».
- No lo conseguiré jamás.
- Jean, ¡ábrete!
- Estoy cerrado.

Pablo VI alzó las manos al cielo y gritó con fuerte voz:

- ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!
- El nombre de mi Salvador ha sido pronunciado sobre mí por su santo vicario y de pronto mi alma se ha licuado. Hablaré a Dios en este último instante.
- ¿Y qué le dirá?
- ¡Dios mío, te a... Ah...!

Así morí, en los brazos de Pablo VI. Cuando sintió que me caía, amortiguó mi caída y me tumbó, con bondad y respeto, sobre la bella alfombra vieja. Me cerró los ojos, y luego se arrodilló a mi lado. Rezaba. Marzena entró y lanzó un grito.

NOTAS

¹ «Astuto, astuto, astuto —muy astuto».

SEGUNDA PARTE
MI ENTIERRO

MI ÚLTIMO VIAJE A TOLEDO Y MI ENCUENTRO CON EL GRECO

Había entrado en una sala amplia, que parecía un gran corredor. Se veía sobre todo un gran muro, recubierto por un velo. Sobre una consola, un teléfono. Fui derecho hacia el muro, me detuve ante el velo, silencioso, alargué la mano para quitarlo, dudé. Me puse a hablar a media voz, completamente solo.

—Me encuentro más que nunca suspendido entre el tiempo y la eternidad. ¡Qué curioso es este momento que corre entre la muerte y el juicio!

Pensaba. Pero resulta que me puse de nuevo a mascullar.

—El ángel de la guarda me ha dicho que prepare mi defensa. Pero cuando uno muere con cien años ya no tiene nada que preparar. Sé muy bien lo que diré dentro de un rato. También me aconsejó rezar. Siempre hay gente para decirte lo que tienes que hacer, no dicen nunca cómo. No he rezado nunca mucho. Prefiero pensar, pensar en Dios. Me han dicho cien veces que no era lo mismo, Claro, para ellos no es lo mismo, no piensan, o lo hacen poco. Pero yo no puedo rezar sin pensar. Cuando empiezo a pensar, siempre termino rezando. Pero cuando empiezo por rezar a secas, ya no pienso y me duermo. Nunca he conseguido saber si yo era demasiado místico o no lo suficiente. ¿Soy místico o tengo el poder de contentarme con el pensamiento único de las cosas de Dios? Dentro de poco tendré la respuesta, sobre eso y muchas otras cosas. Anda, a mi edad uno no se rehace. Además, como estoy libre de los lazos del cuerpo, he preferido venir aquí en un abrir y cerrar de ojos sobre las alas del alma, con el fin de ver y de pensar de nuevo sobre la cosa más sublime del mundo. Pero me he quedado atontado delante de un velo e intimidado como siempre para poder correrlo. ¿Quién podría ayudarme?

Entró un hombre con ropas castellanas del siglo XVI. Lo llamé.

—Caballero, me gustaría mirar detrás de este velo.

Sin pronunciar palabra, el hombre se acercó, quitó el velo, que cubría un gran cuadro, y dio dos pasos hacia atrás. Me encontraba realmente en Toledo, frente a

la obra maestra del Greco, *El entierro del conde de Orgaz*. Contemplaba, sin decir palabra. Mis miradas iban de la tierra al cielo y del cielo a la tierra. El hombre que había corrido el velo rompió el primero el silencio.

—¿Es la primera vez que viene a Toledo, señor?

—¡Oh no! La primera vez fue en 1924. Tenía veintitrés años. Ya vine a ver *El entierro del conde de Orgaz*. En esa época la sala no estaba iluminada como hoy día. El cuadro estaba inmerso en la oscuridad. Para verlo, había que encender una pequeña lámpara. Me veo de nuevo entonces. A la luz de la llama, entre el humo luminoso, entre los reflejos de latón, descubrí la tierra y los caballeros, el cielo y los ángeles, y el alma del conde que subía de la tierra al cielo. Iba yo, así, del tiempo a la eternidad y de la eternidad al tiempo, como los ángeles del sueño de Jacob, que suben y bajan por una escalera tendida de la tierra al cielo. Arriba, la Virgen me acogía. Abajo, había un extático en oración. La armadura del conde era tan fría como su rostro de piedra. Un obispo con casulla de oro. Los rostros tenían la gravedad de los misterios más augustos.

—¿Por qué evocar ese recuerdo?

—En aquellos tiempos nadie podía abrazar con una sola mirada todo el cuadro. Teníamos que ir de un sitio a otro y a veces razonar para recomponer el todo gracias a la imaginación. Hoy se me ofrece todo entero y de un solo golpe. Es la imagen de la diferencia entre nuestro conocimiento de aquí arriba y la que se tiene allí abajo.

—Guitton, ¿le gusta ver?

—Cuando vivía en el tiempo, no me gustaba ver. Prefería haber visto. Hoy prefiero ver. (Pausa.) Es curioso, le hablo desde el más allá y le parece normal. Además, está usted vestido extrañamente. Estamos en el siglo XXI. ¿Es carnaval? ¿Quién es usted?

—Soy el Greco.

—¡Es usted el Greco!

—Tan real como usted es Jean Guitton. Le entierran en París y está a la espera de juicio. Me cae simpático. Y como vino usted a Toledo, he vuelto para hacerle compañía. ¿Qué hace usted aquí?

—Greco, he venido a Toledo con un solo objetivo: contemplar su obra de arte.

En el momento en que me entierran en mi país, he venido a España, a mi patria mística y espiritual, a contemplar la verdad eterna de ese instante de mi vida. Sólo usted supo expresar el misterio de ese momento que transcurre entre la muerte y la hora del juicio.

—También usted, Guitton, es pintor de la eternidad.

—¡Oh! Greco, no hay punto de comparación.

—Sin embargo, pintó usted y me gusta lo que hizo. ¿Por qué pintaba usted?

—He pintado y he escrito. Cuando había escrito mis páginas tenía la sensación de que no había dicho nada y hubiera hecho mejor callándome. Entonces cogía el pincel y le encomendaba la tarea de ir allí donde la pluma no había podido llegar.

—Y a mí, cuando mi pincel temblaba por haber conseguido llegar a la evocación del misterio, me hubiera gustado poder filosofar. Qué felicidad hubiera sido para mí adquirir la inteligencia de lo que yo hacía tan sólo por trabajo o por instinto.

—Por genio.

—Por gracia, Guitton, por gracia.

—Tenía usted el genio de dejar al Espíritu de Dios reposar como Señor Todopoderoso sobre la fecundidad de la naturaleza de usted. Consentía usted a sus propósitos. Seguía usted sus inspiraciones. Y se quedaba usted delante de esa belleza admirada por todos, salida de sus ojos y de sus manos, como la Virgen Madre en la adoración de los Magos.

—Guitton, ¿qué es el dibujo?

—La derrota del tiempo, el honor del espacio.

—Veo que entiende de estas cosas y que nuestros pensamientos son parecidos. La pintura, en el siglo XX, ha olvidado el dibujo y desprecia el espacio. El renacimiento lo había absolutizado demasiado. Bastaba con relativizarlo. Usted también, Guitton, ha relativizado el espacio, sin anularlo.

—No he hecho más que imitarle, y es tal la diferencia que toda idea de parecido ofende. El espacio ideal y puro, en su estabilidad estática, es una cierta imagen

de la eternidad. La forma de las cosas es el símbolo de la verdad eterna. Pero la forma y el espacio no son la sustancia y no son divinas. No son más que imágenes. Sin embargo, sin ellas no podemos pensar en lo que las sobrepasa.

—Así, pues, nuestro arte, Guitton, respeta la dignidad de las formas sin sacralizar la perspectiva, sin ser esclavo de las medidas, sin idolatrar la geometría.

—Greco, ¿qué es el color?

—Mire la armadura del conde, el manto de la Virgen, la casulla del obispo. El mundo sensible es la luz cristalizada, su sustancia es irradiación. El color es la gloria de la luz.

—Palabras misteriosas. Yo las he pronunciado alguna vez, como fórmulas sacramentales. Pero, ¿qué significan?

—Tendrá que comprenderlas antes de poder entrar en el paraíso. Pero Dios le enviará un ángel y comprenderá.

En esos momento sonó el teléfono. El Greco descolgó.

—¿Diga? Aquí el Greco. ... Sí, aquí está. ... ¿Inmediatamente? ... Comprendo. ... Hasta pronto.

Colgó. Se dirigió a mí:

—Le llaman a París.

—¿Ya? Bueno. Estaré allí en un segundo. Adiós, maestro. Siento mucho tener que dejarle tan rápidamente. En todo caso, gracias por haber venido a sostenerme en estas circunstancias.

—Todo el placer fue mío. Cuando esté en el cielo, venga a hacerme una visita. Vivo en un pequeño monasterio que bordea el barrio de los artistas. Continuaremos con la conversación.

CÓMO ME INSTALO EN LA TRIBUNA DE LOS INVÁLIDOS, A FIN DE SEGUIR MÁS CÓMODAMENTE LA CEREMONIA DE MI FUNERAL

Ya en París, me fui corriendo a los Inválidos, donde tenían lugar mis exequias. Me instalé en el fondo, arriba, en la galería, a una cierta distancia del órgano. Desde allí podía ver todo el espectáculo de la nave central. Mi ángel ya estaba allí. Me trató con frialdad.

—Fui yo el que le llamó urgentemente. Le estábamos buscando por todos sitios. El reglamento prevé que los grandes de este mundo tienen que asistir a su funeral, antes de ser juzgados. No, sin excepción. Forma parte del examen. Le ha faltado poco para llegar tarde. Por fin está usted aquí. El coche fúnebre acaba de entrar en el patio de los Inválidos.

—¿El general gobernador de los Inválidos?

—Está aquí.

—Bueno. ¿Y el aparato militar?

—Un destacamento del XII de cazadores venidos de Clermont-Ferrand a rendirle honores.

—¿Un destacamento? ¿Cuántos?

—Veinte hombres.

—¿Nada más?

—Puede que menos.

—Es increíble. ¡Me tratan de cualquier manera! ¿Y la Mariscala de Lattre? ¿Está aquí?

—Fiel a su puesto.

- Bien. Naturalmente, será el cardenal Lustiger el que celebre la misa.
- No, no. Es el obispo auxiliar, mons. Vingt-Trois, un amigo suyo, ¿verdad?
- Un amigo, es evidente, un amigo. ¿Pero dónde está el cardenal?
- En Roma. En el sínodo.
- ¡No me diga! ¿Y qué sínodo, si no le importa?
- El sínodo mundial de los obispos, sobre la economía política y sus relaciones con la moral y la espiritualidad cristianas.
- ¿Quién le habrá mandado meterse en ese lío? No tiene ni idea de economía política. (Yo tampoco, dicho sea de paso.) No, tiene que haber otra cosa. Air France está seguramente en huelga.
- Nada de eso.
- Entonces, es inaudito. ¿Y los políticos? Chirac me prometió venir. ¿Está aquí?
- Está en Yakarta. Ha enviado a su mujer:
- Rezará más que él. ¿Y el Primer Ministro?
- En Ottawa.
- ¿Y el antiguo ministro del Interior? Ésta me la debe, estuve a punto de morirme de frío en las exequias de su padre.
- No lo veo.
- Al menos habrá enviado a su mujer.
- Me parece que no.
- ¡Qué ingratitud! Ni su mujer. Es inaudito. ¿Qué escribe usted?
- Nada. Mis impresiones. Al menos tiene usted al antiguo secretario de Estado de Sanidad.
- ¡Bah! ¿Quién es?
- Gaymard.

—No lo conozco.

—Archicatólico. Un tipo excelente.

—Sin duda, pero, ¿qué edad tiene?

—Treinta y cinco años.

—¡Un jovenzuelo! Un antiguo ministro. Un obispo auxiliar. Menos de veinte rezagados. Es increíble. Decididamente, lo habré sufrido todo. Todo.

—Acaba de llegar el secretario perpetuo de la Academia Francesa, el que ha reemplazado a Druon.

—¿Qué escribe de nuevo?

—Nada, nada. Mis impresiones. La Academia parece estar al completo.

—Sería el colmo. ¿Ve usted a Green?

—Sí, está en la primera fila a la izquierda.

—¿Dormita?

—No. Está castañeteando los dientes.

—Siempre se ha portado muy bien conmigo. ¿Y Senghor? —No lo veo. No. Ahora cállese. Su féretro sube por la nave central. Y deje de poner mala cara. Aunque haya huecos abajo, arriba no le faltará la alta sociedad. Anda, mire quién viene.

DONDE SENGHOR SE REÚNE CONMIGO EN LA TRIBUNA DE LOS INVÁLIDOS Y DONDE CONTINÚA MI ASOMBRO

—¡Cómo, Senghor! ¿También ha muerto usted? ¡Qué desgracia, queridísimo amigo!, ¿de dónde viene?

—Estoy vivo. He subido por las escaleras.

—¿Y cómo puede ser que podamos conversar?

—Sea sencillo, Guitton, tome las cosas como vienen. —Vayamos a lo esencial. ¿Quién me sucede?

—¿En la Academia? ¿Le interesa?

La pregunta me chocó. Me trataba como si estuviera muerto, cuando aún no estaba enterrado. Le respondí, picado:

—Es normal, ¿no? Antes que nada, tranquilíceme. ¿No irán a elegir a un católico?

—Sería lo lógico. Piensan en un filósofo católico.

—Ridículo. No se reemplaza a Guitton, con lo cual no se le sucede. Se hace otra cosa. Sobre todo, Senghor, vote a un ateo.

—Guitton, siempre me ha gustado su sentido del humor.

—Hablo muy en serio.

Senghor estaba risueño. Me dijo, secándose los ojos:

—Cuénteme más bien lo que es estar muerto.

—Es mucho menos interesante que estar con vida.

—¿Y el paraíso?

- Ya veremos, ya veremos. De momento, no pienso en ello.
- Bueno, el clero entra, tengo que bajar.
- ¡Oh no! Quédese un poco más, Senghor. Me empieza a sentar bien. ¿Qué hace usted en este momento?
- Estoy preocupado.
- ¿Por su salud?
- No, por África.
- ¿Se preocupa usted por ella?
- Es una pasión de amor. Guitton, ¿qué piensa usted de África?
- África es el continente del futuro.
- ¿Del próximo siglo?
- Nunca hay que dar una fecha. Del futuro.
- ¿Por qué lo cree usted?
- Es mi maestro en política el que me lo ha dicho.
- ¿Su maestro en política? ¿Quién es?
- Secreto de Estado, Senghor, secreto de Estado.
- ¡Demonios! ¿Y qué decía ese gran Desconocido?
- Así hablaba: «Mire la Galia después de la descolonización romana. Caos político. Regresión económica. Situación sanitaria difícil. Ausencia de estado. Pero, en el orden de las cosas invisibles, la cristianización hace crecer en el alma del pueblo unas raíces que llegan a lo más profundo del ser. La cultura racional de los grecorromanos está en vías de asimilación. Una renovación de vida se prepara, traída por el flujo creciente de la barbarie. Naturaleza poderosa, cultura sólida, vida familiar, evangelización en profundidad: precioso abono al pie de los árboles grandes. Las circunstancias conducirán un día a la estabilización política. Entonces África entera será una fuente creadora de imprevisible novedad».

— ¿Dijo eso?

— Me lo dijo hace ya varios años.

— Y usted, Guitton, ¿lo piensa o me refiere estas declaraciones para agradarme?

— Señor presidente, aun suponiendo que alguna vez me hubiera sentido inclinado a ello, ¿cree usted que esté en situación de contar pamplinas?

— En efecto. Adiós, Guitton. Nos volveremos a ver en el Cielo.

— Sí, sí, es posible.

— Ahora usted cree en la vida eterna.

— No me queda más remedio.

— ¿Le tiene miedo al infierno?

— No. Tengo miedo a ser olvidado.

— Todos los santos piensan en usted. Mire, todos sus verdaderos amigos rezan por usted.

Me incliné para mirar la nave central.

— Es verdad, todo el mundo parece estar pensando en mí. ¿Pero qué dicen los periódicos?

— El Papa ha enviado un mensaje de pésame a su familia y otro al presidente de la República.

— Eso está muy bien.

— Ha tenido usted la gloria, Guitton.

— No, Senghor, la gloria no, sólo la celebridad. Créame, no tiene nada que ver. La gloria, por definición, se tiene cuando uno está muerto y ya no puede llamar por teléfono. Cuando uno ya no da miedo, cuando uno ya no puede llamar de nuevo al ascensor. En esos momentos, su obra debe arreglárselas ella sola. Si sobrevive, entonces sí, es la gloria. Nadie puede saber al estar en vida si tendrá la gloria. ¡Es lo que siempre me ha hecho sufrir!

- De todas maneras, Guitton, ya no es en esa gloria en la que hay que pensar.
 - Es evidente. ¿Sabe por qué, en el fondo, me ha gustado tanto la fama?
 - Porque dudaba merecer la gloria.
 - ¿Quién se lo ha dicho?
 - La sabiduría africana.
 - Así que tal vez el gran Desconocido tenía razón.
 - ¿Lo duda, pues? Adiós, Guitton.
 - Le saludo, señor presidente.
- Y bajó a helarse en la nave central.

CÓMO DE GAULLE Y YO MEDITAMOS SOBRE EL MAL Y OTROS CUANTOS TEMAS

En ese momento entró De Gaulle, de uniforme, la aureola alrededor del quepis, que sujetaba bajo el codo izquierdo.

—Pero bueno, Guitton, ¿así que también ha muerto usted?

—Sí, mi general, y me siento muy honrado de verle en mis exequias.

—Siempre me ha gustado el barrio de los Inválidos.

Lanzó hacia abajo una mirada apagada.

—¡Vaya, lo que le inciensan!

Y luego:

—En qué circunstancias nos volvemos a ver.

—Sí, mi general. Y fíjese usted en que nos volvemos a ver. Cuando nos despedimos, la última vez, no estaba usted seguro de ello.

—Me acuerdo de esa conversación. Hace ya más de treinta años, un poco antes de que dejara el poder por última vez.

—No estaba usted seguro de sobrevivir, salvo en la memoria de los hombres.

—¡Y ni eso!

—¿Por qué dudaba usted de la inmortalidad?

—Es que, si yo hubiera sido Dios, no hubiera hecho al hombre inmortal.

—Dios no está obligado a pensar como usted.

—Me decía a mí mismo que el hombre no valía la pena.

- En su opinión, ¿por qué no fue usted al infierno?
- Por el mismo motivo. Dios no piensa como yo.
- ¿Le habla usted a veces de ello?
- Ya no. He terminado por acostumbrarme. ¿Y usted, Guitton? ¿Tiene miedo de ir al infierno?
- No lo pienso.
- No irá porque es usted un gran político. Dios ama ese tipo de hombres.
- ¿Por qué los ama?
- Porque nadie los ama. A fuerza de no ser amados por nadie, llega un día en que no tienen quien les ame, excepto Dios.
- ¿Qué se reprocha a los grandes políticos? ¿Ser políticos?
- No. Ser grandes.
- Mi general, ¿por qué dice usted que soy un gran político?
- Porque fue partidario del mariscal Pétain y ha conseguido hacerlo olvidar. Es un gran arte. Y, sin embargo, le degradaron en la Liberación, le prohibieron enseñar filosofía, como un colaborador de los nazis.
- Fue una injusticia monstruosa, mi general, y además un absurdo.
- Lo mismo cabe decir del día a día de la humanidad.
- ¡Pasé la guerra en un campo de prisioneros dando conferencias de filosofía, y las repetí después en la Sorbona durante veinte años!
- Lo sé, pero hablaba usted bajo un retrato del mariscal Pétain.
- Bajo un retrato del mariscal, lo reconozco.
- Que se negó usted a descolgar.
- Sí, hasta el final.
- ¿Hasta el final?

- Hasta el final.
- Comprendo que le pusieran de patitas en la calle.
- No quise ceder. Soy fiel. Odio bailar al son que tocan. El Consejo de Estado me rehabilitó menos de un año después.
- Fue Pompidou quien instruyó el caso en su momento. Me lo contó todo.
- Entonces lo sabe usted todo.
- No. Usted, que tenía tantos amigos en Vichy, ¿cómo es que no obtuvo de los alemanes su liberación anticipada?
- ¿Es usted, mi general, quien me pregunta eso? La respuesta está en la pregunta. Tenía amigos en Vichy.
- Perdóneme, Guitton, desde que estoy en el paraíso, estoy oxidado en política. Otra palabra más. Usted no era fascista, ¿pero no era usted ligeramente un poco antisemita?
- No más que usted, mi general. Recuerdo una célebre conferencia de prensa, en 1967, en la que abordaba usted el tema.
- Ya que sabe usted lo que pienso de los judíos, dígame lo que piensa de ello.
- Empecé a aprender hebreo en 1933. En 1935 estuve en Jerusalén.
- Es verdad, allí conoció usted al famoso biblista...
- Al padre Lagrange, cuya vida escribí, cincuenta años después, a petición del papa Juan Pablo II.
- Al menos responda a la pregunta.
- Siempre me han gustado los hebreos, mi general. Por desgracia, son en su mayoría judíos. ¿Qué otra cosa quiere que le diga?
- En resumidas cuentas, Guitton: le gustan los hebreos, no le gustan los judíos.
- No, también me gustan los judíos, porque hago un esfuerzo para pensar que son hebreos.

—¿Y cuando no hace ese esfuerzo?

—Intento hacerlo siempre, mi general. O casi siempre.

—¿Y cuando no consigue usted hacerlo?

—Como usted, mi general. Una mezcla de irritación, de estima involuntaria y de parentesco difícil.

—En resumidas cuentas, el sentimiento que siempre he experimentado hacia aquellos que no menospreciaba.

Observó el desarrollo del servicio religioso. Tras lo cual me lanzó:

—Guitton, ¿qué es la cobardía?

Le respondí:

—Buscar la aprobación, no la verdad; la conformidad, no la comunión.

—Podríamos continuar: la condecoración más que el honor, la carrera más que el servicio, la moral más que la mística, el establecerse más que la salvación. Lo innoble.

—Cobardes, mi general, hay de todas las calañas, y de todos los tiempos, y de todos los países. De todas las opiniones.

—Yo era conservador, por eso era revolucionario. Era autoritario, por eso servía a la libertad. Los únicos hombres verdaderos de izquierdas vienen de derechas, y recíprocamente. Uno no hace las cosas buenas más que a contrapelo.

—Yo, igual. En la Sorbona era el herético porque era ortodoxo; los otros se decían librepensadores, eran bienpensantes. Yo soy librepensador, por eso soy católico.

—Estábamos hechos para entendernos, Guitton. ¿Pero cree usted que nos comprenderían, abajo? ¿No van a pasar todo esto por alto?

—Mi general, no soy como usted y me pone usted muy por encima de lo vulgar. Usted nunca ha halagado a los hombres, prueba de que no los menospreciaba tanto como dicen. Yo no he tenido ese valor. En la tierra he adulado porque tenía miedo y despreciaba. Y además, he pasado demasiado tiempo justificándome ante los hombres.

—No lo lamente usted. Yo he escrito cinco libros de *Mémoires* para decirles que me importaba un rábano su juicio y que De Gaulle no tenía por qué justificarse ante ellos. En el purgatorio comprendí que eso era otra forma de justificarse.

—Quizás mis enemigos tienen razón al decir que sólo hablo de mí.

—Uno puede pensar en sí como siendo todo, y pensar en sí como formando parte de un todo, un todo más grande que nos supera y al que uno se consagra en cuerpo y alma.

—Mi general, dicen que no he servido más que a mi propia gloria.

—La gloria personal no vale nada. Lo que es bello es ser la cabeza de un gran cuerpo glorioso, concentrar los rayos y reenviarlos hacia el Rey de la gloria.

—Sí, habla usted así porque ha estado quince años en el purgatorio.

Mientras el general escuchaba la lectura de la epístola, divisé una persona encantadora, cerca de una columna en mitad de la nave. Era Julie de Fièremotte. Hablaba con un anciano de por lo menos noventa y cinco años que me parecía haber visto en algún lugar. Hice un vuelo relámpago y reconocí a Janissar, mi antiguo alumno de antes de la guerra. Al verlo me quedé.

—Fui su contacto —decía Julie.

—¿Perdón? —se sobresaltó el otro.

—Con la Editorial.

—¡Ah! Me tranquiliza usted.

Ella se rió. Soy extremadamente sensible a la belleza de las mujeres. Por eso soy muy tímido. Cuando comprendo que la relación es realmente platónica, me relajo y me vuelvo amable, encantador, divertido, irresistible, es decir, yo mismo. Además, escúchenla.

—¡Era encantador y tan espiritual! Los momentos con él eran una verdadera delicia.

—Siempre le gustó la compañía de mujeres bellas.

—En todo caso, conmigo estaba a gusto. Creo que apreciaba mi cultura. Pero usted, caballero, ¿cómo lo conoció?

—Fui alumno suyo, en Khâgne¹, en Lyon. Después de mis estudios de filosofía, me hice profesor. En el 39 fui movilizado, hecho prisionero en el 40 y me encontré con Guitton en el Oflag IV-D.

—¿IV-D?

—En Sajonia, a cincuenta kilómetros de Leipzig.

—Debía de ser pintoresco.

—Sobre todo cómodo. No se imagina usted.

—¿Y entonces?

—Le ayudé a escribir su obra de arte.

—*Une mère en sa vallée.*

—No. *L'existence temporelle.*

—¿Cómo le ayudó usted? ¿Un diálogo socrático? Debió de ser apasionante.

—No podíamos escribir en los barracones. Demasiado ruido, demasiado humo de cigarillos, continuas molestias... No había más que una solución: las letrinas.

—¿Perdón?

—A la turca. Había dos hileras de doce en una sola caseta. Guitton y yo hacíamos cola el tiempo necesario para poder ocupar dos contiguas. Entonces, colocaba mi bloc de papel sobre mis rodillas y él me dictaba vociferando desde el otro lado del tabique.

—Apasionante.

—Cual el tiempo tal el viento, querida señora. ¡Si supiera todo el papel que emborroné para él!

—Por lo que le conozco, debe de estarle a usted bien agradecido.

—Y pensar que estuvieron a punto de confiscarle el manuscrito poco antes de la liberación.

—¡Qué horror!

—Hubiera sido una pena.

—¡Qué pérdida para la historia del pensamiento! Una problemática tan original. Probablemente el único neoaristotelismo que continúa desde santo Tomás. ¿Conoce usted Aristóteles?

—Lo he visto una vez. ¿Es el que ha ganado el premio Nobel?

—¡Eh!... No sabría decirle. Sabe usted, la cultura es el recuerdo de un perfume en un frasco vacío.

—Pues sí, es lo que queda después de haberlo olvidado todo.

—...

—¡Ah! ¡Guitton!

—¡Pobre, pobre Guitton!

Suspiraron.

Subí volando a la tribuna. El general me esperaba.

—¿Corteja usted a las mujeres bellas?

—En absoluto, mi general. Fui a ver a Janissar, mi antiguo alumno.

—¿Cómo está?

—Envejece mal.

—Vine para hacerle una pregunta y nos hemos desviado. Guitton, ¿y el mal?

—Es la prueba más fuerte de la existencia de Dios.

—Paradoja. Sea. Explique.

—Un día, Leibniz se prendó de una viuda guapa, joven, rica. La pidió en matrimonio. La dama le pidió tiempo para reflexionar. Eso permitió reflexionar también a Leibniz y no se casó con ella. Pero, a veces, la echaba de menos, soltaba una lágrima. Tres años después, se la volvió a encontrar, ya casada; charló con el marido, comprendió. Se libró de una buena. Ya no lloró más.

—¿Moraleja?

— Espere el final de la historia.

— ¿El mal no existe? ¿Ha leído usted *Cándido*?

— ¿Qué quiere que le diga? Espere el final de la historia. Todo está en función del más allá.

— El problema, Guitton, es que la gente no quiere creer en Dios a causa del mal; y que no creen en el más allá porque a causa del mal no creen en Dios.

— Es razonar como un tambor.

— Yo no digo que razonen bien. Le digo cómo razonan.

— Por una vez, mi general, es usted el intelectual. Sea práctico. Pensamos en el mal cuando estamos mal. Luego el problema del mal se plantea siempre mal. Para ser racional, hay que tomar distancias. Pero cuando uno puede tomarlas, todo va bien y ya no pensamos en el mal. De ahí que, en la práctica, o pensamos mal en el mal, o no pensamos nada en él.

— Buen argumento. ¿Qué hacer?

— No pensar en ello cuando estamos mal y pensar en ello cuando no estamos mal.

— Lógico. ¿Lo que nos permite esperar el final de la historia?

— Exactamente.

— Pero entonces no pensamos, esperamos.

— Nada de eso. Pensamos mientras esperamos. El problema del mal debe plantearse con el del destino. No por separado.

— Dice usted eso porque es católico, no piensa usted de manera autónoma.

— ¡Mi general, usted también no! Usted sabe bien que soy católico porque soy librepensador.

— Le estaba pinchando. Continúe.

— Entonces, una de dos. O es el más allá o es la nada.

—De acuerdo.

—Y si es la nada para el hombre, de nuevo una de dos sobre Dios. O hay un dios, o no lo hay.

—Le sigo. Y le adelanto. Si es el más allá para el hombre, entonces de nuevo una de dos sobre Dios. O existe o no existe. En resumidas cuentas, cuatro combinaciones posibles. Dios y el más allá, Dios sin el más allá, el más allá sin Dios, ni Dios ni el más allá. Hacen realmente cuatro.

—Sócrates no tuvo mi suerte. Sus interlocutores eran buena gente, pero nulos. Sólo sabían decir: «Sí, Sócrates», «Bravo, Sócrates», «Tienes razón, Sócrates», menos Calícrates, que se enfurruñaba y no abría el pico. El pobre viejo Sócrates estaba obligado a hacerlo todo. Por eso uno se aburre con Platón.

—Tendría que haber vivido en el siglo XX. Hoy día, cuando uno aburre al público, se muere de hambre. Se necesita cambio e interactividad.

—En su época pasaba lo mismo, pero tenía esclavos para alimentarle y admiradores dispuestos a aburrirse.

—Volvamos al mal. Vamos, Guitton.

—Caso nº 1. El más allá sin Dios: se admite al mismo tiempo el ateísmo y la supervivencia de la individualidad personal.

—Es bastante original. ¿Conoce usted a muchos ateos de ese tipo?

—Depende de lo que entienda usted por ateo, mi general. Primero, están aquellos que no creen en un Dios personal. Pero en conjunto no creen tampoco en el más allá.

—Se puede decir, Guitton, que a ninguno le concierne realmente el caso nº 1.

—Es lo que me parece, mi general. Después, están aquellos que admiten un Absoluto impersonal y que podemos llamar ateos, en el sentido de que no creen en un Dios personal. Pero éstos no admiten la supervivencia de la persona. Más bien imaginan en nosotros mismos una parte impersonal de nuestro ser que podría fundirse después de la muerte en el Absoluto impersonal.

—Mientras tanto, creen de todas maneras en la transmigración de las almas.

—No es creer en el más allá. Si usted renaciera en una ballena, mi general, no

estaría usted en el más allá, que yo sepa.

—Es incontestable. Con lo cual, tampoco se sienten concernidos por el caso nº 1. Vamos a encontrárnoslos en uno de los otros tres. Conclusión: el caso nº 1 está vacío y es puramente teórico. Inútil detenerse en él. Pasemos al nº 2.

—Como usted guste, mi general. Caso nº 2. Ni Dios, ni el más allá. Si esto es así, ¿de qué quejarse? Y, sobre todo, ¿a quién quejarse? No hay nadie a quien quejarse. Las cosas no tienen ni intención, ni sentido, ni lenguaje. No son en sí mismas ni buenas ni malas, son lo que son y nada más. ¿Dónde está el mal?

—¿Si el león me devora?

—¿Por qué quería usted que le devorase? Si no está contento, mi general, mátelos o enjáulelos. ¿Dónde está el mal?

—Luego, no hay problema filosófico del mal en el caso nº 2, sino un problema técnico de seguridad o de analgesia.

—Exactamente. El caso nº 1 carecía de sentido. En el caso nº 2 aparece el mal, pero no el problema del mal.

—Sin embargo, se sufre también la ausencia de sentido.

—Fabrique, pues, sentido con la ausencia de sentido. Nietzsche llama a eso heroísmo. A lo mejor se vuelve usted un superhombre...

—¿Y si le busco otro sentido?

—Es que considera usted que se puede encontrar.

—¿Y qué significa eso?

—Que está usted en los dos últimos casos.

—Convincente. Guitton, esto empieza a ser interesante. ¡Adelante!

—Caso nº 3, mi general. Dios sin el más allá. Esta vez tiene usted a alguien a quien quejarse. ¿Qué bien que no tuviese le pediría usted?

—La felicidad antes de morir.

—Sea usted más preciso. La felicidad antes que la nada. ¿Qué le parece?

— Es una idiotez.

— Estoy realmente de acuerdo con usted, mi general. En esta hipótesis, cuanto más feliz es uno, más desgraciado es, menos en el caso de las avestruces y los amnésicos.

— Entonces, Guitton, ¿qué hacemos?

— Mi general, puede escoger: o Dios es malo y uno se rebela. O Dios es bueno y maximizará nuestra felicidad mientras esperamos la nada.

— ¿A esto lo llama usted bueno?

— No, mi general. Luego uno se rebela en todos los casos.

— No se lo he hecho decir yo.

— Pero uno se rebela forzosamente al admitir la verdad de las dos hipótesis que definen el caso nº 3 (Dios existe, el más allá no).

— Por definición.

— Sin embargo, mi general, me he dado cuenta de que, cuando uno se rebela así, se hace llamar ateo.

— Diantre, Guitton, a pesar de todo es verdad. Pero razonamos como campanas...

— Pues sí, mi general. Vuelta al caso nº 2. Y uno no se rebela más.

— Otra vez atrapados. Espere. Supongamos que uno se diga agnóstico.

— Si así lo quiere, mi general. Veamos lo que nos da.

— Yo lo veo muy bien. Uno se abandona a una revuelta hipotética contra Dios, si existe. Es como si uno fuese a manifestarse bajo las ventanas del castillo, por si acaso hubiese un rey dentro.

— Ante este tipo de *manifestación*, mi general, usted habría conservado el poder. Pero bueno, admitámoslo. En su manifestación, ¿qué le pediría al rey, si éste existiera? ¿Hacernos felices antes de la nada?

— Supongo. ¿Pero qué significa eso, Guitton?

- La ablación de la memoria.
- O entonces, Guitton, ¿le pedimos no pensar en ser felices?
- Dicho de otra manera, la ablación de la conciencia.
- ¿Y si le pidiésemos ser felices antes del más allá?
- Pero si no hay más allá (hipótesis 2 del presente caso nº 3).
- Lo había olvidado. Estamos en lo mismo. ¿Qué pasa ahora?
- Supongo, mi general, que le pedimos a Dios el más allá, para ser felices antes del más allá.
- No hay otra solución. De acuerdo, pero ya que estamos, le pedimos también la felicidad en el más allá. ¿Conclusión?
- Conclusión, mi general, en el caso nº 3, tenemos el mal, pero no el problema del mal.
- ¿Y por consiguiente?
- Caso nº 4. Dios y el más allá. Vayamos a ello. En este caso, tiene usted el mal, ¿verdad?
- Sin duda alguna, Guitton.
- Y también tiene el problema del mal.
- Me parece.
- Mi general, ¿en qué consiste precisamente?
- En esto, Guitton: nos preguntamos por qué Dios nos deja ser desgraciados con tanta frecuencia antes del más allá.
- Es exactamente eso.
- Entonces, Guitton, el problema del mal no es una objeción a la existencia de Dios. Sería más bien una consecuencia.
- Es lo que me mato a decirle. Si niega ya sea el mal ya sea el problema del mal, niega usted a Dios.

- ¡No me diga! Es inaudito. ¿Pero resuelve usted el problema del mal?
- No le digo que lo resuelva. Le digo que lo planteo.
- Pero si plantea la existencia de Dios, resuelve usted el problema.
- Nada de eso. Si planteo la existencia de Dios, planteo al mismo tiempo el problema del mal. Pero no estoy seguro de Dios *a priori*, mientras que estoy seguro de mi problema del mal.
- De manera que al plantearlo, plantea la existencia de Dios y del más allá. Guitton, es usted diabólico.
- Ya me lo han dicho otros, mi general, y si supiera quién, se sentiría halagado.
- ¿Ah?... No, pero... espere. Dicho de otra manera, al plantear simplemente un problema, resolveríamos otro.
- Perfectamente.
- Quien pierde gana.
- *Bienaventurados los pobres de espíritu.*
- Pero, después de todo, ¿cómo sabe usted si el problema se plantea?
- Fue usted el que me dijo que se planteaba.
- ¡Pues habría que demostrármelo!
- No me lo pedía usted antes, mi general.
- Tenía que haberme avisado usted. No veía hacia dónde iba.
- ¡Bueno! Mire el sufrimiento de los niños pequeños, o el genocidio. E inmediatamente surge la pregunta.
- ¿Pero cómo quiere usted obtener la respuesta a tal pregunta?
- Es sencillo. Pregúntese quién puede responderla. ¿Existe en este mundo un solo hombre, en tanto que simplemente hombre, que posea la respuesta?
- Improbable.

- Y, sin embargo, hace usted la pregunta. Entonces, ¿a quién se la hace?
- A Dios.
- Es evidente.
- Guitton, ¿no es usted demasiado dogmático?
- Mi general, soy el único que plantea un problema, digo que no tengo la respuesta y soy dogmático.
- Pues entonces, los de enfrente, ¿qué hacen?
- Primero, dan una respuesta a una pregunta humanamente insoluble; segundo, la dan a partir de principios que rechazan por hipótesis; tercero, responden a una pregunta que se supone que no se hacen ellos; cuarto, son racionales y no dogmáticos.
- No está bien, Guitton, tomar el pelo a la gente, sobre todo si son desgraciados.
- No sabía que era usted tan caritativo, mi general.
- Me volví así después de sentir el aire de la bala. Y si no me cree, tendría usted que replegar un poco las velas en previsión del temporal.
- Mi general, esto es una dialéctica racional. Recuerde que hemos decidido pensar cuando no estuviéramos mal.
- Bueno, Guitton, volvamos a la tierra. El tiempo en que no estamos mal es una abstracción pura. La vida es para muchos un sufrimiento perpetuo. Tienen la impresión de vivir en un túnel que desemboca en una fosa. Buscan el placer, encuentran el asco. Buscan el amor, encuentran la traición. Buscan la verdad, andan a tientas en la duda. Llaman a Dios y él se calla. Les es usted odioso con sus certezas.
- Con mis evidencias.
- ¿Cómo quiere que vean la diferencia?
- Mis certezas tienen sus raíces en mi duda. Mi duda es una conciencia de mi debilidad y de mi miseria.
- Guitton, métase en la cabeza que los hombres no son como usted. No razonan.

—Es lo que le estoy diciendo. Juzgan demasiado pronto. No son librepensadores.

—No es lo que quiero decirle. Suponga que haya convencido a uno con su dialéctica imparable. ¿Cree usted que le ha enseñado algo? El verdadero problema, Guitton, no es conocer la verdad, sino aceptarla.

—¿Qué significa eso, mi general?

—El diablo sabe que hay un Dios. Nadie lo sabe mejor que él. No hay mejor metafísico que él. Usted no le llega ni la suela del zapato. Cree en Dios, pero no le ama. Creer no es amar, no es obedecer. Más vale que los hombres sean ateos. Si los hombres no fuesen ateos, Guitton, se rebelarían contra Dios.

—Mi general, ¿me ha comprendido usted?

—No se ría, Guitton. ¡Esto es serio! El problema del mal no es una expresión del ateísmo o de la duda o incluso de la fe, es una expresión de la rebelión. No me diga que hay que ir de la rebelión a la invocación. Lo sé igual de bien que usted. Todo el mundo lo sabe. Explíquenos más bien cómo acabar con esta rebelión atroz que nos desgarrar y que nos quema y que es nuestro infierno aquí arriba y allí abajo. Usted no sabe lo que es rebelarse. Al principio es usted feliz, famoso, no le falta nada, le condecoran. Y luego es usted un cerebro con patas. En el fondo, tiene usted alma de colaboracionista. ¿Ha sufrido usted alguna vez? ¿Ha amado usted alguna vez? A todos esos pobres tipos, ¿cómo les responde usted? ¿Con la dialéctica de los cuatro casos? Le van a tirar por la ventana. ¿Ha leído usted a Job, caramba?

—Le votaron a usted. A lo mejor le querían. Le toca a usted responderles.

—Nunca sufrí tanto como con la muerte de mi hija Ana. Mi hija minusválida. Cuando me encontré en el purgatorio, san Pedro me dijo: «Eras un monstruo de orgullo y de dureza. Ibas a caer en el infierno. Pero encontramos un agujero en tu coraza: era el amor por esa niña, y las preocupaciones y las noches de insomnio y todos los mimos de tu cariño desesperado. Fue así como salvaste tu alma». Yo no me lo podía creer. Y la he vuelto a ver. ¡Ana! ¡Qué guapa estás! Está guapa, Guitton. Todas las mañanas le voy a dar los buenos días. Me sonrío, ¡si supiera cómo me sonrío, Guitton! Pero de pronto siento que entra en contemplación, no quiero distraerla, entonces dejo que Dios me la coja en éxtasis y me voy de puntillas.

—La amaba con locura.

—No, la amaba con desesperación y más allá de la desesperación, en la nada empapada de lágrimas de mi corazón. No creía en la inmortalidad de mi alma, pero siempre creí en la inmortalidad de la suya.

—Gabriel decía... No, el arcángel Gabriel, no. Gabriel Marcel, el filósofo.

—Ah, sí. ¿Qué decía?

—Amar a alguien es decirle: «Tú no morirás».

—¿Eso decía?

—Sí.

—Tenía mucha razón.

El órgano se puso a tocar para el Aleluya del Evangelio. Y nos callamos.

NOTAS

¹ Curso de preparación a la escuela normal superior de letras (ndt).

DONDE SE PRONUNCIA MI ORACIÓN FÚNEBRE Y LOS COMENTARIOS QUE TUVIERON LUGAR DURANTE LA MISMA

Estaba claro que era el padre Carré, de la Academia, quien iba a pronunciar mi oración fúnebre. Me senté. Volví la cabeza. De Gaulle había desaparecido. Me encogí de hombros. Mons. Vingt-Trois se dirigió al ambón. Miré con inquietud al padre Carré, sentado en el coro. No se movía, recogido. Era realmente el momento de la homilía.

—No será Vingt-Trois el que va a predicar. No conoce nada de mi obra.

Mons. Vingt-Trois tomó la palabra.

—Mis queridos amigos, el cardenal está retenido en Roma...

—¡Es inaudito!

—... por el sínodo episcopal sobre la economía social cristiana.

—¡Bah!

—De todas maneras, me ha encargado leer desde este ambón la homilía que tuvo empeño en escribir, para honrar la memoria del maestro Guitton.

—Eso lo cambia todo. Tenía que haberlo dicho inmediatamente.

—El señor cardenal les ruega a todos que excusen su ausencia. En efecto, tiene que presentar al sínodo, esta mañana misma, un importante comunicado.

—No nos sobraré con su excepcional competencia.

—Celebraré él mismo la misa por el descanso del alma de Jean Guitton.

—Así, pues, no hay nada que decir. ¿Cómo encuentra usted a Vingt-Trois, esta mañana? —le pregunté al Ángel—. Tiene una muy buena dicción.

El Ángel no respondió. Se estaba preparando ya para escuchar la homilía.

—«Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos. ¿Por qué estamos reunidos esta mañana? ¿Se trata de una reunión mundana, de una ceremonia oficial?».

—¡Eso espero!

—«¡Pues no!».

—¿Cómo?

—«Estamos reunidos alrededor del féretro de un hombre».

—Es evidente. Ésa no es la cuestión.

—«¿Vamos a preocuparnos de saber si se trataba de un pequeño o de un gran hombre? ¿De un ilustre o de un desconocido?».

—Ya que estamos, de quien sea.

—«A los ojos de nuestra fe, no será más que un hombre, como los otros, y toda consideración superficial debe ceder ante la gravedad y la seriedad del misterio de la muerte».

—¡Bah!

—«¿Quién era él para nosotros?».

—¡Otra vez!

—«¿Un escritor? ¿Un pensador? Sin duda. Y muchos de los aquí presentes le son deudores. Muchos le admiran. Y, además, todos ustedes conocerán esta obra considerable, sus cincuenta libros, sus tesis mayores, sus ricos desarrollos, sus articulaciones rigurosas. No les hablaré, pues, de eso».

—¡Anda!

—«¿Es la más grande del siglo? ¿O está condenada al olvido rápido?».

—¿Rápido? ¡Qué horror!

—«¿Quién puede decirlo? Amigos, nadie puede juzgar el valor verdadero de las obras del espíritu sin distanciarse en el tiempo».

- No me entierra, me asesina.
- «Dicho esto, no hablaré más de nuestro hermano».
- Soy un maestro, al menos.
- «Recuerdan aún el Evangelio de esta misa».
- Anda, es verdad, ¿cuál era?
- No déis a nadie aquí en la tierra el nombre de Maestro, ya que tenéis un solo Maestro, Cristo».
- Es un complot. Pero el Presidente no lo ha aceptado. Se ha quedado en Yakarta.
- «Entonces, ¿por quién, por qué habéis venido? ¿Para acompañar los despojos de un hombre? Habéis venido por Cristo».
- Las tres cuartas partes son ateos.
- «Habéis venido por Cristo, porque Cristo vino por vosotros. Y viene por vosotros con esta muerte, os visita esta mañana. Debemos meditar con él, en el olvido de toda vanidad humana, sobre el misterio de la muerte y de la vida».
- ¡Caramba, hábleles de Guitton! Han venido para eso.
- «Tenemos que renovar nuestro espíritu. Nos hace falta un *nuevo arte de pensar*».
- Por fin una referencia a mi obra.
- «¿Y cuál es el principio?».
- Déjeles bien dicho que es un principio absolutamente original. Mi lógica se distingue de todas las demás.
- «Sí, ¿cuál es ese principio? La humildad».

Así fue cómo, a una asamblea reunida para mi oración fúnebre, el cardenal habló de Dios, de Cristo, de la vida eterna, de la salvación; de todo, menos de Guitton. Estaba indignado. Con frecuencia había sospechado que me odiaba en secreto. Ahora ya tenía la prueba. El ángel estaba aún pendiente de los labios del

obispo auxiliar. Yo ya no escuchaba. Empecé el vuelo por la nave.

Me detuve al principio cerca de una señora mayor cuyo rostro no me era desconocido y que hablaba con un anciano de noventa años por lo menos.

—No tenía ninguna delicadeza, caballero, ni una pizca. Fui su alumna, en Montpellier, antes de la guerra. Un día cogí el tren. Entré, por casualidad, en un compartimento que creí vacío. La tarde caía. La penumbra se instalaba. Y me encontré sentada frente a él.

—¡Caramba! ¿Un idilio?

—¡Qué va! Hablamos un poco de filosofía. Y le dije, así como así: «Señor profesor, ¿no le molesta a usted viajar solo de noche en un tren con una mujer joven?». «Oh no —me respondió—, no me molesta usted en nada». «¿La presencia de mujeres no le turba?». «Oh sí, soy muy tímido. Pero usted no es nada femenina».

—¡Qué animal!

—Querrá usted decir: «¡Qué grosero!». Decir eso a una chica joven.

—Es poco delicado

—Ya me dirá. Podía haberme hecho perder toda la confianza en mí misma. Afortunadamente tenía razones para pensar... en fin... que podía no dejar de gustar.

—¿Ah, sí? Menos mal.

—Sí, afortunadamente.

—Claro.

Suspiró.

—¡Ese Guitton! No era hombre de aventuras galantes.

—¡Es verdad!

Ella se puso a llorar. Él se inclinó para consolarla. Ella se secó los ojos, se sonó las narices ruidosamente. Y, mirándolo extrañamente de arriba abajo, los ojos húmedos:

—¿No está usted contento de estar sentado a mi lado?

Cada vez más contento de estar muerto, los dejé sorbiendo por la nariz y subí hacia el altar por la nave lateral. Al pasar, me detuve un momento a mirar las estaciones del viacrucis que yo había pintado y que decoran aún hoy las columnas de esta iglesia. No me había dado cuenta que estos cuadros fuesen tan bellos y me extrañó la modestia de la que había hecho gala en vida. Estaba aún enfrascado en ese pensamiento, cuando reconocí a uno de mis discípulos, Hude, sentado al lado de Marion, profesor de la Sorbona. Tenía los ojos rojos. Hablo de Hude. Yo también solía tener frecuentemente los ojos rojos. Marzena me ponía unas gotas. Nunca pude hacerlo solo. De pronto, vi rodar una lágrima sobre su mejilla. Yo no amaba lo suficientemente a Hude como para que esa lágrima me conmoviera, pero no me era tan indiferente como para arrancarme una sonrisa. Me acerqué.

—Fue Guitton —decía Hude— quien me enseñó a escribir. Un día le regalé uno de mis libros. Lo leyó como él sabía hacerlo: al principio bajo la almohada y luego al azar y, si es posible, empezando por el final. Lo volví a ver poco después. Tenía delante de él el libro completamente abierto y la tapa destrozada. Me espetó: «Hude, ¿con qué escribe usted?». Un poco desconcertado, me reí: «Maestro, como usted, supongo: con una pluma». Prosiguió. «Eso se nota cuando se le lee. No sabe usted nada. Sepa usted que no se escribe con una pluma, sino con una papelera». Entonces cogió mi libro, que seguía delante de él, abierto y destrozado. Me lo puso bajo los ojos. Preguntó. «Este adverbio, ¿sirve para algo?». «No realmente». «Quítelo. ¿Y éste?». «¡Bah!». «Táchelo. ¿Y este tercero?». «¡Humm!». «Táchelo. ¿Está usted satisfecho con estos tres adjetivos?». «Tal vez uno hubiera sido suficiente». «Sigamos. ¿Comprende usted esta frase?». «La sintaxis está muy articulada». «Yo no he comprendido nada. No es usted Proust. Ponga usted puntos y haga frases independientes». «Usted piensa, maestro, que no seré nunca un buen escritor». «Al contrario. Es usted capaz de lo mejor. Por eso quiero enseñarle el gran principio». Puso sus manos en forma de megáfono y gritó: «¡Hude, el secreto del estilo es quitar!». Y después, con voz de nuevo normal: «¿Lee usted a Pascal?». «Algunas veces», respondí. «Lea a Pascal. ‘El pensamiento que quería escribir se ha escapado. Escribo, en su lugar, que se me ha escapado’».

Se mordió los labios y una lágrima nubló su mirada. Miré a Hude. Nunca hubiera imaginado que Hude me quisiera ni tan siquiera un poco y sentí vergüenza hacia él por el error que yo había cometido. Nunca quiso halagarme. Le había enseñado a no esperar nada de mí. Pensaba notar en él al menos un poco de resentimiento. Estudié su fisionomía. No comprendía nada. Había algo

que se me escapaba.

Ante la lágrima de Hude, Marion pareció emocionarse, se secó los ojos y se sonó la nariz con un gran pañuelo. Fue, en el silencio que siguió, el momento más conmovedor de la homilía. Cien personas volvieron la mirada. El orador creyó notar el efecto de la retórica y pareció halagado. Marion vio que había sido visto. Su mirada brilló al secarse el rabillo del ojo y juntó las manos con devoción.

Le preguntó a Hude: «¿Eras su discípulo?», y esperó la respuesta, que no llegó. Así, pues, la mirada limpia, en silencio, secas las lágrimas, Hude renegaba de mí, de mí, de mí que le enseñé el arte de pensar, de mí que le había alimentado con todos mis pensamientos, de mí que había hecho de él todo lo que sería siempre. Y lo único que supo decir de mí es que le había pulido el estilo. Y lagrimeaba. Ese bribón tenía que ser muy fuerte para poder asesinarme con lágrimas en los ojos y consumir su parricidio con las apariencias de la piedad filial. No sólo ya no lamentaba estar muerto, sino que cada vez tenía más ganas de ir al paraíso, para escapar al fin de todas estas falsedades y de todas estas bajezas.

Ya me iba, cuando oí a Hude decirle a Marion: «Nietzsche escribió: ‘No un eco, sino una continuidad’». ¿Qué quería decir eso? Lo miré. Vi su corazón al desnudo, pero no pude ver el secreto. Y, por primera vez, dudé de mi conocimiento sobre los hombres.

Deseoso de divertirme, me detuve un poco más lejos, a la altura de una pareja pintoresca y sabiamente disarmónica. El azar de los encuentros había hecho bien las cosas. Jean-Claude Casanova, miembro del Instituto, liberal, fino, jovial, se encontraba sentado al lado de Marcel Saint-Sulpice, reaccionario, sanguíneo y satisfecho. Casanova no había escrito mucho, pero tenía claridad mental en todo y su conversación era un encanto. Lo habíamos elegido en la primera ronda de su primer ataque de fiebre verde¹. Saint-Sulpice, por el contrario, había publicado sesenta y dos obras, que explicaban una sucesión de candidaturas al Instituto, así como el fracaso repetido de dichas candidaturas. Su vanidad había quedado dañada. Para sobrevivir tuvo que identificar a un culpable. Fui yo. Me equivoqué al prometerle mi voto, ¿pero fue culpa mía si fue tan ingenuo de creérselo? Como decía el cardenal Grente: «Le prometí mi voto; ¡no querría además que se lo diese!». Así es cómo Saint-Sulpice, herido, se rascaba sin parar desde hacía seis meses las costras ensangrentadas de su amor propio. Ni siquiera el placer que mi muerte le trajo había conseguido desinflar su indignación.

La homilía no terminaba nunca. El obispo auxiliar se preguntaba si había ido al

paraíso a ver al fin al desnudo esa Verdad que había buscado toda mi vida. Un tercio escaso de la asamblea lo esperaba, sin creérselo demasiado. Un amplio tercio estaba seguro que había vuelto a la nada. El resto contaba con que estuviese en el infierno. De lo cual se deduce que, en esos momentos, todos estaban equivocados. Saint-Sulpice y Casanova charlaban. Su conversación molestaba a una señora muy como debe ser, sentada tras ellos, a quien la retórica episcopal le daba escalofríos de devoción.

Buen chico, Casanova se extrañaba:

—Con menos de sesenta años estaba en la Academia; con más de ochenta quiso ser miembro del Instituto. Nunca comprendí esa maniobra.

—Es su forma de actuar —le murmuró Saint-Sulpice al oído—. Lee los libros comenzando por el final. Siempre hace todo al revés. Vea sus condecoraciones. Le dieron la Legión de Honor con cuarenta años y obtuvo el mérito con noventa.

—Con ochenta y ocho — rectificó Casanova.

La señora responsable dijo: «¡Chist!». Saint-Sulpice continuó su relato, un poco menos fuerte.

—Fue el presidente de la República en persona quien le impuso el cordón azul, en la sala de fiestas del Elíseo. El pobre Guitton llevaba de pie demasiado tiempo. Se habría caído desmayado si Mitterrand no le hubiese acercado una silla. Como habían medido mal la longitud del cordón, casi se lía los pies con él y el colgante le golpeaba el tobillo. Pero a pesar de todo fue un éxito. Mitterrand hizo un discurso interesante, sin usar una sola nota. Tenía una memoria de elefante. Hasta habló de la Virgen Santa.

—¿Por qué cree usted que Guitton necesitaba lo menos, cuando ya tenía lo más?

—La Academia le parecía una reunión de bellos oradores, pero el Instituto le parecía algo más serio.

—¿Y respecto a las condecoraciones?

—Le parecía que el mérito era mayor que el honor.

—Es una idea justa —observó Saint-Sulpice, que a veces era honesto.

—En su opinión —prosiguió Casanova, que acababa de ser nombrado oficial de

la Legión de Honor—, ¿por qué tiene tanto interés la gente por esas condecoraciones?

—¡Oh! No es que las quieran, sino que les molestaría no tenerlas. En resumidas cuentas, cuando uno quiere obtener la Legión de Honor a tiempo es para evitar un ligero deshonor.

—Éste es, pues, un placer que no es más que el final de un dolor. ¿Sócrates no dijo nada sobre el tema?

—Platón. En el *Fedón*.

—¿Es usted filósofo? —preguntó Casanova—. ¿Miembro del Instituto tal vez?

—He sido algunas veces candidato —respondió Saint-Sulpice, resplandeciente—. ¿Se está usted preparando para serlo?

—En realidad, no exactamente; acabo de ser elegido.

—Felicidades —respondió Saint-Sulpice, apagado.

Daba pena verle. Casanova intentó reanimarlo.

—Afortunadamente, Guitton votó por mí.

—Me alegro por usted. Siempre votó contra mí.

—¿Por qué? ¿Era usted francmasón?

—Nada de eso: católico.

—¿Y entonces?

—Él es así. Traidor hasta el fondo del alma. Hasta hizo campaña contra mí. Repetía a quien quisiera escucharle que yo pensaba como un martillo neumático. ¿Y sabe usted cómo se las arregló para ser elegido en la Academia Francesa?

—Me lo va a decir usted.

—Se presentó contra un duque. El duque de Gramont. Me explico. La costumbre dice que un mariscal debe ser elegido sin competidor por cuasiunanimidad. Así, un duque, desde el momento en que se presenta, sale elegido por fuerza. Pero, para un duque hay un candidato adversario, el cual, por convenio, no puede

obtener más de diez votos.

—Entonces, ¿por qué se presenta ese otro candidato? —preguntó Casanova.

—Por espíritu de sacrificio. Y hay colas en la Academia. Eso puede acelerar la entrada.

—Total, Guitton se presentó contra el duque de Gramont.

—Exactamente. Comenzó sus visitas, explicando que aceptaba sacrificarse, pero no quedar en ridículo, y que le hacían falta los diez votos de costumbre del candidato adversario del señor duque. ¡Pero fíjese qué bribón! Se las arregló de tal manera que los diez que iban a votar por él se convirtieron en veinticuatro en el recuento del escrutinio. Guitton pasó en primera ronda, ante la estupefacción general. Era la primera vez que un duque era vencido en una elección académica.

—Un duque es siempre decorativo, pero sin duda alguna la Academia hizo bien en votar a Guitton. ¡Oiga! No conocía a nuestro difunto bajo ese aspecto. ¡Qué político más astuto!

—Quiere usted decir un impostor. Y además, ¿no tuvo él el descaro de pretender que esta maniobra dolosa le fue inspirada por Marthe Robin?

—¿Por quién?

—Marthe Robin, una santa, una estigmatizada, de la cual Guitton escribió el *Retrato*.

—No parece que le guste a usted ese retrato.

—¡Oh! No es ni mejor ni peor que los otros que ha hecho. Cuando Guitton hace el *Portrait de Monsieur Pouget*, se convierte en el Retrato de Guitton por Pouget. Cuando hace el *Portrait de Marthe Robin*, se convierte en el Retrato de Guitton por Marthe Robin. Guitton es egoísta, egocéntrico e incapaz de interesarse por otra cosa que no sea él.

—¿Así que esa Marthe Robin le aconsejó su gran maniobra académica? ¡Una verdadera Mata-Hari!

—¡Imagínese!

—Qué pena, me habría hecho simpática la santidad.

La señora responsable dijo: «¡Chist!». Los dos compadres continuaron la conversación, hablándose al oído.

—Le encuentro demasiado indulgente, En fin, ya sabe cómo consiguió la Academia. En el Instituto no hay forma de hacer ese tipo de tejemanejes. Por eso esperó treinta años antes de entrar, por desgaste, cuando ya no había nadie más a quien poner.

—Nadie más... Todavía hay filósofos de valía en este país.

—Sí, pero ninguno tiene ochenta años.

—¿Y qué? ¿Hay que tener ochenta años para estar en el Instituto?

—En la sección de filosofía, sí. Y hasta se tiene poca suerte antes de los ochenta y cinco. Si los viese usted, reunidos los lunes...

—Una lástima. ¿Esta gente no se muere, pues?

—Creo que el Instituto conserva.

—La gerontocracia es un fenómeno cada vez más preocupante. Y eso que estos ancianos son los primeros conscientes del problema. Cuando visité a Guitton, hablamos de ello. Me dijo que su amigo, el papa Pablo VI, había sido un visionario, en esto como en muchas otras cosas. Fue este papa el que decidió que los cardenales de más de ochenta años ya no votarían. Habría que hacer lo mismo en la Academia. Tendríamos siempre en acción cuarenta miembros votantes de menos de ochenta años.

—Sí, pero Pablo VI no se aplicó la regla a él mismo.

—Es normal y lo apruebo. El papado es como la paternidad. No hay jubilación.

—Guitton era un especialista en tanatología. No faltaba nunca a ningún congreso. Al parecer escribió, pero no publicó, una filosofía de la vejez. Se le consentía la debilidad que tenía por la lectura de ese viejo loco Dr. Carton. Se interesaba mucho por las relaciones entre la democracia y la gerontocracia. Pensaba que, para luchar contra el envejecimiento de la democracia, había que votar el futuro.

—¿Cómo se las arreglaba?

—Reformando el derecho de voto. Tenía teorías asombrosas sobre el tema.

Según él, habría que votar por puntos. Imagine. Todos tendríamos un número de puntos inversamente proporcional a nuestra edad y calcularíamos ese número contando un punto por año que quedara por vivir. Por ejemplo, supongamos que toda vida humana dura cien años. Con dieciocho años, uno dispondría de cien puntos menos dieciocho puntos: ochenta y dos. Con diecinueve años, tendríamos ochenta y un puntos. Con veinte años, ochenta, y así sucesivamente.

— Así, pues, yo, con sesenta años, no valdré más que cuarenta puntos, mientras que mis dos hijos de veinte y treinta años sumarían juntos ciento cincuenta puntos.

— Perfecto.

— ¿Y con cien años?

— Cero puntos.

— ¿Y con ciento un años?

— Menos uno. El número de puntos puede ser negativo. Pensó en todo. Pero el voto no es obligatorio. De ahí que no esté prohibido y se pueda votar a aquel que se quiera eliminar.

— Ingenioso. ¿Y los menores?

— Al nacer valen cien puntos.

— ¿Y quién se beneficia de esos puntos?

— Cada uno de los progenitores tiene la mitad de los puntos del niño, hasta su mayoría de edad.

— ¿Qué sale de todo esto?

— Un ciclón en los cocoteros.

— Disminuyen las pensiones, bajan las tasas de interés, se tienen niños, se invierte. La salvación.

— Afortunadamente, imposible.

— Imposible, ¡por desgracia! ¡Ese viejo loco! Qué proyecto original.

- Chiflado
- Lógico.
- Absurdo.
- Genial.
- Ridículo.
- Poderosamente democrático.
- Profundamente despótico.
- A final de cuentas, ¿guittoniano?
- Pues sí, gutttoniano.

La señora responsable, los fulminó con la mirada murmurando entre dientes:

- ¡Pero bueno, señores, cállense ya de una vez!

Los dos compadres siguieron, con voz inaudible:

- ¿Qué le dijo usted para que le votara?
- No dije nada. Hice.
- ¿Qué hizo usted?

—Dar puñetazos. Cuando fue elegido en la Sorbona, la cosa no fue fácil. La extrema izquierda no lo admitió. Además, fue elegido, en contra de la opinión de la sección de filosofía, gracias a las voces de la reacción, muy fuerte en letras e historia. En esa época todo el mundo votaba en todas las elecciones. Total, Guitton, vuelto de los infiernos de la degradación unos años antes gracias a Pompidou —ya conoce usted la historia—, entró en su aula magna. El bedel lo introdujo. Silencio de muerte. Reconstituidos en bloque, los comunistas ocupaban las cuatro últimas filas. Una gran inscripción en la pizarra, en mayúsculas: FUERA DE LA SORBONA LOS COLABORACIONISTAS. Guitton dejó su cartera sobre la mesa. Empezó su clase, como si no sospechase nada. No dijo ni dos frases y el jaleo estalló. No se puede usted hacer una idea. Pitos, berridos, bramidos, eslóganes, chillidos, confeti, bocinazos, *La Internacional*. La gran diversión. Guitton esperó el final de la hora. Y luego se marchó.

—¿Volvió?

—A la semana siguiente, puntualmente. Mientras tanto, la derecha se había juntado. La izquierda cantaba: «¡Guitton, colaboracionista!» La derecha berreaba: «¡Los monillos comunistas a Moscú!». Todo el mundo se insultaba. Durante una hora. Grandioso.

—¿Y Guitton?

—Esperaba con los brazos cruzados. A la salida, los más exaltados quisieron agarrarle por el cuello. Pero siempre tenía un pequeño grupo de guardaespaldas. Yo era uno de ellos. ¡Si le dijera a usted quién era el jefe!

—¿Quién era?

—Desde entonces ha recorrido mucho camino.

—¿Pero quién?

—No puedo decirlo. Sería un escándalo.

—Dígamelo. Le prometo que no se lo diré a nadie.

Le murmuró un nombre al oído.

—¡No es verdad! —saltó Saint-Sulpice—, Jean-Marie Le P...

—¡Chist! —cortó Casanova—. No debe decirlo.

—¡Vaya, vaya! ¿Y cuánto tiempo duró eso?

—Seis meses

—¡Seis meses! ¿Y aguantó?

—Gracias a su mujer, Marie-Louise. Lo admiraba a su vuelta de la Sorbona como si fuera san Sebastián. Él no se creía tan estoico. Quería saber hasta qué punto podía serlo. Por otra parte, ese estoicismo terminó por cambiar a la opinión. Raymond Aron estuvo muy bien. El circo terminó sobre todo gracias a él.

—¿La prueba dejó huellas?

—Indelebles. La prueba es que contó su vida en cuarenta libros y buscará usted

en vano una sola página en su obra donde se haga alusión a los hechos que le acabo de relatar. Pero como siempre, con él todo es ambiguo.

—¿En qué sentido?

—No podía abrir el pico, lo que no le impedía recibir su sueldo. Como siempre ha sido un poco vago, eso no podía disgustarle.

—Es usted reductivo.

—No, lúcido. Por otra parte, había algo más. Había encontrado una cruz en su camino.

—Pensó que debía abrazarla hasta el final para santificarse.

—De lo cual se deduce que a pesar de todo es creyente.

—Sí, a pesar de todo —suspiró Saint-Sulpice—. Pero callémonos. Va siendo hora de rezar por él.

En resumidas cuentas, Hude no me traicionó. Marion había cambiado de sitio, aunque yo no pudiera votar más por él en el Instituto, y se las arregló para darse a conocer. Saint-Sulpice no me odiaba tanto como yo creía. Seamos honestos: había sido incluso correcto en sus respuestas a Casanova. Dentro de poco no habría nadie más que yo que no tuviera virtudes. No estaba asqueado por la humanidad. Estaba cansado. Y, sobre todo, al ver cómo se deshacían las que yo creía mis excusas, y al tocar con los dedos los límites de mi maquiavelismo, empezaba a estar preocupado por la continuación de los acontecimientos. Escuché el final de la homilía, sublime, hay que decirlo. Y, por primera vez en ese día, recé.

NOTAS

¹ Alusión al color de los sillones del Institut de France. La expresión «fièvre verte» hace referencia a la presentación de una candidatura a dicha institución (nde).

DONDE DESCUBRO QUE EN LA SORBONA ENSEÑÉ MUCHAS TONTERÍAS Y DONDE, SIN EMBARGO, ME DELEITO CON LA CONVERSACIÓN DE SÓCRATES

Al terminar mons. Vingt-Trois la lectura de la homilía, subió al altar y comenzó el ofertorio, bajo un bello fondo de órgano bastante estimulante. Volví a subir a la tribuna. El ángel seguía allí, pero no adivinarán nunca quién se encontraba allí.

— ¡Sócrates! ¡Qué sorpresa!

— ¿Le sorprende mi presencia?

— Desde hace tres días nada me sorprende. Pero he de decirle que a pesar de todo no esperaba verle.

— ¿Y por qué?

— ¡El Príncipe de los filósofos!... Y además... es que...

— ¿Me creía usted en el infierno tal vez?

— Qué quiere que le diga, un pagano...

— Desengáñese. Aún sigo en el purgatorio.

— ¿Todavía? ¿Desde que bebió la cicuta?

— Desde el 399 antes de Cristo.

— ¡Es espantoso! ¿Y hasta cuando se quedará allí?

— Hasta el fin del mundo, a menos que un filósofo santo que llegue al paraíso interceda por mí delante del rostro de Dios.

— Ya veremos, ya veremos. ¿Pero cuáles son los pecados que pueden exigir una purificación tan larga?

—Tres motivos: primero, orgullo intelectual; segundo, falta de espíritu de paternidad; tercero, ironía cruel.

—¿Era usted así? ¡Pero si ni mis colegas ni yo mismo hemos enseñado nunca nada de eso en la Sorbona!

—¿Es una referencia?

—¡Es inaudito! Permítame retomar esos tres puntos uno tras otro. Me ha dicho usted: «Motivo nº 1, orgullo intelectual». Puede pasar, es plausible.

—Es cierto.

—Pero en la Sorbona, Sócrates, todos dicen que es usted modesto.

—Usted sabe bien, Guitton, que el orgullo nada tiene que ver con la falta de modestia.

—¿Cuál es ese orgullo, Sócrates?

—Guitton, me preocupa usted. Si no sabe usted lo que es el orgullo, corre usted un gran riesgo de estar metido hasta el cuello. Dígame usted, pues, lo que es.

—Creerse Dios.

—Exactamente. No como los locos, claro está, sino como los filósofos, que no es lo mismo. Desarrólleme este concepto.

—Imaginar que nuestra mente fabrica la verdad en lugar de ajustarse a la realidad. Imaginar que podemos decretar el bien y el mal. No querer pensar más que por uno mismo, no confiar nunca en nadie y no querer depender de nada.

—Éste es el orgullo que impide a todo el mundo tener fe. Su juicio es excelente. Pero me pregunto si ha dicho eso tan nítidamente en sus libros cuando estaba usted en la tierra. Podría haber hecho disminuir la tirada y rechinar a la crítica. Ya que ya no tiene por qué temerlos, déle la vuelta al bolso y sacúdale el fondo. ¿Una última forma de orgullo, Guitton?

—Indignarse ante la idea de que todo lo precedente sea orgullo. Pensar que no es más que libertad.

—¿En ese caso qué significa ser libre?

—Ser Dios.

—Y el círculo está cerrado. Está usted puesto en materia de orgullo.

—Entonces, Sócrates, ¿qué orgullo le han reprochado?

—Haber defendido que toda verdad estaría desde siempre presente en el fondo de mi alma y que me bastaría con reflexionar para sacarla a la luz.

—¿Y no es verdad?

—No lo es más que en parte. Lo esencial viene del exterior y sobre todo de otro.

—¿Pero por qué?

—Porque lo esencial, Guitton, es el amor. Pero el amor es un lazo real entre usted y todo lo que no es usted y que nace del don que le hace otro, de manera imprevisible y no dominable. Por eso, si es usted cerrado e independiente, no comprenderá nada de nada.

—¿Y qué le reprocharon más, amigo Sócrates?

—Haber pretendido que nadie es malo voluntariamente.

—¿Y no es verdad? Siempre me ha parecido que los hombres eran mucho más tontos que malos.

—Guitton, es nuestra maldad la que nos hace tontos.

—¿Quiere decir que si todo el mundo fuese bueno, todo el mundo sería inteligente? La inteligencia iluminada me parece que es, sin embargo, un factor de la bondad.

—Es cierto, pero el amor es una forma de vida que une conocer y querer.

—Misteriosa palabra. La ha aprendido usted en el purgatorio.

—Tras mil años de purificación.

—Entonces pasemos al motivo nº 2. Me preocupa mucho más. ¿Por qué dijo usted «falta de espíritu de paternidad»?

—Porque es así.

—Pero no es un hecho histórico. ¡La prueba es que los historiadores no dicen ni pío! Más bien dirían lo contrario. Dicen que dio usted su vida por la educación de la juventud.

—Difundir sus ideas, Guitton, no es dar la vida por sus hijos.

—Pero murió por ellos.

—No. Morí por mis ideas.

—¿No es bonito morir por las ideas de uno?

—No, Guitton. Si uno reflexiona bien, vemos que de nuevo no es más que morir para sí. Y además, mil billones de ideas no valen una sola persona. Hay que querer a las personas. Hay que vivir y morir por ellas.

—Pero, aun así, me gustan mucho las ideas. Nunca me han molestado. No son como las personas... Pero vuelva usted a lo del espíritu de paternidad, eso me interesa mucho más.

—En el Juicio, me reprocharon mucho lo que dije sobre Platón.

—¿Qué pasó?

—San Pedro...

—¿San Pedro le juzgó en 399 antes de Jesucristo?

—Evidentemente no. Antes de ser enjuiciado, esperé como todo el mundo la resurrección de Jesucristo. Y como había muchos expedientes en instancia, aún tuve que esperar un buen medio siglo, de manera que formé parte de las primeras causas que conoció san Pedro en persona.

—Déjeme pensar un momento en esta soberbia idea: el Príncipe de los Apóstoles juzgando al Príncipe de los Filósofos...

—No piense usted mucho, Guitton. San Pedro me preguntó: «Sócrates, ¿qué es lo que más lamenta?». Le respondí ingenuamente: «No haber tenido sucesor».

—¿Cómo es eso? ¿Ningún sucesor? ¿Y Platón?

—Justamente. Es lo que me preguntó san Pedro. Le respondí inmediatamente con estos mismos términos: «¿Platón? Verá usted, su gloria está sobrestimada».

—Sócrates, ¿dijo usted eso?

—Lo dije.

—Pero los historiadores de la Sorbona no hablan de ello.

—Peor para ellos.

—¡Pero es inaudito!

—Es mejor que sea así. La filosofía no ganaría nada.

—Estoy consternado. Estoy deshonrado. Estoy ridiculizado.

—¿Por qué, Guitton? Todo el mundo puede equivocarse.

—He contado cuentos durante cuarenta años.

—Digamos, más bien, que historias edificantes.

—Sócrates, somos unos burros.

—Si usted quiere, Guitton, pero, de todas maneras, muy muy sabios. Sabe usted un rato largo de eso.

—Largo como nuestras orejas, Sócrates.

Sócrates se rió de buena gana. Yo estaba consternado.

—¿Se ríe usted? Es trágico. ¡Qué desilusión! ¡Ah! El encuentro entre Sócrates y Platón... ¡Esa gran amistad filosófica! Es para llorar. Era mi lección de bravura y todos mis estudiantes vertían puntualmente torrentes de lágrimas.

—Sobre este punto, Guitton, su clase era irreprochable. He de decirle que nuestro encuentro fue muy bueno, hasta conmovedor. Fue después cuando se estropeó todo.

—Total, le dijo usted a san Pedro que Platón no valía una peseta. ¿Y lo pensaba usted?

—Por desgracia, sí. Hasta añadí: «Un chico brillante, ese Platón, pero su talento filosófico estaba estropeado por su virus de la política. No dio todo lo que esperaba de él. Podía haber hecho un gran libro, por ejemplo: *La Filosofía de*

Sócrates. Pero era demasiado orgulloso, muy personal».

—Eso le hundió. Por lo que puedo saber, seguramente san Pedro le animó para ver hasta dónde llegaría.

—Justamente. Me dijo, con aire guasón: «De todas maneras, ese joven Platón estaba lleno de ideas». Le respondí fogosamente: «Encuéntreme una que no se la haya soplado yo. Quiso ponerle música a mi pensamiento. Por desgracia, no tengo la impresión de que sea un buen intérprete». San Pedro: «Podemos reconocer que escribía bien». Yo: «En todo caso». San Pedro: «En suma, Platón era su negro». Y yo: «Sólo eso, san Pedro, sólo eso».

—¡Ay, ay, ay! ¿Entonces?

—Entonces el purgatorio. Muy seco.

—Es espantoso lo que me dice usted. ¿Y hasta el final del mundo?

—Hasta el final del mundo. A no ser que...

—Lo sé, lo sé. ¿Y cuándo será eso del fin del mundo?

—Vaya usted a saber.

—Hasta el final del mundo... ¿Por un poco de orgullo intelectual? No se andan con tonterías.

—Me han dicho que es lo más fino en el género pecado.

—Pero entonces, ¿cómo se libró usted del infierno?

—Había sostenido el monoteísmo. A veces rezaba noches enteras. Esperaba una salvación venida de arriba. Pero lo que me salvó fue que yo era pagano.

—Ah...

—Si hubiera sido cristiano me hubiera hundido.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Es espantoso.

- Es la justicia de Dios.
- ¿Y su misericordia entonces?
- Fíese usted.
- Es preciso.
- ¿Entonces, está de acuerdo, Guitton?.
- ¿Con qué?
- Cuando llegue al cielo, rezará por mí.
- Si llego allí.
- ¡Oh, llegará! Usted no es orgulloso, ¿verdad?
- Espero que no.
- ¿Vanidoso?
- Menos aún...
- Tiene usted razón. Es el orgullo de los imbéciles. ¿Y el espíritu de paternidad?
- No tengo hijos.
- Ése no es el problema.
- Y además no tengo sucesor.
- ¿Está usted seguro?
- Lo sabría.
- ¿Williatte?
- Es mi excelente biógrafo, no tiene ninguna otra pretensión.
- ¿Y Hude?
- Reconocería que me sucede si él reconociera que le precedo. Estamos en ello.

—¿Mons. Tshibangu?

—Es una mente poderosa, pero pasó de la filosofía a la teología.

—¿Y ese individuo que hizo una tesis sobre usted en la Sorbona? He olvidado su nombre.

—Yo también. Yo no publiqué su tesis. Parece que tiene vergüenza de mí.

—Si usted lo dice.

—De todas maneras, Sócrates, esa historia de Platón es difícilmente creíble.

—En su opinión, ¿hay que creérsela?

—En el paraíso uno no es mentiroso.

—Sí, ¿pero en el purgatorio?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Pero recuérdeme cuál era su motivo nº 3.

—Cruel ironía.

—¿Cruel? ¿Entonces se está usted burlando?

—¿Quién sabe?

Sócrates estalló de risa. Yo estaba molesto.

—Vamos, Guitton, no se enfade usted. Hábleme del señor Pouget.

—Querrá decir del padre Pouget, el ciego de la calle del Bac.

—Sí, ese sobre el cual escribió usted el inolvidable retrato. Lo leí en el purgatorio cuando salí. *Portrait de Monsieur Pouget*. Eso es un libro. Hasta Albert Camus cogió su pluma para felicitarle. ¡Cuatro páginas! Sabe usted, en el purgatorio, a pesar de todo, es posible estar informado sobre la actualidad filosófica. Me conmovió la pintura que hizo de la noble figura de su maestro.

—Oh, mi maestro...

—¿Cómo? ¿Pouget no fue su maestro?

—Claro que no.

— ¿Pero no escribió ese libro sobre él?

— Sin duda alguna. Pero era un juego literario, una ficción. Pouget no tenía dos ideas claras. Era un pobre viejo en boca de quien puse mis concepciones. Fue útil en la recepción de mi pensamiento. Pero reconozco que, en mi libro, el personaje se sostiene y no sin razón.

— ¿Y piensa usted decirle todo eso a san Pedro?

— Naturalmente. (Y añadí mirándole:) Si es la verdad.

— ¿Qué quiere usted decir? — prosiguió rápidamente Sócrates —. ¿Se está usted burlando?

— ¿Quién sabe? — le dije —. No es usted el único irónico.

— Entonces, digamos: quince iguales.

Y nos echamos a reír. Afortunadamente, no nos podían oír.

— Guitton, ¿qué piensa usted de Internet?

— La técnica hace que existan conceptos puros. Hoy, cualquier ser humano tiene virtualmente acceso al minuto a todas las informaciones abiertas de todos los miembros de la comunidad humana. Mañana, en una tarjeta magnética comprada por cien francos, tendrá usted toda la biblioteca del Congreso. Por cincuenta céntimos, recambio y puesta al día en todos los cajeros automáticos de los bancos. En una segunda tarjeta magnética, el sistema de explotación para orientarse en un instante en este universo y extraer al segundo todo lo que le interesa.

— ¿Cuáles son las consecuencias?

— Enormes, Sócrates. Tomemos la filosofía. ¿Qué era entonces un «verdadero filósofo»? Un original como usted, Sócrates, que se pasaba los días charlando con el primer llegado en las calles de Atenas. Era Spinoza, enfocando sus lentes astronómicas al tiempo que perfilaba los últimos detalles de su *Ética*. Era Pascal, inventando la calculadora en sus horas muertas. Era Descartes, meditando su filosofía al tiempo que hacía fuego en los ejércitos imperiales que no guerreaban más que la mitad del año. Hoy día, la Sorbona los hubiera suspendido a todos, y a usted el primero.

—Y Nietzsche, destellos de genio en una vida errante.

—El espíritu está libre y vivo, Sócrates. Uno lo mata burocratizándolo. Blaise Pascal, integrado en la estructura de un Centro Nacional de Investigación Científica, sería como el aire de las cimas vendido en latas de conserva. Imagine a Ronsard, poeta de los Amores, protegido del rey Carlos IX. Hoy día, sería el funcionario nº 37825, que depende de la Dirección Nacional de Bellas Artes, Sección de Poesía, Subsección del Soneto, Laboratorio nº 4, etc. No hubiera escrito más que ineptitudes antes de tirarse por la ventana.

—Es cierto.

—Hoy, Sócrates, ¿qué es un «verdadero filósofo»? Un profesor de historia de la filosofía, como si la filosofía no fuese más que una vieja historia. O como si los libros de los filósofos fuesen textos sagrados, escritos por el Espíritu Absoluto.

—La comparación es exacta, Guitton. Ya empezó en mis tiempos. Por eso me negué a escribir.

—Cuando leemos un galimatías en Hegel, nos rompemos la cabeza buscando lo que el Absoluto ha podido querer decir.

—Así es, Guitton. El Absoluto es infalible, Hegel es su profeta.

—Tal es, hoy, el *sacrificio dell'intelletto*. Por el contrario, el papa está siempre equivocado y la Biblia yerra. Forzosamente.

—En el purgatorio me decía, Guitton, que pensar que un libro está inspirado por Dios es reconocer que todos los demás no lo están. Pero pensar que no hay ningún libro inspirado por Dios es reconocer que todos lo están (menos aquellos donde se dice que sólo uno lo estaría).

—Así es, Sócrates. Una cosa nace de su contrario. Tomemos la democracia. Todo reposa sobre la elección. Pero extienda a todo el principio electivo; por ejemplo, convierta a los jueces en electivos: ya no habría régimen electivo posible.

—Entonces, ¿cuál sería, en su opinión, Guitton, el fundamento de la laicidad en Occidente?

—No hay ninguna duda posible sobre ese punto, Sócrates. Es el papa.

—¿Fue Joseph de Maistre quien lo dijo?

—Él no, pero sí Auguste Comte. Era ateo, pero no tenía los ojos cerrados. Otro más al que la Sorbona rinde culto después de su muerte, tras haberlo dejado morir de hambre.

—Guitton, no sé si hay que acusar a la Sorbona. Es más general. Es el espíritu burgués. Que trata a los artistas también de esta manera.

—¿Qué es un burgués? Yo soy un burgués. Casi todo mi público es burgués. No hable mal de los burgueses. A propósito, ¿qué es el espíritu burgués?

—El agotamiento del alma en la paz y la decadencia del político, el furor de la guerra económica, lo mínimo de social y el escepticismo cultural, que sonríe a todo, a los pies de la única verdad: «la omnipotencia, la omnisciencia, la omniconveniencia del dinero».

—¿Fue Marx quien dijo eso?

—No, Guitton, fue Honoré de Balzac.

—No me extraña, es mucho más subversivo.

—Sí, pero se afeitaba mejor y se había puesto una falsa partícula nobiliaria. Gracias a lo cual sus jóvenes mejor educados tienen derecho a leerlo a partir de los doce o trece años.

—Es usted un verdadero revolucionario, Sócrates. No me extraña que le diesen cicuta.

—Guitton, ¿qué piensa usted del sistema de castas?

—Me va a decir usted que París lo practica en el siglo XX. Pregúntele al público lo que piensa.

—Tengo entendido que en privado es usted más tajante.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Chevalier.

—¿Cómo? ¿El joven Chevalier ha muerto?

—No, está abajo, en la nave central.

- ¿Y entonces cómo le ha hablado usted?
- Toda esta historia es un poco extraordinaria.
- En efecto. Total, Chevalier me ha traicionado.
- Siempre me ha hablado de Guitton con respeto.
- No se trata de respeto. Se trata de discreción y de política. Este chico no sabe cómo se hace un libro de éxito.
- ¿Y cómo se hace?
- Un buen tema, una buena mano, unas ideas originales, un editor muy astuto, y política.
- ¿Política?
- C.s.p.
- ¿C.s.p.? No entiendo.
- Claro, Sócrates, usted ya no va a la farmacia.
- No mucho.
- La próxima vez que vaya, lea las composiciones de los medicamentos sobre las cajitas. Encontrará siempre estas palabras: excipientes c.s.p., cantidad suficiente para.
- ¿Para...?
- Para.
- ¿Entonces, política, c.s.p.?
- Eso es.
- Todo está dicho.
- Todo.
- Se lo repetirá a san Pedro.

—Nos hemos desviado. ¿Por dónde íbamos?

—Ya no lo sé. Creo que hablábamos de los filósofos y de la historia de la filosofía.

—Ya me acuerdo. Guitton, los filósofos no pueden vivir sin meditar sobre las grandes obras de su tradición.

—Claro está, Sócrates, pero no es la cuestión. Se trata de saber si la filosofía es ante todo la exégesis de su propia tradición. Yo digo que está muerta en el momento en que actúa así. La filosofía es una reflexión viva sobre los temas exteriores a ella: la política, la religión, las ciencias, la moral, la economía, la existencia, etc. Los hombres se hacen preguntas y tienen necesidad de responderlas. Ninguna ciencia particular puede responderlas. Entonces nace una reflexión y una disciplina en la confluencia de estas preguntas: es la filosofía viva.

—¿Y los viejos filósofos?

—Los releemos para que nos den ideas y les regalamos ideas que nunca han tenido pero que nosotros no habríamos tenido sin ellos. Un gran filósofo es esto: un tipo estupendo que tiene el genio de hacernos tener genio, y que se lo ha hecho tener a todas las generaciones posteriores. Pero por sí misma la tradición es algo tan tonto como un mechero sin gas. No produce más que comentadores y ratones de biblioteca.

—¿Qué es un ratón de biblioteca?

—Alguien que ha leído veinte mil libros, ha hojeado cien mil y sabe dónde se encuentra la más mínima fruslería que esté en relación con su especialidad.

—¿E Internet qué pinta en todo esto?

—Es la salvación de la filosofía, Sócrates, porque es la muerte de las ratas. Cualquier mente meditativa tendrá pronto a su servicio un esclavo electrónico que iguale los resultados de un regimiento de eruditos. Los ratones de biblioteca no servirán ya para nada. Descubiertos. Abolidos. Anulados. Como los bueyes de labranza cuando llegaron los tractores.

—Guitton, no me dé una falsa alegría.

—No son falsas alegrías, Sócrates, Creo que de nuevo tenemos derecho a

esperar. La técnica también puede tener una virtud liberadora. Imagine que quiere estudiar la mínima cuestión. Internet le saca inmediatamente sobre el tema once mil trescientas ocho referencias en treinta y cinco lenguas. Duración media de la comprobación integral del informe: veinte años de trabajo a tiempo completo. Con las normas y los escrúpulos del erudito: imposible de hacer. Así, pues: primero, la técnica permite la movilización instantánea de todo el capital intelectual existente; segundo, el crecimiento del número de autores y la acumulación constante de sus escritos hace crecer la masa del material susceptible de examen, sobre cualquier tema, muy por encima de los límites de lo humanamente posible; tercero, los progresos en la construcción de memorias electrónicas hacen inútil el trabajo de memorización especializada. Los únicos recursos raros e irremplazables serán la intuición, la crítica, la meditación, la síntesis y la invención. Mediante la técnica nos curaremos de la acumulación por exceso de acumulación. Nos curaremos del exceso de especialización por el exceso mismo de especialización.

— A menos, Guitton, que entremos en un proceso de archiespecialización.

— En ese campo hay un límite difícil de franquear, sin caer en el ridículo y la insignificancia, Sócrates. Es siempre evidente que, si el conocimiento de un todo depende del de sus elementos, recíprocamente la justa apreciación de los elementos depende también del conocimiento del conjunto. Sin análisis, la síntesis es superficial y vaga; pero sin capacidad de síntesis, el análisis es un embrutecimiento. Los progresos de la especialización y de la técnica anulan el prestigio de la especialización y de la erudición.

— La evolución de la enfermedad habrá aportado el remedio.

— Exactamente.

— Puede que tenga usted razón.

DONDE SÓCRATES ME HABLA DEL FILÓSOFO MAURICE BLONDEL Y ME FUERZA A CONVERSAR CON ÉL SOBRE EL HOMBRE Y SOBRE SU ALMA

—Oiga, Guitton, recuerdo que esta mañana, cuando salía del purgatorio para venir a hacerle una visita, al bordear el paraíso, me encontré con el filósofo Maurice Blondel. Me encargó que le diese recuerdos suyos. No sabía que conociera usted a Blondel.

—Cuando cumplí los veintitrés años, al ganar las oposiciones, me puse a pensar en un tema de tesis. Como no hacía más que dar vueltas, un amigo me dijo: «¿Por qué no vas a pedir consejo a Maurice Blondel?». Era uno de los profundos y honestos pensadores franceses del siglo XX. Filosofó en la paz, en las colinas de Aix-en-Provence, como Cezanne había pintado, feliz y desconocido. Envejeció en la ceguera, como el adivino Calchas. Murió en santidad. No me extraña que esté en el paraíso.

—Así, pues, se fue usted a verle.

—Con mi maleta de armazón de hierro, que me permitía sentarme hasta en los trenes atestados de gente. Era bastante frecuente en esa época, hasta en los trenes de largo recorrido. Me pregunto dónde fue a parar esa maleta, ya no la encuentro. Debí de prestársela a Barbapoux y no me la devolvería.

—¿Y Blondel?

—Volvamos a ello. Después de la comida, me llevó a pasear por la avenida de plátanos que conducía a su morada. Subíamos y bajábamos. De vez en cuando acariciaba a uno de sus nietos, que surgían de entre los arbustos.

—¿Qué le dijo?

—Esto: «Amigo, no vaya a malgastar sus mejores años de trabajo en un trabajo artificial. No estudie nada que no encaje con la piedra angular de su sustancia. Búrlase de los formalismos académicos». Le pregunté: «¿Pero qué es una tesis?».

Me respondió: «Tesis = posición. El tema de su tesis, si no se trata de acontecimientos fútiles de la vida mundana, no puede ser más que su posición en el ser y en la vida. No busca usted un tema de carácter latino. Busca usted el eje de afirmación de su vía hacia la Verdad». Y se calló. Me escuchó.

— ¿Qué le dijo usted?

— No guardo ningún recuerdo. Durante varias horas, abrí el mar limoso de mi alma.

— Le escuchaba.

— Sin decir nada. La luz bajaba en el horizonte, al tiempo que se hacía en mí. Al fin, como escribió Homero, «el sol se acostó, y de sombras los senderos se cubrieron». Volvimos a la casa. En la terraza rompió su silencio, me miró con bondad y simplemente me dijo: «Su tesis, pequeño mío, es el tiempo y la eternidad».

— ¿Y entonces?

— Era mi tesis. Y ya hace setenta años que la medito. ¿Comprende usted?

— ¡Y cómo! Eso es un maestro.

— En el paraíso también me encontré con el cardenal Newman.

— ¿Cuándo?

— Estábamos hablando Blondel y yo, cuando llegó Newman, en *capa magna*, y se puso a hablar con nosotros, jovial, lleno de humor. ¡Qué inteligente es ese hombre! ¡Si lo viera! Es increíble cómo puede uno seguir siendo inglés y oxoniano en el paraíso. No le cambia a uno el carácter.

— Es evidente. ¿Había oído hablar de mi tesis de 1935?

— ¿De su tesis sobre la eternidad?

— No, aquella sobre él, sobre la evolución y el desarrollo.

— Entonces, ¿no hizo usted su tesis sobre la eternidad?

— En Francia, en esa época, se hacían dos tesis. La grande y la pequeña. De las más, la grande trata sobre *Le Temps et l'éternité chez Plotin et saint Augustin*. La

pequeña sobre *Le Développement chez Newman*.

—Entiendo. ¿Y entonces?

—¿Tuvo conocimiento de ello?

—No me lo dijo.

—Es inverosímil. ¿Y de qué les habló? ¿De piedad?

—No, de filosofía. Me dijo que acababa de leer la tesis de Jean Wahl sobre *L'Instant chez Descartes*.

—Es sorprendente. ¿Conocía la tesis de Wahl y no conocía la mía?

—Hay que confesar que la de Wahl es asombrosa.

«Lo habré aguantado todo», pensé.

—¿Cómo dice?

—No. Nada. ¿Y es todo lo que le dijo?

—Sabía que Blondel y yo bajábamos a verle. Nos preguntó de qué le queríamos hablar. Blondel respondió que iba a hacerle una pregunta.

—¿Cuál, Sócrates? Hágamela ya. Por una vez no soy yo quien la hace.

Miró su reloj.

—¡Desgraciadamente, hemos charlado demasiado! Tengo que irme.

—¿Ya me deja usted? Quédese un poco más. ¿Decía usted que Newman iba a venir a hacerme una pregunta?

—No, Newman no, Blondel.

—¡Pero si Blondel no es cardenal!

—¿Y qué? Yo tampoco lo soy.

—Sí, pero usted, Sócrates, es usted un valor seguro. Blondel es una gran mente, un santo, claro está, pero nunca ha sabido hacerlo. Mire esa asamblea reunida a mi alrededor: una persona de cada diez, quizás, y aún menos, conoce el nombre

de Blondel. Una de cada diez. Nada más. Filosóficamente, Blondel era superior. Pero políticamente era un cero. ¿Comprende? Un cero.

—¿Lo que hace que...?

—Todo lo que decimos aquí terminará por saberse abajo.

—Puede.

—Evidentemente. Todo acaba siempre por saberse. Mi tiempo es limitado. Sólo puedo recibir personalidades mundialmente conocidas. Y, además, tengo que hacerme amigos un poco en todas partes. No dejarme ver demasiado con los católicos.

—Pero es usted católico, ¿no?

—Evidentemente, pero no debe aparecer eso en primer plano. Los católicos, comprenda usted, compran mis libros por obligación. Por obligación. Así que son los otros los que cuentan. Al pobre Blondel le falta tomar distancias, ¿comprende?, demasiado piadoso.

—¿No demasiado crítico?

—Claro que lo es; si no, no sería filósofo. La cuestión no es ésa. Se trata de un asunto de forma, no de fondo. Mírelo: murió en 1950 con una barba puntiaguda, como en 1890. ¡Una barba puntiaguda! ¿Cómo quiere usted que hable con una barba puntiaguda?

—Me parece que no es lo esencial en un debate filosófico.

—No se trata de debate, se trata de público. De la sensibilidad del público. Desde ese punto de vista, lo esencial es el éxito. Y el éxito no obedece a la sustancia, sino a los accidentes. La barba puntiaguda es un accidente redhibitorio. Sea moderno, Sócrates, sea moderno.

—Pero Blondel...

—No insista. Tengo el deber de ser egoísta. La promoción de una buena causa pasa por la promoción de los únicos hombres capaces de hacerla. Por ejemplo, yo.

—El interés general pasa por su interés particular.

—No se podría decir mejor. No tengo interés en recibir a Blondel. Todos mis editores me dicen que tengo interés en separarme de la sacristía. Y además es, a pesar de todo, un competidor. Cuando llegue Blondel dígame que no estoy. Pero, en cambio, intente hacer venir a Newman, eso facilitará las traducciones inglesas.

—Guitton, Blondel me dijo (en griego antiguo, ya conoce usted su cultura y su delicadeza): «Oh, Sócrates, no se olvide de decirle a mi amigo Guitton: ‘Pobre loco, piensa en tu alma y busca saber por qué es inmortal’».

—¿Le hizo esa pregunta para remitírmela a mí?

—Sí, en griego. Y yo se la hago a usted: Guitton, ¿el alma es inmortal?

—Lo discutió usted con Fedón, Cebes, Simias, y sus amigos el día en que bebió la cicuta. ¿Qué podemos añadir a sus palabras? Y además, usted, que está allí arriba, sabe realmente por experiencia que el alma es inmortal. Así que, ¿por qué me lo pregunta?

—Guitton, no lo pregunto por mí, sino por usted.

—¿Cree que tengo necesidad de convencerme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no es usted un santo.

—¿Y entonces?

—No tiene usted deseos de la eternidad. Morir y estar muerto es estar aún pegado a la vida. Lo que hay de pecado en usted tiene un amor poderoso a la muerte.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque, al estar plenamente convencido de la inmortalidad, morí persuadido de la nada.

—Soy exactamente como usted.

—No es la claridad lo que nos falta, Guitton, sino la esperanza.

—Y no es la razón lo que nos lleva a la certeza de la nada, sino la masa y el peso de la desesperanza.

—¿Qué puede usted oponerles?... Pero vea, allí está Blondel, al otro lado de la galería.

—¡Chist! No nos ha visto.

—¡Blondel! ¡Eh, Blondel!

—¿Qué hace usted? ¡Silencio!

Blondel se detuvo y levantó la vista. Sócrates le gritó aún más fuerte:

—¡Blondel! ¡Eh, Blondel!

Y yo intentaba callarle.

—¡Cállese! ¡Cállese! Va a perturbar el servicio divino.

Pero no había forma. Y lo que tenía que ocurrir ocurrió. Blondel se volvió, nos vio y vino hacia nosotros.

—¡Qué listo! Ya lo tenemos aquí. El mal está hecho. Al menos quédese con nosotros, hará de contrapeso. Es absolutamente necesario una conversación pluralista, si no ¿qué pareceré?

—Blondel, aquí está Guitton, que tenía gran interés en hablar con usted a solas.

—Este querido Jean. ¿Nos deja ya, Sócrates?

—Sólo tenía una hora de permiso.

—Quédese, Sócrates —le supliqué.

—Les dejo —nos dijo como única respuesta—. Hasta pronto.

Se alejó. Corrí tras de él cojeando con mi bastón hasta la escalera de caracol, le alcancé y le murmuré al oído.

—Quédese, Sócrates. Usted sabe bien que, sobre la inmortalidad del alma, hace falta un pagano para hacer de laico. A usted le toca dar las respuestas católicas y a mí el papel de librepensador. Así es como el libro será aceptado. ¡Si no todos

dirán que huele a cura! Además, si no está usted en el momento álgido de la conversación, voy a decir tonterías.

—Verdades.

—Es lo mismo. Quédese.

—Piense en lo que le pedí. Rece por mí a su llegada allí arriba.

—¡Ay! Esperemos que pueda.

—Déjese llevar. Piense en el alma.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—Con Dios, Guitton.

—Adiós, Sócrates.

Me dio la mano. Más muerto que vivo, volví donde estaba Blondel.

—Jean, permítame entrar directamente en materia. Me gustaría que me dijera por qué cree usted en la inmortalidad de su alma.

—Qué pena que Sócrates haya tenido que marcharse. Ése es su tema.

—Es mejor que no esté aquí. Ya no es su problema, es el de usted.

—Es el tema que menos he estudiado. Me interesaba menos. Dirija usted la conversación, le daré la réplica.

—Como usted quiera. ¿Por qué esa pregunta de la inmortalidad le interesaba menos que otras?

—Porque estaba más interesado en gozar de la vida presente.

—Pero usted era un pensador de la eternidad.

—Se convirtió en mi trabajo en aquel tiempo. Pronto, ya no fue mi vocación, sino lo que me daba celebridad.

—Es usted muy severo consigo mismo, Jean. Su razón no consigue tener mi asentimiento. La explicación deja un residuo. Busque algo más.

—Me fuerza usted a entrar en lo profundo de mí mismo. Por instinto, creo en el alma. Dios y yo, son, decía Newman, las dos grandes luces en la noche. No sé qué pensar sobre el cuerpo y la materia. Cuando me dejo llevar por mi tendencia natural, me inclino a pensar, como Berkeley, que la materia no existe, salvo como dispersión del alma. He estudiado demasiado a Plotino, a Leibniz y a esta tradición de pensamiento francés espiritualista, que va de Maine de Biran a Bergson y a usted, Blondel. Voltaire tenía razón. La materia es igual de difícil de conocer que el alma, o tal vez más. Uno no gana nada al ser materialista. Cambiamos lo oscuro por lo más oscuro.

—Se inclina usted por el pansiquismo¹.

—Sí, pero creo en ello sin creer demasiado. Es necesario explicar la diferencia entre lo físico y lo psíquico y encontrar a pesar de todo las vías de una reconciliación. No soy un constructor de sistemas. Es una debilidad, si se quiere hacer escuela.

—Tengo la impresión de que cree en la inmortalidad del alma porque no cree realmente en la materia.

—No iremos tan lejos, Blondel. Cuando tenía cincuenta años, Le Senne y Lavelle eran grandes celebridades filosóficas. Iban a cenar a casa de Aubier, su editor, que también era el mío. Fue Aubier el que me alquiló el apartamento donde viví cuarenta años y donde morí. Era allí donde cenábamos. Recuerdo las comidas. Le Senne y Lavelle se atracaban al tiempo que argumentaban contra la existencia de la materia. Yo no tenía hambre, como de costumbre. Y como eran más célebres que yo, los celos me devoraban.

—Consuélese, Jean. Los ha sobrepasado en gloria.

—¡Bah! Lo conseguí por desgaste.

—Déme sus razones sobre la inmortalidad.

—Recuerdo haber hablado anteriormente de esta cuestión con usted, hace setenta años. Me impresionó profundamente su posición sobre el problema.

—Ya no me acuerdo de esa conversación.

—Me decía usted, Blondel, que, sobre este tema, lo más importante se encuentra en los preámbulos. Cuando hemos decidido plantear un problema, está casi resuelto. Y, antes de plantearlo, hay que proponérselo existencialmente.

—Los términos de una pregunta no cobran sentido más que a partir de una cierta *experiencia*. Allí donde no se da, el problema parece verbal. Por añadidura, una búsqueda del saber supone un *deseo de saber* capaz de suscitar una hipótesis de trabajo y un esfuerzo que la verifique. Allí donde el deseo no se da, la idea chapotea en la indiferencia y si la reflexión, a pesar de todo, tiene lugar, tiende más bien a producir la negación que la afirmación de la Vida. Pero, ¿y sus argumentos?

—No me he apegado a una pregunta que comporta una respuesta evidente.

—En su opinión, ¿la inmortalidad del alma sería una evidencia?

—No, pero equivale lógicamente a una verdad que parece cierta. En este sentido, Blondel, es evidente.

—Explíquese.

—O es usted panteísta o es usted teísta. Cuando uno es panteísta, o materialista (que a menudo es lo mismo), se contempla con más pavor *el silencio eterno de los espacios infinitos*. Casi evaporado en la nada de una aparente insignificancia, uno llega a creer que la personalidad no es nada, un simple accidente en el universo. En cuanto al Absoluto, se le cree inconsciente e impersonal. El individuo humano no sería más que una parcela de ese gran todo divino e inconsciente. Cuando uno piensa así, ¿puede tener sentido la idea de supervivencia personal del individuo?

—Ninguno, Guitton.

—Pero cuando uno piensa que Dios es personal, piensa también que no hay nada más grande que la personalidad. Así que es ella, Blondel, la que justifica la existencia de todo el resto. A partir del momento en que cree usted en Dios, es decir, en un Dios personal, le es bastante natural creer en la inmortalidad personal. Y hasta la idea de la desaparición de la personalidad que se hace indescifrable.

—Sobre este segundo punto, Jean, estoy igualmente de acuerdo con usted. ¿Qué concluye usted?

—Creía en un Dios personal. En consecuencia, la inmortalidad me parecía muy altamente probable. Y ya que lo era, no era necesario dedicarse mucho tiempo a demostrarla.

—En suma, Jean, según usted, la inmortalidad del alma humana sería un simple corolario o una equivalencia lógica de la existencia de un Dios personal. ¿Tiene usted un segundo argumento?

—Sí. Helo aquí. Tengo razones para creer en Dios. Ahora bien, si hay alguien que sepa lo que le sucede al alma después de la muerte, ése es Dios. Ahora bien, Dios nos dice que el alma no muere. Le creo. Luego creo que el alma no muere. Póngase usted en mi lugar.

—Entiendo. Los incrédulos, Jean, le dirán que no es una razón.

—Pero tengo razones para ser creyente.

—Sin duda. Su segunda razón es también indirecta. Se obtiene de la fe y de las razones de su fe.

—Exactamente.

—¿Y qué piensa usted, Guitton, de las dificultades para imaginar la supervivencia del alma?

—Ya es difícil imaginar su existencia actual. Pero la misma conciencia es inimaginable. Estamos frente a nosotros mismos. Es así.

—Jean, ¿cómo no estar asustado por esta dificultad de imaginar? ¿Usted cómo lo hace?

—No imagino, eso es todo. Pienso en el amor. Veo que para el que ama a Dios, la supervivencia es muy simple: ir al encuentro del Dios que amamos.

—¿Ama usted a Dios?

—Ésa no es la cuestión, Blondel. Le digo que los que aman no tienen las dificultades que usted dice.

—Mucha gente dice que no son más que gusanillos, un moho que crece en la superficie de la tierra.

—Es porque se ven sobre todo desde el exterior y miran demasiado su cuerpo. Hay que mirarse, Blondel, y verse desde el interior. El que recorre los inmensos pliegues de su memoria se da cuenta de que una sola alma humana es más amplia que todo el universo. San Agustín lo dijo todo sobre el tema en sus

Confesiones².

—Y Bergson confirmó todas las intuiciones del primero con su *Materia y Memoria*. ¿Y bien?

—En mi opinión, Blondel, cuando uno ha adquirido una cierta experiencia del espíritu, el problema cambia de signo. Se encuentra normal que el alma sobreviva al cuerpo. Ya no se trata de demostrar la inmortalidad, sino que uno se pregunta cómo se podría demostrar la mortalidad. Realmente no se puede. Por eso nos atenemos a la inmortalidad.

—¿El hombre no es, pues, un animal?

—Claro que sí, Blondel, pero muy particular. Cuando observo un animal, me parece que la vida se cumple toda entera en el círculo de sus ocupaciones vitales. El sentido de la vida es conservar su existencia, reproducir la especie y guardar su sitio en el orden ecológico del universo.

—¿Y el hombre?

—Ése no es el caso del hombre, Blondel. Ha *saltado por encima de la cadena*. Sin duda alguna vive, conserva su vida, reproduce su vida, sirve al orden del mundo y sus necesidades. Pero todo esto está subordinado al cumplimiento de su destino personal. Aspira a superarse sin suprimirse. Todo en él demuestra una vida que apunta más allá del mundo, más allá de lo social, más allá del tiempo. Con cien años sigue teniendo veinte.

—¿Se mantiene siempre joven?

—Sí, siempre y cuando piense que tiene la eternidad delante de él.

—¿Y aquellos que se sienten viejos?

—Tal vez no creen en la eternidad. O entonces se sienten animales.

—Jean, yo a veces me he sentido viejo...

—No, Blondel. Diga: cansado, desganado, enfermo, debilitado, todo lo que quiera. Pero viejo no.

—¿Dónde nos lleva su discurso?

—A esto: que no hay nada más elevado en el universo que la personalidad. No

es un accidente. Si hay un sentido en la historia de los vivos, es la de permitir que existan personalidades. Esas personalidades tienden todas al más allá y a la eternidad. Bajo esta perspectiva, la mortalidad del alma es bastante absurda. No pega con nada, excepto con la tentación de la desesperación.

—Explíquese mejor, Guitton.

—La personalidad es un movimiento para ir cada vez más lejos.

—¿En el mundo?

—Sí, en un primer momento. Pero esa superación indefinida en el mundo es también la imagen y la ocasión de una superación infinita hacia lo que supera absolutamente el mundo. Aclaró usted la idea en su libro *La acción: ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la acción*. Un libro estupendo, que siempre me ha fascinado. Nunca lo habría leído si no lo hubiéramos recibido en la distribución de premios. Lo leí durante las vacaciones de verano, antes de entrar en filosofía. Y me dije que sería filósofo.

—Es un hecho real, Jean: el hombre apunta al más allá. No es una observación arriesgada. Es una estructura esencial del ser humano. Puede que la más fundamental. Por eso un hombre sin destino de ultratumba parece inconcebible.

—Inconcebible, Blondel, tal vez no, pero extrañamente absurdo. Igual de absurdo que lo más absurdo, como podría ser un sexo masculino en una naturaleza sin hembras; igual de absurdo que un estómago en un universo donde no hubiese nada comestible; igual de absurdo que un ojo en un universo sin luz, ni colores, ni nada visible. ¿Pero es todo lo mismo?, ¿es posible poner todo esto en el mismo plano?

—Jean, vemos el estómago, la hembra, los colores. No vemos el más allá. Pero la simple vista de los colores encierra ya, en el ser humano, conciencia y memoria de sí mismo. ¿Y esta conciencia de sí mismo se desarrolla en el interior de ese movimiento fundamental que le lleva hacia el Bien? Es en ese movimiento donde nuestro espíritu se recoge y se despliega. En ese movimiento hacia el Bien, grita: ¡Ay! *No estoy hecho para este mundo, y aquí abajo nada me sacia.*

—Total, ¿es éste el hombre?

—Sí, Jean. Tal es el hombre. Quien reflexiona está más seguro de estar hecho para la eternidad que para ver con sus ojos el brillo de los colores del tiempo. ¿En qué piensa?

—Pienso, Blondel, que, cuando uno tiene un alma como la suya, no tiene casi necesidad de razonar.

—¿Qué piensa usted, Jean, de las filosofías religiosas donde la salvación pasa por el olvido de la personalidad, por la abolición de la conciencia y la disolución de la individualidad?

—Me pregunto si no forman cuerpo con una sociedad demasiado cerrada y demasiado pobre. Cuando la persona está demasiado aplastada por el todo social, renuncia a dominar el universo, a reformar la sociedad, renuncia hasta a existir, a buscar la felicidad. Aspira a la nada, esperando así identificarse al Uno. Lo mismo se produce en las sociedades demasiado libres y demasiado prósperas. Ya no se ve la razón de luchar, de trabajar, de dominar los impulsos. La personalidad se disuelve por falta de obstáculos, de materiales y de ley. Y cuando uno llega a eso, para gozar sin desesperarse necesita la nada.

—¿Comprende usted estas espiritualidades?

—El nihilismo antiguo tiene su nobleza. Cuando todo parece dar vueltas, el ser parece no tener ya realidad, no tener ya sentido. Entonces, más allá de este ser que es nada y ausencia, uno busca otro sentido, en la Nada absoluta que sería el Ser.

—Es muy oscuro.

—¿Cómo quiere que sea de otra manera? Semejante mística, Blondel, exige que la razón sea abolida, como el resto.

—¿Qué piensa usted de esta idea de Nada absoluta?

—Si uno se detiene ahí, Blondel, es un error; si uno pasa adelante, tal vez sea un camino. Bergson demostró, en *La evolución creadora*, que la idea de Nada absoluta es una pseudoidea.

—¿Le convenció?

—Bergson tiene razón. La idea de Nada absoluta es una ficción. Pero la esperanza de que no lo sea, eso es una realidad.

—Jean, ¿qué quiere usted decir?

—Observo al individuo que busca esa Nada absoluta. Lo veo comprometerse en

ese camino con toda su alma. Vive una gran aventura personal. ¡Qué extraña contradicción entre su teoría y su vida! La teoría dice que la persona está para disolverse, el deseo para apagarse, el ser para disiparse como una ilusión. Pero la vida testimonia lo contrario. Este místico de la nada es realmente su persona la que quiere salvar, su ser el que quiere eternizar, su deseo el que quiere saciar. Así parece testimoniar que algo en él tiende a creer en la inmortalidad de la persona.

—¿Y no se puede uno imaginar una síntesis entre estas dos vías?

—Los sistemas se excluyen, Blondel. Pero hay un momento en que la vida espiritual de tipo teísta pasa muy cerca de la idea de la nada. Ese momento es propicio para el diálogo.

—Jean, ¿los hombres son contradictorios?

—La santidad es paradoja. El pecado es contradicción. Todo lo que no es santo está mezclado con contradicciones.

—Queremos una beatitud eterna y queremos probarla en el tiempo. Entonces queremos que el tiempo se vuelva eternidad.

—No llegamos a ello.

—Entonces, el tiempo nos produce aversión y nos gustaría reabsorberlo en la eternidad.

—¡Desgraciadamente, tampoco podemos!

—Así, pues, no paramos de ir y venir de una doctrina a otra y así pasa la vida. Y acaba por terminar, que es lo que terminamos deseando.

—Pero, ¿y la santidad?

—Contradice las contradicciones del pecado. Es un signo de contradicción.

—Jean, ¿qué será nuestra vida después de la muerte?

—Fíjese, Blondel: ¡estamos en ello! ¿A qué viene esa pregunta?

—Haga como si no estuviéramos.

—Nuestra alma está aquí abajo despierta hacia el exterior por los sentidos.

Arriba, Blondel, está despierta a partir de su fondo, iluminada por la Divinidad.

—¿Y si la Divinidad no iluminase?

—¿Entonces para que crear un alma pensante y hacerla subsistir indefinidamente sin pensar?

—Pero, Jean, ¿no puede Dios aniquilarla?

—¿Son ésas las costumbres de Dios?

—La fe dice que no, Jean, ¿pero puede decirlo la filosofía?

—Los caminos de Dios son impenetrables. En el acto de morir, por muy seguros que estemos de sobrevivir, nos queda una parte de abandono. De abandono en Dios. *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.*

—¿Qué concluye, en definitiva?

—Esto, Blondel: que el alma es inmortal, si Dios no la aniquila, y que continuará pensando en el más allá, si Dios le habla y la ilumina. Si Dios es personal, podemos estar tan seguros de todo esto como sea posible.

—La persona humana es el todo alma-cuerpo. ¿quiere decir eso que el todo humano no subsiste después de la muerte?

—Eso no me cabe en la cabeza.

—De ahí la idea de resurrección de la carne, que recompone la unidad humana y la totalidad individual en su integridad.

—Eso es fe y teología.

—¿No le gusta la teología?

—Soy filósofo.

Tras esta última respuesta, ya no me preguntó nada más. Maquinalmente, miré al celebrante en el altar. Acababa de incensar el altar y mi ataúd. Estaba ahora en el lavatorio. Seguí unos instantes el desarrollo del rito. Cuando levanté los ojos, ya no vi a Blondel. Su partida me alivió. Pero estaba contento. ¿Y si, a pesar de todo, fuésemos realmente inmortales? Como necesitaba relajarme, me fui de nuevo a dar una vuelta por la nave central.

NOTAS

¹ De *pan*, todo; *psychê*, alma. Doctrina según la cual los fenómenos materiales no serían más que la apariencia, en nuestro espíritu, de realidades en sí mismas análogas a la conciencia. El pansiquismo es lo inverso del materialismo, que, por el contrario, ve en los fenómenos espirituales derivaciones de una realidad en sí misma material (nde).

² Cf. Libro X.

DONDE, AL HABER RIDICULIZADO DOS INDIVIDUOS MIS
AMORES, MI MUJER VIENE EXPRESAMENTE A DEVOLVERME LA
SERENIDAD

Oí hablar a dos desconocidos. Es asombroso constatar cuánta gente que uno no conoce le conoce a uno. O más bien tiene la impresión de conocer a uno.

— ¿Tenía hijos? —preguntó uno de ellos.

Ya está, me dije a mí mismo. Van a sazonar mi matrimonio.

— Tenía sobrinos —respondió el otro—. Su hermano era prolífico.

— ¿Pero él no estaba casado?

— Sí. Su mujer se llamaba Marie-Louise. Estuvo casado veinte años.

— Un paréntesis, en una tan larga vida.

— Las mujeres no le interesaban.

— ¿Por qué se interesaba?

— Por él mismo

— ¿Y aparte de eso?

— Por nada. Nada le interesaba más allá de él mismo. Un egoísta perfecto. No se puede usted hacer una idea.

— A pesar de todo... ¿Cómo conoció a su mujer?

— ¿No lo sabe? Se lo voy a contar.

— Con gusto, este oficio no termina nunca.

— En 1935, tras presentar y defender sus tesis, Guitton fue nombrado profesor en

la universidad de Montpellier. Su enseñanza encontró un cierto éxito. Emoción en casa de las virtuales suegras. Se atareaban alrededor del rector. Éste invitó a cenar a Guitton varias veces. Comidas exquisitas, vinos finos, bonitas y frescas señoritas. Guitton cerebral, miope, de mármol. A las diez menos cuarto se levantaba y se despedía de la compañía. Y así cada vez. Decepción de las virtuales suegras.

No hay duda, pensé con indignación. Es Barbastre quien me ha traicionado. Es el único a quien se lo dije. Y el otro continuaba.

—Una noche, tras hacer su maniobra, el rector le acompañó. Entonces, mientras el criado le ayudaba a ponerse el gabán, el rector se animó a preguntarle. «Señor Guitton, ¿se acuesta usted siempre a la misma hora?». «Sí —respondió Guitton—, a las diez en punto». «Es curioso —prosiguió el rector—, conozco una chica que también se acuesta a las diez todas las noches. Se la presentaré. ¿Tiene usted inconveniente?». «Al contrario —respondió Guitton—, si tiene esos horarios, no veo más que ventajas». Así es como se encontraron por primera vez en casa del rector de Montpellier.

—¿Y entonces?

—Guitton cayó enfermo.

—¿La emoción?

—No es imposible. Lo cierto es que guardó cama durante varios meses.

—Tuvo tiempo de reflexionar.

—Oh sí, y más cuando ella venía todos los días, justo a las siete de la tarde, a traerle un tazón de caldo. Fue así como supo conquistar su corazón. Finalmente Guitton sanó, puede que por amor. Salió de la cama.

—¿Se casó con ella?

—Todavía no. La cosa tardó.

—Las conveniencias.

—Y sobre todo el miedo a no poder pensar más. *Aut libri, aut liberi*¹.

—El amor loco, vaya.

— Al fin, iban a casarse en el otoño del 39 o en la primavera del 40.

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

— Pues sí. Estalló la guerra. A él le hicieron prisionero. Pasó cinco años en Alemania.

— Un respiro apreciable. Y, mientras tanto, ¿qué fue de ella?

— Al marcharse, Guitton le había dejado una llave de su apartamento. Cuidó sus libros y sus papeles. Los preservó de cualquier deterioro durante la guerra. Lo esperó.

— ¿Se acabaron casando?

— En el 46 o 47, no sé bien.

— ¿Y entonces toda su vida se acostaron a las veintidós horas?

— Sin duda. Y la tisana todas las noches...

— Es atroz.

— Sí. Lo sublimó al escribir un libro aceptable sobre *L'Amour humain*.

— ¿La amaba?

— Juzgue usted mismo. Barbastre me relató esta conversación que mantuvo con él. Guitton: «¿Cree usted, Barbastre, en la vida eterna y en la resurrección de la carne?». El otro: «Pues igual que usted, supongo, Maestro». Silencio. El otro: «Maestro, ¿tiene usted dificultades con ese artículo de fe?». «Oh no —respondió Guitton—, es otra cosa...». «¿Qué es, pues?». Y Guitton, suspirando: «Volver a encontrar a Marie-Louise».

En ese momento me di cuenta de que había un alma muy cerca de mí, inclinada sobre mi hombro. Giré la cabeza... Era Marie-Louise, mi mujer para la eternidad.

— ¡Marie-Louise! Esperaba que viniese. ¡Oh! ¿No habrá escuchado lo que dicen estos dos imbéciles?

— ¡Jean! Deje a los imbéciles y sea inteligente. Venga conmigo al paraíso.

— Mi querida amiga, la historia contada por estos imbéciles...

—Jean, una historia contada por imbéciles resulta vulgar. Todo es materialmente verdadero. Todo es espiritualmente falso.

— Bueno, pero dígame por qué nadie se toma en serio nuestro matrimonio.

—Reconozca que a nuestra unión le falta romanticismo.

—No podíamos hacer nada. Fueron las circunstancias.

—¿Cómo quiere impedirles que vean en ello un acto fallido? Dicen que el matrimonio le daba miedo y se ríen de verle casado.

Soltó una pequeña risa.

—Y además —añadió— nos casamos con cincuenta años.

—Ésa no es una razón. El corazón siempre tiene veinte años. Rousseau y Bergson tenían razón. La risa es una crueldad.

—Jean, para ver el corazón hay que tenerlo. Ellos no tienen suficiente. Se les escapa lo esencial.

—Los ha oído como yo. Se ríen de nosotros. Descaradamente. Es inaudito. ¿Qué podemos hacer?

Rompió a reír.

—Reír de buena gana. Porque es divertido.

—El amor es una cosa seria.

—Cualquier cosa vista desde el exterior se presta a la risa. Y además su exterior es gracioso.

—¿Usted también?

—Claro que sí. Es usted distraído, autómata. Cuando uno lo ve actuar sin conocer la causa, se ríe.

—Soy demasiado cerebral.

—Olvídese de todas esas preocupaciones. Allí arriba, su incumplido alcanzará su plenitud.

- ¡Exagera usted! ¡Tampoco soy tan ridículo!
- A veces es usted grave como la razón pura. Si Kant se hubiera casado, la señora Kant hubiera sido risible y Kant archirrisible.
- Es verdad. Vea la mujer de Sócrates. ¿Estaremos condenados los filósofos al celibato?
- Es una fatalidad. El matrimonio tendrá siempre algo de prosaico. El adulterio es más poético.
- Antes de cincuenta años.
- Como máximo. Después, es lo contrario. Difícil de idealizar.
- Marie-Louise, ¿qué es una mujer ideal?
- La mujer real, cuando uno ya no se equivoca de ideal
- Marie-Louise, ¿por qué la pasión es el único amor que interesa a la gente?
- Es lo único sublime al alcance de cualquiera.
- Pero yo no soy apasionado.
- Tuvo una pasión: la filosofía. No lamente nada.
- Cuando la pasión se enfría, ¿cómo seguir queriendo?
- Mirándose uno mismo al espejo, teniendo a la vez el sentido de la armonía y el del ridículo.
- ¿Y las tentaciones de infidelidad?
- Me dijo usted que los únicos libros cuya lectura vale la pena son aquellos que lo dicen todo.
- Es verdad, pero todos los capítulos no vienen a ser lo mismo...
- Sin duda, pero hace falta madera para hacer resonar las cuerdas.
- Marie-Louise, ¿por qué la gente sólo sueña con el amor romántico?
- Cada uno tiene su camino. Algunos se casan porque se aman, otros acaban

amándose porque se casan. Más vale que en todo matrimonio haya de lo uno o de lo otro.

—Si tuviera que repetir, tendría aún más miedo de casarme con usted. Se vive tanto tiempo hoy día.

—El miedo destruye el amor. Es el miedo, Jean, el que inhibe su afectividad.

—Marie-Louise, ¿por qué llegó usted tan tarde en mi vida?

—Había que dejar que madurara usted.

—Es verdad. Llevaba un gran retraso, como todos los que tienen por misión innovar. Hace falta menos tiempo para hacer a un servidor del presente.

—Llegué cuando estaba en pleno esfuerzo. Mi misión era la de hacerle pasar una etapa difícil.

—Aún así, no me gusta que se burlen de nosotros.

—Sea sencillo. Sólo así se reirán menos.

—¿Por qué termina uno amando una vez casado? ¿Es la necesidad de conservar el hábito que uno ha adquirido?

—Tiene que haber otra cosa. Hablamos de amor.

—Marie-Louise, ¿qué es esa otra cosa?

—Debe estar relacionado con el tiempo y la eternidad.

—¿Entonces cómo puede ser que se me haya escapado?

—Le toca a usted decirlo.

—Una cosa es en el presente lo que aceptamos que sea en el futuro.

—Siempre le perdoné ese galimatías.

—Por el contrario, mi pintura siempre le contrarió.

—Un pasatiempo, una diversión de vuestra verdadera vocación. Además, una pasión que ennegrece las uñas y deja manchas por todas partes.

—Desespero eternamente de hacerle comprender esto. Pero se lo perdono también, por la eternidad.

—Esa palabra: eternidad, Jean, la más bella que jamás pronunció. El sentido de su vida, el don de su espíritu, el eje de su libertad.

—¿Qué es el amor humano?

—Un impulso de vida que se reflexiona, se interioriza y se eleva a lo espiritual. En la superficie, la juventud, la belleza, la pasión, el placer. En el primer nivel de profundidad, la alegría, el honor, la confianza, la estima, el respeto amoroso, la generosidad tierna, el afecto firme y cordial.

—¿Y en las grandes profundidades?

—El abismo que llama al abismo.

Mons. Vingt-Trois había llegado al gran movimiento de la oración de acción de gracias, que es la cima del rito cristiano. Marie-Louise me dejó, diciéndome adiós con la mano. Volví a la tribuna. Encontré a Dante, que me estaba esperando.

NOTAS

¹ «Hay que elegir entre los libros y los niños».

DONDE HABLO CON DANTE SOBRE EL AMOR Y LA POESÍA

- Maestro Jean, debe de estar cansado después de tantas visitas.
- Si lo estuviese, Príncipe de los Poetas, la suya bastaría para renovar mis fuerzas.
- Guitton, no me quedará más que un instante.
- Al contrario, tenemos tantas cosas que contarnos. ¿Sabe usted que en la Academia me ocupaba de la poesía?
- Guitton, tiene usted una mujer extraordinaria. ¿Se ha dado cuenta?
- Absolutamente extraordinaria. ¿Por qué se marchó tan rápido?
- Exquisita discreción de un amor verdadero.
- Es perfecta.
- ¿Vio usted qué mirada lanzó hacia el Cielo al irse?
- ¿Hacia el Cielo? No. Me pareció que me miraba a mí.
- Miraba hacia el Cielo. Contemplé el resplandor de ese misterio.
- La poesía, Dante, siempre me ha interesado, sobre todo en su concepto. Es un arte que no soporta la mediocridad. Para la Academia la poesía...
- La poesía es la hija de la mirada.
- ¿Sólo de la mirada?
- De una sola mirada. Única, donde todo se encierra, hombres, plantas y animales, estrellas de fuego, planetas...
- En suma, todo.

—Estanques con peces abundantes, océanos de noche, purgatorio, infierno, paraíso.

—Y otros muchos objetos más, a cual más bello. Es evidente. No obstante, las ventajas de la prosa...

—La antigua sangre de nuestros ancestros y sus bellas acciones, el hombre con sus deseos, la juventud con sus pasiones. La vejez con su sabiduría.

—La juventud con la ambición, la vejez con la tristeza.

—El alma, el cuerpo, la vida, la muerte, el pecado, la virtud y la santidad, el hombre, la mujer y Dios, la Trinidad.

—El Amor.

—El amor único, el amor verdadero, Guitton, el amor infinitamente deseado.

—Sin embargo, ella me miró.

—Sí. Dichoso el hombre cuyo corazón merece semejante mirada.

—Más bien desdichado, Dante, al que le toca y no ve su felicidad. Mientras hablaba, *estaba como un hombre que, medio dormido, sueña*.

—Tal es la vida en poesía. Guitton, ¿por qué no ha sido usted más poeta?

—La poesía es mística.

—Como todo lo que es serio aquí abajo y allí arriba.

—Dante, ¿qué es serio en la vida?

—El juego del Amor y de la Providencia.

—¿Dónde está el amor divino? ¿Dónde está el amor humano?

—En su mirada, Guitton, vio usted dos llamas abrazadas. La una más grande, deslumbrante, la otra más pequeña y danzante.

—Dante, ¿qué piensa usted de la emoción de la vida, de la juventud, de la belleza? ¿Y de las locuras, los encantos, las voluptuosidades?

—Son chispas de la pequeña llama.

— ¿Son tonterías olvidadas allí arriba?

— Fueron los esbozos de una dulzura, las pruebas de la ternura, el camino de una calma.

— Es decir, ¿la vida?

— ¡Oh! Guitton, toda imagen de la llama viva, que surge del fuego que sale de la montaña, es por siempre jamás un símbolo en memoria santificado. No temas que la perfección no conlleve nunca mutilación. Lo que allí arriba está sublimado es para la beatitud y la bendición. Toda la belleza del tiempo vive en lo sublime eterno.

— ¿Y el instante?

— Toda chispa es eterna, una vez que brota de lo profundo de un amor verdadero.

— Este misterio es demasiado grande.

— Por eso no pertenece al filósofo, sino al teólogo. Y al poeta.

— Es verdad miró al Cielo. Qué mirada. ¿Vio usted, Dante, su mirada?

— Andar cien años en el recuerdo de semejante mirada.

— Desgraciadamente, estoy tan pesado. No puedo andar. Me siento perforado por miles de heridas.

— Dentro de poco tiempo, Guitton, cantarás, a corazón abierto, *Summae Deus clementiae*¹, el himno del perdón en el fuego que depura. Encontrarás en él el remedio y el alimento. Así se cerrará tu última herida.

— ¿Y qué seré entonces?

— Espera.

Abajo, en el altar, tenía lugar la elevación. Dante se puso de rodillas e inclinó la cabeza con una gracia infinita. Le imité maquinalmente. Pronto levanté la cabeza, miré la hostia aún alzada. Al echar una nueva mirada sobre Dante, vi que seguía aún con la cabeza agachada. Entonces, incliné la cabeza y la levanté rápidamente, al tiempo que mantenía los ojos fijos sobre Dante. Él estaba aún

más absorto en la adoración. Entonces bajé por tercera vez la cabeza, con nobleza y simplicidad. Cuando la campanilla tintineó por última vez, levantamos de nuevo la cabeza y nuestras miradas se cruzaron.

—Dante, ¿qué seré?

—*Puro y listo para subir a las estrellas.*

Dante desapareció. Lloré de alegría. Me sequé los ojos con un inmenso pañuelo, me soné bastante ruidosamente. Mientras tanto, el visitante de la noche de mi muerte se deslizó por la tribuna, detrás de mí.

NOTAS

¹ Dios de suma clemencia.

CÓMO EL EXTRAÑO VISITANTE HACE UN ÚLTIMO INTENTO Y DONDE YA NO SÉ QUIÉN SOY

—¿Quién es usted?

—¿No se acuerda de mí?

—¡Usted!

—Yo. Hoy, maestro, lo he oído todo. Enhorabuena. Para ser un muerto, no ha perdido usted nada de su vitalidad. No le falta tampoco habilidad. Como buen entendedor le aprecio.

—¿Qué quiere decir?

—Me comprende usted muy bien. Su expediente se bambolea. Muy astuta su manera de declararse culpable. Se nota que sabe coger a Dios por sus puntos flacos. Siempre quiso a los que se arrastran a sus pies.

—Habla así porque se negó a adorarle.

—No quiere al hombre más que de rodillas.

—Quiere al hombre grande y, cuando está de rodillas, el hombre es más grande.

—Divertida paradoja. Siempre he encontrado ridículos esos hombres piadosos que ya no tenían vello en las rodillas a fuerza de serrarse las tibias sobre incómodos reclinatorios.

—¿Qué busca?

—Tenía interés en ver su féretro bajar por la nave central. Después vendrán los últimos honores en el gran patio de los Inválidos. La República ha hecho bien las cosas. Parece ser que el presidente está a punto de llegar. Ha sacrificado por usted su última comida de gala en la embajada de Francia.

—Es un gran honor para mí. Es un gran honor.

—Tendrá usted tiempo de explicarme su filosofía. Tenía usted razón en toda su línea argumental, excepto en un detalle: su maestro es ingrato.

—Dios es bueno.

—No me cuente un cuento. Ya no me la pega, Guitton. ¡Es divertido! Se ha privado usted de gozar de la vida y no aprovecha ni el paraíso. Habrá soportado durante toda la vida que un ángel servil osara pegarle en los dedos como a un chiquillo de siete años, y además delante de todo el mundo, cada vez que quería usted expresar un poco su personalidad inhibida, y todo para llegar a esto. Condenado, pero con el mínimo sufrimiento.

—¿En qué consiste eso?

—Algo así como el pago de un franco simbólico. Nada que ver con las crueldades suntuosas merecidas por mis verdaderos elegidos.

—Habla usted del infierno como los imbéciles hablaron del matrimonio.

—Insúltame si quieres. Acabarás comprendiéndome y amándome con ese odio que es allí abajo nuestra más bella forma de amor. ¡Pobre Guitton! Esto es lo que se llama perder en todos los campos. Si me hubieras escuchado no estarías así. Te habrías llenado de placer en el tiempo y el gozo de odiar a Dios por la eternidad. ¡Ah, maestro, si supiese qué gusto da! Cuanto más le castiga a uno, más se disfruta odiándole. Y cuando termine triunfando, ya que triunfará, el gran cobarde —el más fuerte gana siempre al final—; cuando haya triunfado, mi gozo será perfecto ya que mi odio será total. ¡Si supiera cómo espero eso!

—¡Márchese!

—No antes de haber jugado yo también mi partida. Cuántas celebridades, Guitton. Se nota que es usted un hombre importante. Tres presidentes, de entre los más notorios, se desplazan por usted, más el Príncipe de los Filósofos, el Príncipe de los Poetas, un papa, sus más grandes genios franceses... Tan sólo el pobre pequeño Blondel no estaba a la altura, como de costumbre, piadosillo a no más poder, y le ha importunado con sus historias de inmortalidad. Lo último en ridículo. El resto, lo reconozco, de etiqueta.

—Tengo que irme.

—No sin antes escucharme. Vine a traerte a la memoria un viejo recuerdo. Es necesario que lo tengas bien presente en la memoria, cuando comparezcas ante el tribunal de Dios. ¿Recuerdas cuando estuviste a punto de morir, hace ya veinte años?

—¡Cállese!

—Veo que te acuerdas. Caíste en coma. Te llevaron al hospital. Estuviste toda una noche inconsciente. Una persona amiga velaba por ti fielmente. Te lo contó, sabes que no miento. Yo también estaba allí. Bebía suero al oírte hablar. Porque hablabas. Y decías cosas muy interesantes.

—¡Cállese!

—Decías esto: «Todo el mundo dice que soy el gran filósofo católico. Pero es una broma. En el fondo, yo soy ateo. Siempre he sido ateo. Completamente ateo. Nací en una familia de beatos: todas mis relaciones pertenecían a ese medio, tenía que hacer carrera. ¿De qué otro modo podía hacerlo? Pónganse en mi lugar. He seguido el juego. Nadie me lo puede reprochar».

—¡Cállese, por piedad!

—Continuabas porque eras inagotable. «Pero no, no soy un impostor. No realmente. Todos somos impostores, lo que significa que nadie lo es. La comedia humana, la comedia humana, la comedia humana».

Me desplomé sobre una silla.

—¡Pare, se lo ruego!

—Seguiste diciendo: «Por otra parte, ¿soy realmente ateo? Puede que no más que otra cosa. Quizás soy un caso muy interesante de desdoblamiento de la personalidad. Soy el otro Guitton. El ateo, el agnóstico, el escéptico. En este momento, el Guitton beato está provisionalmente fuera de servicio. Aquí estoy libre para divagar y ocupar el terreno. ¿No es verdad que es bueno, de vez en cuando, dejar caer la máscara y tomar aire, aunque sea el aire viciado y cloroformizado de este hospital siniestro? Y este que me vela y me mira con los ojos tan abiertos. No da crédito a sus oídos. Este querido amigo no sabe qué cara poner cuando me despierte. Se mata a excusarme, a negar la evidencia. Es un viejo amigo. El prototipo del hombre de honor, con corazón, inteligencia y cortesía además; no le falta nada. Un amigo de verdad. Al menos eso imagina. Ya que yo no tengo amigos. ¡Miren cómo se sobresalta! Sólo me quiero a mí

mismo, a mí mismo».

—No, a él lo quería de verdad.

—Escúchame hasta el final. «A pesar de todo soy católico, en el sentido de que me expreso mejor, literariamente, en ese terreno. Soy muy literario. No me gusta el trabajo. O, mejor, trabajo mucho, pero soy extremadamente perezoso. Total, la religión era algo menos serio que el racionalismo, menos coaccionante, así que pude tener éxito con poco esfuerzo, con el mínimo gasto. ¿Si hubiera sido ateo hubiera tenido más éxito? La Sorbona, la Academia, la alta sociedad, la fama, el dinero. Lo he tenido todo, en el fondo. Todo, menos la felicidad. ¿Pero qué es la felicidad? El privilegio de imbéciles que no se han desdoblado. Tal vez el ateo hubiera podido hacerse con el poder en ese campo de batalla confuso y dividido que se quiere llamar con el ridículo nombre de 'yo'. ¿Y si mañana me cambiase de piel, si ya no le cediera más el paso al Guitton beato, moral y religioso? ¿Se imaginan qué escándalo? ¿Qué disparate podría hacer? ¡Qué proyectos espantosos me pasan por la cabeza! Podría escribir un libro. Eso es. Podría refutar todo lo que he demostrado. Eso sería divertido. A los adversarios del Guitton provisionalmente fuera de servicio no les parecería divertido. Ya pueden llamarse ateos, nietzscheanos: ellos también son unos miedosos. Como el Guitton fuera de servicio. Ellos también querrían ser sencillos. A ellos también les importa la ilusión de su sinceridad. ¡Les daría miedo ver en mí mismo la inexistencia de su yo y la mentira de su verdad! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!».

—¡Ah!

—«Dicho esto, hay que pensar en el futuro. Me he comprometido con todas esas santurronerías. Un hombre inteligente necesita tomar un poco más de distancia. Voy a velar para que mi colega lo establezca, cuando esté de nuevo de servicio. Lo esencial, para sentar las bases de un éxito duradero, es el equívoco. Tener siempre dos conceptos en el fuego, dos tesis en el fuego, asegurar subterráneos, pasarelas, puertas secretas, complicidades discretas, garantías dadas y contragarantías tomadas, solidaridad juiciosa de lo indigno, pequeños crímenes clandestinos, favores sagrados, vía real que conduce a los grandes nombres a la inmortalidad. Pero, ¡cuidado!, un traidor puro no es interesante. No es tanto un personaje vil, ya que lo vil no es más que lo profundo que sale a la superficie; cuanto, más bien, un personaje bobo, que está aún entero y de una pieza. También está ese otro, el traidor verdadero, que no sabe ya quién es. No tiene máscara, ya que no tiene rostro. Traicionar hasta traicionar su traición, eso es lo que le sienta de maravilla a mi espíritu crítico superior. Ser fiel hasta el final, pero en el alma de un traidor hacer vivir el corazón de un fiel, en el alma de un

fiel hacer morar el corazón de un traidor».

—¡No!

—Sí. Y terminaste con estas palabras misteriosas, de las que no he podido sondear toda su perversidad: «Todo esto lo sé. Pero es hora de hacerlo. Hay que pensar en la posteridad. El ser no existe. No hay más que proyecciones. De todas maneras me salvaré en el mundo proyectado por una de mis dos mentes, aunque esté condenado en el que proyecta la otra. ¿Ser condenado? No es más que el lote común de las mediocridades. El *nec plus ultra* es ser desde esta tierra el alma condenada de su propia alma».

Caí a tierra, desmayado.

—Duerme ahora —me dijo—. Ya estás preparado para la etapa siguiente. ¡Ojalá podamos filosofar pronto entre los dos, o más bien entre los tres: yo, tú y tú! Nos divertiremos, tú y yo, persiguiéndote a ti.

TERCERA PARTE
MI JUICIO

CÓMO DOS HUÉSPEDES DEL INFIERNO VIENEN EN EL MOMENTO PRECISO A REPRESENTAR UNA ESCENA DE EXPOSICIÓN

La sala del tribunal estaba ya casi llena. Se puede decir que había afluencia de público. Al fin una satisfacción. Me habían dicho que esperara y rezara en un pequeño oratorio contiguo a la gran sala de audiencia. Pero como mi ángel rezaba por los dos, consideré más oportuno pensar. De vez en cuando el ángel entraba en éxtasis. Entonces me ponía a mirar por el agujero de la cerradura. Fue así como vi llegar a dos condenados. Los reconocí al primer vistazo, aunque tenían la piel roja de todo.

El de la izquierda era Sarache, antiguo ministro socialista, del cual habíamos hablado varias veces el presidente Mitterrand y yo. Al verlo, me puse un poco triste. Era tan tonto; la tontería no es un pecado, a fin de cuentas. Tiene que haber cosas que ignoro, me dije para consolarme.

El de la derecha era Labarthète, antiguo director de un periódico de derechas. Era un celoso que hablaba lo menos posible de mí en su periódico. Salvo cuando le dio la fiebre verde¹. Eso duró un año y medio. Durante ese tiempo, en sus columnas yo tenía talento. Después me volvió a guardar en el armario. Cuando lo vi, me dio un escalofrío, porque creía saber todo de él y porque era casi igual de malo que yo. Tiene que haber algo que ignoro, me dije para tranquilizarme.

Charlaban.

—¡Lo que se aburre uno en el infierno!

—No me hable, mi querido amigo. La única distracción es venir a ver juzgar a los amigos.

—Y a los enemigos.

—Por cierto, ¿a quién han de juzgar hoy?

— A Jean Guitton.

— ¿Al filósofo? ¿Acabó muriendo? ¿A qué edad?

— Cien años, *grosso modo*.

— ¡Cien años! ¿Y cuántos en la Academia?

— Treinta y ocho.

— ¿Treinta y ocho en la Academia? Su caso está claro. Mañana será nuestro querido compañero.

— No es seguro. Parece ser que altas instancias luchan por salvarle el pellejo.

— ¿Quién puede interesarse por ese viejo egoísta?

— Gente de la flor y nata de la corte: santa Teresa del Niño Jesús, el antiguo papa Pablo VI, que dicen van a canonizar, y me quedo corto... Además, no adivinará nunca quién está citado como testigo de descargo en el proceso Guitton.

— Espero que me lo diga.

— Un antiguo presidente de la República.

— Siempre ha necesitado las grandezas. ¿Y cuál? ¿Pompidou? ¿De Gaulle? ¿Poincaré?

— No acierta.

— Francamente, no veo a otro.

— Busque bien.

— No veo. ¿Albert Lebrun?

— ¡Claro que no!

— Me rindo.

— ¡François Mitterrand!

— ¡Mitterrand!

Le miró, incrédulo.

—Es imposible —dijo—. Conozco el derecho canónico. Los condenados no tienen derecho a atestiguar en los juicios de los muertos.

—Justamente. No está en el infierno.

—¿No está en el infierno? ¿Y qué más? Usted lo está por haber sido el ejecutor de sus trabajos sucios durante catorce años de ignominiosa presidencia. Y el jefe es más gravemente culpable que el subordinado. *Ergo* el jefe será más severamente castigado. Pero el subordinado está condenado. Por consiguiente, el jefe también lo está. Es matemático, es jurídico, es lógico y hasta es silogístico.

—Usted sabe bien que Dios no tiene ni espíritu matemático ni espíritu jurídico. En cuanto a la lógica...

—No me hable, es un oriental. Un judío. Pero volvamos a Mitterrand

—Le aseguro que el *Osservatore Romano* de ayer tarde (edición celestial) anunciaba lo más oficialmente del mundo su testimonio en el proceso Guitton. En la página 4. Justamente lo llevo en el bolsillo. Tenga, lea usted mismo.

Labarthète cogió el *Osservatore*, lo abrió y leyó.

—¡Esto significa que está salvado! Es inaudito.

—Es inverosímil.

—Diga más bien que es escandaloso.

—Yo, sabe usted, no soy católico y, después de todo, Dios hace lo que quiere, pero encuentro que acoge realmente a cualquiera.

—Estoy de acuerdo. El Cielo se desacredita con este tipo de decisiones. Y así es desde el principio. Vea la Samaritana, la mujer adúltera, Leví el colaboracionista, el buen ladrón, y me quedo corto. ¡Pero Mitterrand se lleva la palma! ¡Admitir a un verdadero truhán, cuya inmoralidad de base fui uno de los pocos que denunció desde el principio!

—No es la inmoralidad lo que me molesta, sino la falta de dignidad. Cuando uno es inmoral, ¡caramba!, uno lo asume. El infierno es asumirlo. Mitterrand ha vuelto a cambiar de chaqueta. Lo encuentro lamentable.

—Ese granuja habrá pasado el tiempo engañando a los hombres. Y pasa la eternidad engañando a Dios. No me extraña que se lleve bien con Guitton. Los dos son tal para cual.

—En todo caso, lo que me alegra es que ahora, cuando se sepa esto abajo, Mitterrand será tintín para el Panteón.

—¡Chist! Aquí llega el tribunal.

El tribunal entró y tomó asiento. Arriba, en la cátedra, Cristo. Debajo de él, san Pedro, sosteniendo las llaves del Reino de los Cielos. A su izquierda y a su derecha, san Juan Evangelista, mi patrón, y santa Teresa del Niño Jesús. Más lejos, los ángeles asesores. Un jurado compuesto por santos pensadores y filósofos; pude reconocer a Justino el Mártir, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Blaise Pascal, Frédéric Ozanam, Paul Claudel y Maurice Blondel. Frente al jurado, el ángel fiscal, llevando al costado una espada de fuego sobre su toca blanca con reborde azul. Ángeles suizos por todas partes, con uniforme de gala, exactamente como en el Vaticano. Esperaba que me harían entrar por la puerta grande, la del fondo. En efecto, se abrió de par en par. Un ujier entró. El primer asesor se levantó. Interrogó y el ujier respondió.

—¿Quién pide comparecer hoy ante este augusto tribunal?

—Maestro Jean Guitton, Ilustre filósofo, Miembro eminente y decano por edad de la Academia Francesa, Profesor Honorario en la Sorbona, Autor de cincuenta y cuatro obras y de trescientos opúsculos, Auditor laico en el concilio ecuménico Vaticano II, Amigo de varios soberanos pontífices, Consejero de presidentes de la República, Hombre universal, honra de la lengua y del pensamiento francés.

—No lo conocemos. ¿Quién pide comparecer hoy ante este tribunal del Cielo?

—Sr. Jean Guitton, Filósofo, Profesor honorario en la Sorbona, Miembro de la Academia Francesa.

—No lo conocemos. ¿Quién pide ser hoy juzgado por el Señor Jesucristo?

—Jean Guitton, filósofo, pecador.

—Lo conocemos. Que entre, él que ha salido del tiempo, y que sea introducido en la eternidad para que se cumpla en él la obra de la justicia y de la misericordia divinas.

Entré. Me dirigí hacia la tribuna, apoyado en mi bastón. Una vez ante el tribunal, esboqué una genuflexión y luego incliné la cabeza profundamente. Todos tenían los ojos puestos en mí. Santa Teresa miró a san Pedro, quien dijo:

—Que le den un asiento, ¡a su edad!

Un ángel suizo me acercó un sillón. Me senté. Miré hacia delante, tenso. El ujier proclamó:

—En este día, Jean Guittou, filósofo, comparece ante el tribunal de Dios.

San Pedro se volvió hacia Cristo, quien apretó ligeramente los labios.

NOTAS

¹ Véase nota 1 de "DONDE SE PRONUNCIA MI ORACIÓN FÚNEBRE Y LOS COMENTARIOS QUE TUVIERON LUGAR DURANTE LA MISMA".

DONDE SE ME VE EN GRAN PELIGRO Y DONDE SANTA TERESA DE LISIEUX BATALLA A MI FAVOR

San Pedro interrogó el primero.

—Jean Guitton, ¿qué has hecho en tu vida?

—He filosofado.

—¿Qué quieres decir?

—He aprendido a morir.

—¿Cómo lo has aprendido?

—Mirando a Cristo.

—¿Quién te enseñó a mirarle?

—La que le dio a luz y le vio morir en la cruz. Fue ella la que me lo enseñó.

—¿Cómo te lo enseñó?

—Mientras hacía un libro sobre ella.

San Juan tomó la palabra. Es mi santo patrón. La víspera del día en que Cristo sufrió recostó su cabeza sobre el pecho del Señor. Ése fue el sacramento por el que recibió el conocimiento insondable. Yo le amaba. Cien años hacía que me hablaba de *ta tou kuriou pneumatika*¹ Y hoy lo estaba viendo. Su voz era más firme de lo que hubiera creído. Su estatura mayor. Su rostro irradiaba el brillo de la Verdad.

—Jean — me preguntó —, ¿qué es morir?

—Es perderlo todo, abandonarlo todo y abandonarse entre las manos de Dios.

—¿Por qué es importante morir?

— Porque es el único momento de la vida en que uno puede darlo absolutamente todo y sin esperar nada a cambio.

— ¿Qué es vivir bien?

— Es vivir en cada instante como moriríamos si muriésemos bien.

— ¿Qué es morir bien?

Miré a santa Teresa y la respuesta me vino, fulgurante:

— Morir de Amor.

— Jean, ¿qué es el amor?

— *Amar es darlo todo y darse a sí mismo.*

San Juan se recogió. Ozanam preguntó:

— Jean, ¿es triste morir?

— Es triste para los demás.

— ¿Y para uno mismo?

— Es triste si se piensa en la tristeza de los demás.

— Jean, ¿moriste triste?

— Quise perseverar en la alegría

— En el momento de tu muerte, ¿tenías fe plena en la vida eterna?

— Sí, y sin embargo aún estoy sorprendido de no haber sido aniquilado.

— ¿Tenías dudas, pues?

— No, pero la desesperanza me tentaba.

— Comprendo. Lo más difícil es esperar. Me dijeron que te tentaron en el momento de la muerte.

— Sí, pero Blaise Pascal vino a reconfortarme.

—¿Qué quisiste escribir en tantos libros?

—Quise saber si todo esto era verdad. Habiéndolo estudiado bien, juzgué que lo era. Lo escribí. Dije los motivos y las razones. Miré a toda la gente alrededor de mí y dije simplemente:

—Yo tenía razón.

Fue entonces cuando Tomás de Aquino tomó la palabra. Me preguntó:

—Jean, ¿qué habrías hecho si la verdad hubiera sido que el cristianismo era falso?

—Hubiera preferido la verdad.

—¿Por qué crees en Jesucristo?

—Creo en el cristianismo porque es verdadero.

—Jean, ¿qué es la verdad?

—La Verdad es Aquel que es.

—Jean, ¿qué es el juicio de Dios sobre el hombre?

—La manifestación del juicio del hombre sobre Dios.

—¿Cuál es tu juicio sobre Dios?

—Creo que Dios es verdadero. Creo que Dios es justo. Creo que Dios es amor.

Cristo movió la cabeza. San Pedro me interrogó, con un tono de pronto más grave.

—Todos los aquí presentes hemos definido el amor, con las palabras de Teresa de Lisieux: amar es darlo todo y darse a sí mismo. Tengo que hacer ahora, en presencia de todos, la gran y única pregunta: Jean, ¿te diste?

No respondí. Hizo de nuevo su pregunta.

—Jean, ¿te diste?

En ese momento me desmayé y me habría caído del sillón a no ser por los dos ángeles suizos que se precipitaron para sostenerme. Enderecé la cabeza. Unas

gruesas lágrimas corrían por mis mejillas. San Pedro retomó la palabra.

—Jean, tu último día ya llegó y pasó. Ahora es la Hora suprema. El Juez va a fallar. Piensa que es el Amor el que te juzga. Eres juzgado sobre el amor. Debes poder responder a esta última pregunta. Jean, ¿te diste?

Entonces, lentamente, con dificultad, yo, Jean Guitton, me levanté. San Pedro quiso decirme que continuara sentado, pero Teresa le tocó la mano y me dejó hacer. Me mantenía muy recto a pesar de mi edad, los dos puños crispados sobre el bastón. El ángel fiscal, severo, observaba. Dejó su banco y vino a ponerse a mi derecha. Así rodeado, empecé con voz ronca, que se fue aclarando. Y continué con una voz siempre ronca, pero *crescendo*.

—Viví. Morí. Estoy enterrado. Mi alma está desnuda, colgada a un no sé qué vertiginoso, como un arbusto en la pendiente de un acantilado. Ya no soy nada de todo lo que creía ser. Ya no tengo nada de todo lo que creía tener. ¡Ah! Si hubiese dado todo o simplemente perdido todo en vida, no me sentiría tan pegajoso. ¡Quién podría decirme por qué me siento tan pegajoso!

El ángel fiscal respondió:

—Son los honores, de los cuales has sido ávido. Es tu deseo de gloria, tu preocupación por sobrevivir en la memoria de los hombres.

—Me decía: es para la gloria de Dios.

—No era más que para la tuya.

—¿Quién me dirá por qué la sustancia de mi alma está toda encolada?

—Es todo el dinero que ganaste.

—Me decía: será para buenas obras.

—Y no era más que para contentar tu rapacidad.

—¿Quién me dirá por qué me siento más pegajoso que una mosca en un panal?

—Es tu pasión por la fama. Rezuma desde el fondo de tu alma. Mil veces te ha conducido a la ambigüedad, al silencio, a la omisión. A las concesiones cobardes. Hasta el borde de la traición.

Protesté débilmente. El ángel fiscal me lanzó una mirada recta, objetiva y justa.

Sentía que la tierra me tragaba, *ut ita dicam*². San Pedro, sin embargo, intervino:

—Jean, exprésate.

—¡Oh, san Pedro! Me siento pecador y gran pecador, lo he dicho, pero mi preocupación de la verdad obligaría, creo, a matizar las palabras del señor ángel.

—¡Ved siempre ese mismo orgullo! ¡Él se conoce mejor que lo conocen los ángeles!

Fue entonces cuando Teresa del Niño Jesús levantó la mano. Y san Pedro le dio la palabra diciendo:

—Teresa, sabemos tu respeto por la verdad. ¿Puedes explicarle a todos los aquí presentes quién es Guitton?

—Se le ve antes que nada como un distraído. Es verdad que lo es. Y además es miope. Para economizar tiempo, confía en su piloto automático la conducción de gran parte de su vida. Ésa es la razón de que se dé tan raramente a sus interlocutores. Se contenta con ofrecerles un personaje social, un ser impersonal, que anda por reflejo y funciona por costumbre. Le cuesta hacerse presente y abrirse a los demás. Cuando lo consigue está radiante, deslumbrante de vida y espíritu, su encanto es irresistible. La mayoría de las veces está ausente, un poco triste y encerrado.

—¿Eso es pereza o timidez?

—Más bien temperamento y negligencia en reformarse.

—¿Por qué esta distracción?

—Porque no para de pensar. No es un cráneo lo que tiene, es un géiser de ideas. Vive en la reflexión continua. La gente lo toma por un orgulloso, un egoísta o un original que se desinteresa por todo lo que les apasiona. Se equivocan. Es más bien que no se interesa por ello de la misma manera. No se burla de ello, está por encima. Mira siempre desde arriba, de lejos, desde el punto de vista de la eternidad. Eso le da un aire ausente a este autómatas pensativo. No osan decirle que mucha gente sonríe a sus espaldas, incluso aquellos que le hacen reverencias. Pero en seguida se da uno cuenta de que, en su distracción, sigue estando atento y de que, en su candor, es más fino que Maquiavelo. Entonces se le toma por un pérfido y, como tiene éxito, se le tiene envidia.

—Teresa, ¿Guitton es pérfido o cándido?

—No hay más que candor en él. O más bien el candor es la forma más frecuente de su hipocresía. Muchos creen engañarle, les deja que lo crean y es él el que los engaña. Está demasiado adaptado a la comedia humana. Muy desengañado de las vanidades, de las que ha guardado la necesidad y no posee suficiente virtud para pisotearlas. Conoce a fondo el juego de los maquiavélicos, pero no estima lo suficiente a los hombres ni se estima lo suficiente a sí mismo para creer que le sería posible tener éxito sin la ayuda de los pequeños medios. Es ingenioso en descubrirlos. Los usa con un talento superior. Calcula y manipula.

—Así, pues, ¿no es puro?

—Es ambicioso, pero con demasiada indolencia como para triunfar fuera del ámbito donde naturalmente destaca sin esfuerzo. Habría sido un santo, y tal vez hasta habría triunfado más, si hubiera confiado menos en la astucia que en la Providencia.

—Comprendemos mejor esta alma y te agradecemos que nos hayas aclarado. Sin duda alguna, estamos en presencia de una personalidad muy rica, poderosa y seductora. Pero cada uno de los aquí presentes sabe que tenemos que juzgar sobre el amor. Teresa, ¿cuál es tu opinión sobre este punto?

—Desde su juventud, varias veces se ha dado, otras tantas se ha retractado.

—¿Y al final?

—¿Al final? Creo que se dio y que murió en el impulso de ese don.

—Teresa, ¿puedes demostrar lo que expones?

—Tengo un testigo.

NOTAS

¹ «Todo lo que llenaba el espíritu del Señor».

² «Por así decir». Expresión frecuente en Cicerón (nde).

DONDE SE PRODUCE LA SORPRESA DE VER CITADO A FRANÇOIS MITTERRAND COMO TESTIGO DE DESCARGO

Teresa se contentó con mirar a san Pedro. Éste dijo entonces:

—Que hagan pasar al presidente Mitterrand.

Imagine cada uno los diversos movimientos y murmullos que recorrieron la sala. Sarache, burlón, le dijo al oído a Labarthète:

—Tengo curiosidad por ver a Mitterrand llevando la aureola.

—Va a quedar usted decepcionado. Tiene que hablar con la cabeza descubierta. Es el derecho canónico. Los testigos no tienen derecho a llevar la aureola, a fin de no influenciar a los jueces.

—¡Tras la francisca, la aureola!

—¡Todo lo que hubiera deseado tener!

Mitterrand acababa de entrar. Por primera vez, me puse a esperar, por diversas razones. Pero, en ese momento, el señor ángel fiscal pidió la palabra. San Pedro se la dio. La inquietud se apoderó de mí de nuevo.

—Señor Jesucristo, san Pedro, y vosotros todos, miembros de esta augusta asamblea, antes de que escuchemos prestar declaración al presidente Mitterrand, creo mi deber hacer unas últimas preguntas al maestro Guitton. Maestro Guitton, ¿no se expresó usted ya en público sobre el tema de sus conversaciones con el presidente Mitterrand?

Me había pillado. Decidí jugar un juego franco, al tiempo que navegaba evitando los obstáculos más cercanos. Respondí con aire despreocupado:

—Concedí varias entrevistas. Hasta me pregunto si no escribí un prefacio en alguna parte sobre el tema.

—En su opinión, ¿sus declaraciones sucesivas concuerdan?

Le miré. Parecía inocente. Comprendí que tenía cartas en la manga. Con aire tranquilo y cansino, confesé:

—No exactamente.

Abrió su informe.

—¿Quiere usted que comparemos?

Captó mi escalofrío. Todos lo captaron. Miré a Teresa. Ella estaba triste. De sus ojos saqué un nuevo impulso de sinceridad. Volviéndome objetivo y justo, respondí:

—Si lee al tribunal esos papeles, podríamos encontrar fuertes divergencias entre las diversas versiones.

—Su franqueza presente merece ser acogida. Además nos evita citaciones fastidiosas. Pero, si esto es así, ¿cómo quiere que le creamos hoy?

—Tendrá testigos que ya no saben mentir.

—¿Cómo explica usted la presencia de estas divergencias que usted mismo califica de fuertes?

—Es que no estaba delante de mi Juez.

—¿Ha mentido usted en la tierra, entonces?

—La mentira consiste en no decir la verdad, con la intención de engañar. Pero existen la verdad material, la verdad eterna, la verdad novelesca...

—Los hechos son los hechos.

—Sin duda, pero fíjese en los Evangelios. San Mateo escribe para los judíos. San Lucas escribe para los griegos.

—Y usted, ¿para quién escribió?

—Para mi público, claro está.

—Admirable respuesta. ¿Y dónde está la verdad?

—El Señor sabe dónde está.

—¿Se niega usted a responder?

—En cualquier caso, el Señor sabe la verdad. Si le respondiese en público, crearía tensiones entre mis editores. La caridad está ante todo.

—Si es así, el público no sabrá jamás a qué atenerse.

—El público hará su juicio. Es lo que sigue prefiriendo.

—¿Lamenta usted haber engañado al público con una u otra de sus versiones infieles?

—No creo haber engañado. Más bien dudaba entre diversas interpretaciones.

—¿Lo sostendría usted mismo en sus entrevistas en la revista *Match*?

—El presidente Mitterrand tenía mayor poder que yo en la redacción de *Match*. ¿Cómo quiere que a mi edad consiga distinguir en mis recuerdos mis mentiras de las suyas? Y más aún cuando a través de mis mentiras Mitterrand decía las verdades que no podía decir él mismo. De manera que, al mentir los dos, los dos decíamos la verdad.

—¿Puede usted aclarar eso?

—Eran golpes a tres o cuatro bandas. En el momento comprendía. Ahora me pierdo.

—Por última vez, Jean Guilton, ¿dónde está la verdad?

—Nosotros, los hombres, a veces no sabemos ni cuál es nuestra verdad íntima. El Señor me juzgará y mi verdad será eternamente lo que haya juzgado. Apelo a la decisión de mi juez soberano. Que sea por siempre jamás mi única verdad y mi único testimonio.

Hubo un silencio. Capté una conversación entre dos santos sentados en los bancos del jurado.

—Es una anguila.

—Parece que estamos en el proceso de Mitterrand, no hace mucho tiempo.

— Los dos son tal para cual.

Inquieto, miré a mis jueces. Ponían mala cara. Ahora bien, Mitterrand había salido bien parado. Entonces...

El ángel fiscal simplemente dijo:

— El tribunal apreciará.

Y volvió a sentarse.

San Pedro, no obstante, retomó la palabra.

— Hemos citado al presidente François Mitterrand, aquí presente. Tomando en consideración el interrogatorio que acabamos de escuchar, es necesario proceder a la escucha del testigo.

Se volvió hacia Mitterrand.

— Señor presidente de la República, ha aceptado usted comparecer como testigo de descargo en el proceso celestial del maestro Jean Guitton, aquí presente. Tenga a bien presentarse ante el tribunal.

— Me llamo François Mitterrand, hombre de Estado francés del siglo XX. Nací en 1915. Mi carrera política comenzó con la Segunda Guerra Mundial y finalizó en 1995. Cumplí dos mandatos de siete años como presidente de la República francesa. Morí poco después de la expiración de mi segundo mandato.

— ¿Cómo conoció usted a Jean Guitton?

— El maestro Guitton era quince años mayor que yo. Pasé tras él por las mismas instituciones, particularmente por la residencia de estudiantes llevada por los padres maristas, en la calle Vaugirard n° 104, en París. Al principio lo conocí por sus libros, especialmente por sus obras de crítica religiosa, que leía con interés. Nuestros caminos fueron paralelos. Fuimos educados en familias parecidas: padres católicos, fervientes, abiertos, católicos sociales, desprovistos de sensibilidad reaccionaria. Y después, durante la guerra, bajo la Ocupación, en Vichy, estuve encargado de los prisioneros franceses en Alemania. Mi superior jerárquico fue Henri Guitton, el mismísimo hermano de Jean, el cual estaba entonces prisionero en Alemania.

— Jean Guitton volvió en junio de 1945, en el tren del millonésimo prisionero.

¿Fue entonces cuando lo conoció?

—¡Oh, no! Debí de encontrarme con él por primera vez en los años 50. Pero nuestras relaciones fueron superficiales. No profundizaron hasta la época de mi presidencia. Guitton era académico. Al envejecer, había adquirido una gran notoriedad. Al final, casi por sí solo era una institución. Nuestras funciones y nuestras posiciones nos daban la ocasión de vernos con bastante regularidad. Apreciaba su manera de pensar. Él me comprendía a la perfección. Guardé especialmente el recuerdo de una visita que le hice en su choza del departamento de la Creuse, para hacerle oficial de la Legión de Honor. Hablamos del absurdo y del misterio.

—Señor presidente, el tribunal ante el cual ha venido usted a testificar tiene la responsabilidad de juzgar la vida del maestro Guitton. Aquí, se juzga a todo hombre sobre el amor. ¿Su experiencia encierra elementos susceptibles de ayudar a la formación del juicio del tribunal?

—Por supuesto. Dieciocho meses antes de mi última salida del cargo, como sufría de la enfermedad que debía llevarme y de la cual ya presentía el final, me preocupé de mi funeral. Había previsto exequias puramente civiles y, sobre todo, un entierro grandioso en los montes salvajes del Morvan.

—¿Puede usted facilitar al tribunal algunas precisiones significativas sobre este tema?

—Seré breve. Después de estar expuesto tres días y tres noches bajo el arco de triunfo de la plaza de l'Étoile, mi féretro, al amanecer, habría de ser cargado sobre una cureña de cañón y transportado, rodando al paso, a través de ciudades y pueblos, llorado por ese pueblo que tanto he amado, hasta la fría región del Morvan. Allí, a la entrada del bosque, en el lugar donde acaba el camino transitable, mi féretro debía ser cargado sobre los hombros de mis únicos verdaderos amigos, a la caída del día, en la puesta de sol. Seguido por una larga procesión de seguidores fieles, los unos vestidos con capas negras, los otros con largas togas blancas, hubiéramos subido, por una senda forestal y luego por un sendero de montaña, hasta la cima de un monte ventoso y pelado. Allí, hace dos mil años, se celebraban aún sacrificios druídicos y ningún signo de devoción evangélica limó nunca el promontorio bárbaro. Su punta de sílex estaba siempre plantada en el corazón del cielo. Al resplandor de las antorchas y a los acentos extraños de cantos druídicos, mis despojos debían ser inhumados en una sepultura tallada dentro de la roca. Una escuadrilla de aviones de acrobacia, en un baile endiabrado, ceñirían entonces el monte con bufandas de humo con los

colores de Francia y con los colores del luto mientras se fuesen apagando los últimos resplandores del cielo. Añádanle algunas iluminaciones, sonorización y ciento un cañonazos y tendrán lo esencial del rito que había previsto.

San Pedro no podía creerlo:

—¿Ciento un cañonazos?

—Ni uno menos.

Labarthète, medio levantado, extasiado, dijo a Sarache, taciturno, con los hombros caídos:

—¿Ha oído, Sarache?, ¡ciento un cañonazos! Evidentemente ni una sola bendición con hisopo... ¡Pero claro, ciento un cañonazos!

—¿Y qué?

—Me parece oírlos. ¡Qué bonito! ¡Qué grandeza! ¿No le dan escalofríos, Sarache? Al final encuentro a Mitterrand muy simpático.

Sarache explotó:

—¡No diga usted gilipolleces, Labarthète! Mitterrand estaba grotesco con su funeral druídico. La derecha se reía burlonamente; la izquierda se mondaba. Él era el único que creía en ello.

—No hable así. Usted era uno de sus verdaderos amigos. Hubiera llevado el féretro.

—¿A lo largo de dos mil ochocientos metros de sendero pedregoso con trescientos ochenta metros de desnivel? Gracias.

—Sin embargo, ¡qué honor!

—Para tener que hacerse masajes en el hombro durante un mes...

—¡Hubiera usted formado parte de la procesión!

—¿Me ve usted haciendo de plañidera por la ladera de la montaña, con una capa negra de Mefistófeles o una toga blanca a lo Bruto?

—En todo caso, habría usted cantado.

—Desentono.

—Decididamente, está cerrado a lo sublime de la existencia, a todas las emociones profundas. A mí, una procesión siempre me ha dado escalofríos en la espalda. No me extraña que esté usted condenado.

—Y usted, pobre gilipollas, ¿está tal vez en el paraíso con sus escalofríos?

—Es usted un grosero y un impío.

—Por eso soy un condenado. Y estoy orgulloso de serlo.

—Yo no era un impío, era piadoso.

—¡Vamos!, era usted un piadosillo.

San Pedro amonestó a los condenados:

—¡Silencio o hago evacuar la sala! Señor presidente, su relato es muy esclarecedor y ese proyecto de ceremonia nos informa bastante bien sobre el estado de su alma dieciocho meses antes de su muerte. ¿Pero en qué concierne esto a la causa que juzgamos, por favor?

—A ello voy. El funeral en cuestión debía, según toda probabilidad médica, celebrarse en el año 1996. Ahora bien, era el año del decimoquinto centenario del bautizo de Clodoveo. El papa Juan Pablo II debía venir a Francia.

—Ese funeral pagano hubiera producido el más enojoso efecto.

—No sé cómo se difundió la cosa y llegó a oídos de Jean Guilton. Desde entonces, a este último se le metió en la cabeza hacerme cambiar de opinión.

Sarache, fuera de sí, exclamó:

—He aquí la estupidez burguesa. Emoción en la sacristía. Salvar las apariencias. Había que disecar al viejo con arreglo a los usos.

Se levantó, fuera de sí, y soltó a grito pelado en la sala de audiencias:

—¡Abajo el clero!

Labarthète, medio levantado a su vez, le tiraba de la chaqueta para hacerle sentarse y le regañaba:

—El viejo Guitton tuvo razón en reaccionar. Era una cuestión de conveniencias, de tradición y de respetabilidad. Todo lo esencial estaba en juego.

—¡Suélteme, burdel!

—Siéntese, ¿no le da vergüenza?

Y se agarraron por el cuello:

—¡Fanático!

—¡Sectario!

—¡Viva la República, caramba!

—¡Muerte a la pordiosera!

San Pedro, durante todo ese tiempo, estuvo agitando en vano su campanilla; finalmente, recurrió a los ángeles suizos:

—Señores, evacuen a esos furiosos.

Dos ángeles agarraron a los condenados por el cuello y los echaron a la calle. Cuando los perturbadores salieron, san Pedro preguntó a Mitterrand:

—¿Conoce usted los motivos que pudieron incitar al maestro Jean Guitton a hacerle cambiar de decisión?

—En esa época, yo lo ignoraba todo sobre su resolución. Aún no me lo explico.

—Jean Guitton, ¿puede usted explicarnos el origen de esa decisión?

—El origen es oscuro, como todos los orígenes. La emergencia al contrario es fácil de localizar. Me fui en avión a Roma, donde tendría lugar una exposición de mis cuadros sobre el tema de *L'Amour pour le temps et l'éternité*. Mi secretaria, que de costumbre siempre viaja conmigo —quiero decir que tiene que ponerme las gotas en los ojos, no llego a hacerlo solo...—; total, mi secretaria estaba ausente. Me encontré sentado en el avión al lado de una chica joven de unos veinticuatro o veinticinco años. Su rostro me sonaba, pero con gran extrañeza por mi parte, ya que mi amnesia es muy selectiva, no pude reconocerla. No me dijo su nombre. Sólo me dijo que era normanda y que había vivido en un Carmelo. Es fácil de imaginar que ya no osé hacerle más preguntas. No sé por qué, la conversación se puso a girar en torno al presidente Mitterrand y su

futuro funeral.

—¿Estaba usted ya resuelto a hacer algo?

—No. Su decisión me entristecía, pero estaba resignado. ¿Qué podría haber hecho? ¿Qué quieren? Era inevitable. No se puede cambiar nada de ese tipo de cosas. Fue entonces cuando la chica joven me dijo con una sorprendente fuerza de convicción: «Tiene usted que impedir eso. En Roma verá usted al Papa. Le pedirá usted una carta para François Mitterrand». «¿Pero por qué?», le pregunté. «Santa Teresa del Niño Jesús lo quiere», me respondió. Iba a interrogarla pero, como el avión aterrizaba, la cosa acabó allí. Me bajé.

—¿Y la joven?

—Desapareció. Al día siguiente tuvo lugar mi exposición. Vi a los dos embajadores de Francia y a seis o siete cardenales. Todos me dijeron que el Papa no estaba visible. Estaba en Castel Gandolfo, tenía que cuidarse, el sínodo iba a empezar dos días después. Imposible verle. Tras la inauguración de la exposición, me hicieron visitar el lugar. Era un colegio como los miles que hay en Roma. El rector me guió y luego, en la capilla, me dijo: «Maestro, es usted la segunda celebridad francesa que visita este colegio. La anterior fue Teresa de Lisieux, la víspera del día en que vio al Papa». Qué cosa más curiosa, me dije. Al día siguiente, hice la visita de los cardenales franceses durante la mañana. Luego, por la tarde, después de la siesta, cuando estaba comiendo tres uvas y bebiendo dos dedos de vino blanco, una amiga vino a verme y me dijo: «Voy al rosario del Papa, en el patio San Dámaso. Todo el mundo puede entrar. ¿Viene usted conmigo?».

—¿Suele ir usted? —preguntó san Pedro.

—Claro que no. Escribí un libro sobre la Virgen Santa. Mi teología está a punto. Eso me basta. Nunca rezo el rosario. Y, sin embargo, incomprensiblemente, fui al rosario.

—¿A pesar de todo esperaba usted ver al Papa?

—Los cardenales me habían dicho que era imposible. Era evidente. Imposible. En fin, conoce usted mejor el Vaticano que yo. Total, no pensaba en ello.

—¿Y qué pasó?

—Vi al Papa. Era el uno de octubre, fiesta de santa Teresa de Lisieux. Le dije que

era el último filósofo cristiano francés.

—Le debió de gustar. ¿Qué respondió?

—Nada. Miraba a otra parte.

—¿Y entonces?

—Me acordé. Dije simplemente: «El presidente Mitterrand...». Me envolvió con una mirada cargada con los pecados del mundo. Se recogió, rezando intensamente. Y luego me bendijo, se dio la vuelta, se alejó. Entonces un cardenal me dio una carta, susurrándome estas palabras: «Del Santo Padre, para el presidente Mitterrand». Y me quedé allí, con mi carta, mis recuerdos y un deber que cumplir.

—¿Y entonces?

—Había que ir. Y fui.

—Nadie ha leído nunca esa carta.

—Es curioso, en efecto. Al volver hablé de esa carta con la persona que me acompañaba. Le dije que Francia era un país terrible. Una indiscreción increíble. Mis editores iban a forzarme. Era evidente. Total, era imposible esconder todo esto al *Match*.

—¿Entonces?

—Es inverosímil, perdí la carta. Estaba extremadamente fastidiado. De todas maneras, pedí una audiencia de media hora al presidente Mitterrand para contarle mi conversación con el Papa sobre él.

—¿Media hora?

—El Papa había sido muy denso. Había que explicitar su pensamiento sin traicionarlo. Total, fui convocado por Mitterrand.

DONDE SE CUENTA CÓMO CONVERSÉ CON EL PRESIDENTE MITTERRAND DE LOS TEMAS MÁS IMPORTANTES REFERENTES AL DESTINO DEL HOMBRE

Llegué al Elíseo. Ascensor, pasillos, un breve instante en la antecámara y el ujier me introdujo en el despacho presidencial, diciendo:

— «El señor Jean Guilton, de la Academia Francesa».

— ¿Y la carta? — me interrumpió san Pedro.

— Es inverosímil. No me crean si no quieren, pero al entrar en su despacho, en el momento de apretar la mano del presidente, la encontré.

— ¿Dónde estaba?

— Entre el pulgar y el índice de mi diestra.

— Increíble.

— Estoy de acuerdo

— ¿Qué hizo?

— La cambié de mano.

— ¿Cómo explica usted esta desaparición y esta reaparición?

— No me lo explico.

San Pedro miró a Teresa de Lisieux. Ésta miraba al Cielo. Entonces simplemente dijo:

— Prosiga.

Me encontraba yo, pues, en el despacho de François Mitterrand.

—Señor presidente —le dije—, enhorabuena. Nadie al verle le creería enfermo.

—Por desgracia, señor Guitton, está el ser y la apariencia.

—Realmente, parece estar en estado de gracia.

—El estado de gracia... Antaño conocía el significado de esas palabras. Hoy día ya no lo sé.

Y se quedó silencioso.

—Señor presidente, vuelvo de Roma. Vi al Papa. Hablamos de usted.

Mitterrand me miró. Se encerró. Frío, pareciendo hablar consigo mismo.

—Claro, estoy condenado... Además, estamos todos condenados...

Se volvió hacia mí.

—Usted también, señor Guitton, está condenado. Pero usted, el filósofo cristiano, ¿no está harto de vivir? ¿No tiene ganas de ir allí? Si cree en ello, tendrá ganas. Casi cien años de vida sin Dios debe ser un calvario para usted. ¿No se muere usted por no morir?

No supe responder más que con una risa nerviosa. Ya no sabía por qué había ido. Había olvidado la carta. De pronto me acordé de ella.

—El Papa me confió una carta dirigida a usted.

Mitterrand no mostró el mínimo signo de satisfacción, de asombro o de indiferencia.

—¿Una carta? —preguntó, con un tono admirablemente impenetrable.

—Sí —le respondí—. Aquí está.

Se la tendí. El presidente la cogió, la abrió, la leyó, la depositó con un amplio gesto sobre una mesa baja.

—Responderé —dijo—, a ese Johannes Paulus.

—¿Lo hizo? —preguntó san Pedro.

—Lo ignoro.

Hubo un silencio en el Cielo. En el Elíseo también hubo un silencio. Un poco el mismo tipo de silencio.

San Pedro preguntó:

— ¿Qué dijo además el presidente?

— Me resulta delicado relatarlo.

— Jean, debes decir toda la verdad.

— Pues bien —dije, incómodo—, dijo: «Cuando Green y usted hayan desaparecido, no habrá nadie más en la Academia Francesa».

Oí entonces, en el banco del jurado, a Claudel susurrándole a Ozanam: «¡Eso sí que es verdad!».

Prometo, sin embargo, que respondí a Mitterrand, y con voz sincera:

— ¡Bueno, señor presidente, seguro que quedarán otros! (Y añadí:) Usted podría haber sido uno de ellos.

— Literatura y política. Tenía dos vocaciones, como usted, creo.

— Para mí eran la pintura y la filosofía.

— Consiguió dedicarse a la una y a la otra. Le envidio.

— Señor presidente, éste es el catálogo de una exposición de pinturas que he hecho, en Roma, sobre el tema de *L'Amour pour le temps et l'éternité*.

— El tiempo y la eternidad...

— Hoy es su santo y tengo el placer de ofrecerle este catálogo como regalo.

Mitterrand sonrió.

Cogió el catálogo, miró la cubierta. El catálogo se abrió sobre una bella reproducción. Mitterrand la miró con atención, levantó los ojos.

— Es verdad —dijo—. Hoy estamos a 4 de octubre de 1994. San Francisco de Asís era mi santo patrón.

—¿En su casa se celebraban los cumpleaños o los santos?

—Los santos. Eramos siete hijos, chicas y chicos. Era bonito, esas grandes familias. Hoy día ya no se ven.

Añadió:

—Le agradezco el regalo. Es usted el Chagall católico.

Me miraba. Conseguí no sonrojarme de placer porque las comparaciones siempre me molestan un poco. Cambié de conversación.

—Realmente, señor presidente, está usted muy bien.

—Sin embargo, me acosté tarde, a causa de la emperatriz de Japón. Gracias por haber traído esta carta.

Tocó el timbre. El ujier reapareció. Nos levantamos los dos. Me acompañó hasta la puerta.

—Hasta pronto, señor presidente. O, más bien, adiós. A nuestra edad más vale decir adiós.

—Adiós, maestro.

Y, después de un rato:

—No, diga más bien: «Hasta pronto».

De pronto, en el umbral de la puerta, irguió el pecho y, con gran solemnidad:

—Señor Guitton —declaró—, me comprometo a ir a su casa, antes de final de año, para hablar de la muerte y de la eternidad.

Vino a verme, a mi domicilio, el 25 de noviembre de 1994. Mis piernas no andaban bien. Le esperé en mi despacho-salón, de pie, apoyado en mi bastón, en medio de la sala. Una mujer joven hizo pasar al presidente, lo anunció, le retiró el abrigo.

—Señor presidente —comencé—, me hace usted un gran honor.

—Entonces, devuélvame honor por honor, dejemos de lado toda mundanidad, hablemos de hombre a hombre.

—Se lo prometo. Entre usted y yo no habrá ni mentiras, ni evasivas, ni omisiones, ni palabras con doble sentido.

—Gracias, maestro. Y yo le prometo hacer lo mismo.

—Hable.

—Guitton, ¿por qué el infierno?

—Porque Dios es amor.

—¿No cambiará nunca, incorregible inventor de paradojas?

—No soy yo, fue Dante quien lo dijo.

—Que sea él o usted, sigue siendo una paradoja.

—Señor presidente, la realidad es ella misma paradójica. Dios es por excelencia el espíritu paradójico. Pero a él le es del todo natural ser paradójico. Seríamos más bien nosotros los que somos paradójicos respecto a él, con nuestro pensamiento ya hecho y sin paradoja.

—Pensamiento silencioso como un desierto, liso como un fregadero, llano como la mano. El infierno existiría, pues, porque Dios es amor... No digo que no. Explíqueme simplemente. No tengo prejuicios, ¿sabe usted?

—¿No tiene usted un ministro alérgico a Dios?

—Sin duda se refiere usted a Sarache. En él es una fobia, en efecto.

—¿Sarache querría ir al paraíso?

—De ninguna manera.

—Entonces, dígame lo que Dios puede hacer con él después de su muerte. ¿Meterle en el paraíso a la fuerza?

—Ese paraíso le sería infernal.

—Estoy de acuerdo.

—Existe el purgatorio.

—Uno no se queda. No es más que la antecámara del paraíso.

- Muy justo. Tampoco querría eso.
- Entonces, ¿qué puede hacer Dios?
- Aniquilarlo.
- Sin duda. Pero, ¿y si no es Su forma de actuar?
- Sin embargo, en algún sitio tendrá que meterlo.
- ¿Pero dónde?
- En otro lugar distinto del paraíso.
- Evidentemente. Dicho de otra manera, en el infierno.
- Entonces el infierno es: otro lugar distinto del paraíso.
- Exactamente.
- Pero no, Guitton. El infierno es más que eso. En el infierno uno sufre.
- ¿Pero de qué se sufre, señor presidente?
- ¡Vaya usted a saber! Del fuego, de los tridentes...
- ¡Folclore, señor presidente! ¡Folclore!
- ¿Cómo es eso, Guitton? ¿No cree usted en las penas del infierno?
- Claro que sí, señor presidente. Pero todos los teólogos le dirán que la pena primera del infierno es no estar en el paraíso.
- Pero acaba de decirme que Sarache sufriría al estar y me dice que sufrirá por no estar. Es absurdo.
- Absurdo como el pecado. Uno no quiere cometerlo, y lo comete. Uno lo sufre, pero uno lo goza. Uno querría no sufrirlo, pero bien que se abstiene uno de evitarlo.
- Es verdad que tal es la experiencia de la falta.
- Y así debe ser también la experiencia del infierno. El pecado es el infierno en la

temporalidad. El infierno es el pecado en la eternidad.

— ¿Pero por qué sufre uno más?

— Tal vez más, pero sobre todo de otra manera. Uno sufre definitivamente, eso es todo.

— Pero si uno sufre más, debe poder ponerse en movimiento, reflexionar y querer salir de allí.

— Todo eso supone tiempo. Ahora bien, en la eternidad uno ya no está en el tiempo y ya no es tiempo.

— Pues entonces, Guitton, uno está atrapado.

— No, pero sí realizado.

— ¿Y nuestra libertad?

— Consumada ella también.

— Entonces, según usted, ¿Sarache en el infierno tendrá libertad para estar allí?

— Sí.

— Pero no es libre de no estar.

— ¿Pero si no quiere estar en otro sitio y no hay más que dos lugares?

— Sin duda, pero él querría la felicidad absoluta en el infierno.

— Ése es el problema. Dios no quiere, Él quiere que la felicidad esté en el paraíso.

— Pero Sarache no está de acuerdo.

— Por eso Dios y él no pueden estar unidos. Y por eso existe el infierno.

— Pero Dios no tiene por qué hacer sufrir a este pobre Sarache, que no es más que un idiota. ¡Lo conozco! Siempre ha sido idiota.

— Si no es más que un idiota, señor presidente, no irá al infierno. La idiotez no es un pecado.

— ¿No le molesta pensar en todos los idiotas que habrá en el paraíso?

—Ése es otro problema, señor presidente.

—Tiene usted razón. Dígame por qué Dios hace sufrir a ese pobre Sarache.

—¡Pero si Dios no le quiere hacer sufrir! Al contrario, Dios quiere su felicidad absoluta. Sólo que Sarache no la quiere. Dice que no le ha pedido nada a Dios. ¿Qué quiere que haga Dios?

—Sarache no admite que Dios le haya pedido algo.

—Lo sé. Todos tenemos un Sarache en un cierto fondo de nosotros mismos. Sarache considera que Dios ha violado su libertad al crearlo sin su autorización y que Dios es un dictador por llegar al mundo sin haber obtenido previamente un voto favorable de la ONU.

—¿Y qué responde usted, Guitton?

—Que Dios es padre y que ningún padre pide autorización a sus hijos para darles el don de la vida.

—Es lo que escandaliza a Sarache. Le saca de sus casillas. ¿Sarache es absurdo?

—Tal vez. O más bien no. Todo se vuelve lógico si admitimos que Sarache querría ser Dios.

—Pero no es posible, lo sabe usted bien.

—Justamente, Sarache no admite que exista lo imposible.

—En suma, él querría ser todopoderoso.

—Usted lo dice.

—¡Y así, pues, querría ser Dios!

—Eso es.

—Y entonces el infierno es el panteón real de todos esos dioses imaginarios.

—Exactamente.

—Pero Sarache no para de hablar de la libertad. Entonces, cuando dice: «ser libre»...

—Piensa: «ser Dios».

—Nunca había visto las cosas así. Sarache me dijo un día que no quería que Dios fuese su felicidad absoluta.

—Pero Dios no puede dejar de ser la felicidad absoluta del hombre. Es como si le pidiese que dejase de ser Dios.

—Y es eso lo que le pide Sarache. Querría que Dios no fuese Dios, y hasta que Dios no fuese.

—¿Y quién sería Dios, entonces?

—Nadie. O Sarache, quizás. Digamos el hombre.

—En otros términos, Sarache sufre en el infierno el no encontrar la felicidad absoluta, pero goza en el infierno el poder afirmar su pretensión de gozar de una libertad absoluta. Y prefiere estar en el infierno a renunciar a su pretensión.

—Está muy claro. ¿Qué piensa usted, Guitton, de la libertad?

—Con frecuencia hablé de ella con Pablo VI. Pero, por seguir con Sarache, le diré que éste habla siempre de libertad individual. Lo apruebo. ¿Pero por qué Dios tendría que ser el único que tuviera que privarse de ella? Pobre Dios, que no tiene derecho a hablar, que no tiene derecho a pedir nada. Y cuando habla, le ponemos una cruz encima.

—O le colgamos de una cruz.

—Es lo mismo, señor presidente. Es lo mismo. Señor presidente, nos hemos prometido el uno al otro hablar sin mentiras, omisiones o dobles sentidos. Dígame, pues, si en un momento de su vida dejó o no dejó de creer por completo en lo que llamamos infierno.

Mitterrand reflexionó.

—No. En medio de mis faltas, siempre me quedó el pensamiento de que un día iba a morir, de que Dios me juzgaría y de que había un infierno para aquellos que hacían el mal.

—¿Así como un paraíso para aquellos que hacían el bien?

—En el paraíso no pensaba, pero sí en el infierno.

—¿Y este pensamiento no le detenía?

—No.

—¿No le estropeaba el placer?

—No realmente.

—Luis XIV era como usted.

—¿Cómo se sabe?

—Por las *Memorias* de Saint-Simon. Ahora reflexione bien antes de responder. ¿Hubiera venido usted a hablar conmigo si no le hubiese quedado en el fondo de la conciencia una cierta creencia en el infierno?

—¿Le respondo con franqueza?

—Evidentemente.

—No.

Me detuve, en suspenso. Proseguí:

—Y, sin embargo, no tiene usted miedo.

—No.

—Me pica la curiosidad por oírle sobre ese punto, porque yo sí tengo miedo. Pero concluyamos con lo precedente. Suponga que Dios procura aquí y ahora, por amor hacia usted, encontrarse con usted. Sin el pensamiento del infierno, usted no habría venido, el encuentro no habría tenido lugar. Luego el infierno ha servido al amor.

—En cierto modo...

—Señor presidente, dígame por qué no tiene miedo del infierno. Yo tengo miedo. Cuando era pequeño, me dijeron que no había que tener miedo a Dios, me enseñaron el temor del Señor: el temor de no amarle, el temor, por así decirlo, de apenarle. Y, sin embargo, siempre he recaído en el miedo. He vivido en el miedo. Me da miedo el Juicio. Es este miedo el que me impide amar a Dios.

—¿Cómo? ¿No ama usted a Dios?

—Me gustaría mucho amarlo.

—Sin embargo, está usted seguro que existe.

—Eso sí.

—¡Qué diversas son las almas! Me parece que si tuviera su alma y su filosofía amaría a Dios con todo mi ser.

—¿Por qué no tiene usted miedo?

—Creo que nunca tuve miedo de nada ni de nadie, ni en la tierra, ni en el Cielo.

—Por eso nació usted para ser rey, y lo fue.

—No le tengo miedo a Dios. No le tengo miedo al sufrimiento. Los castigos injustos no me asustan. Me rebelan. Los castigos justos no me asustan. Los apruebo. No me da miedo el sufrimiento eterno.

—¡Qué suerte tiene!

—Si Dios pudiese imaginar que vengo aquí por miedo a las llamas y a los tridentes, le dejaría plantado y me iría inmediatamente. Pero si existe, me conoce. Sabe que no le tengo miedo al castigo eterno.

—¿Entonces qué es lo que le da miedo, señor presidente?

—Haberlo merecido.

Pasó un ángel. Lancé:

—¿Por su política?

—Mi política... Soy el único en el mundo que sabe su significado. Nadie ha podido conocer mi secreto. Sé lo que he querido hacer. Sé lo que he hecho, lo que no he hecho, lo que me han forzado a hacer o a sufrir. Me gusta mi política. La defenderé delante de Dios. Pero no es mi política la que está en cuestión. Soy yo.

—¿No lamenta nada de su política?

—Le repito que no se trata de ella. Sino de mí.

—¿De usted? ¿No de política? ¿No de moral?

—Es más profundo que la moral y que la política.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De Dios y de mí.

—Creo comprender. Un día, cuando era joven, Dios me condujo al desierto. Allí me dijo: «Jean, tienes que desaparecer».

Mitterrand se extrañó.

—¿Qué quiere decir desaparecer?

—No lo sé. Monje en el fondo de un monasterio o barrendero en Palestina, como el conde de Foucauld, o alguna otra cosa imprevisible. No lo sé. Dios, Él sabía. Me lo habría dicho.

—¿Qué hizo usted?

—No desaparecí. Dejé escapar la felicidad.

—Pero lo ha tenido todo, Guitton, todo.

—Todo. Menos la felicidad.

—¿Pero si hubiese desaparecido? ¡Qué pérdida! Dios no podía querer eso.

—Era el sacrificio de Abraham, señor presidente. Dios sabía bien para qué me había hecho. Me habría hecho resurgir pronto y todo hubiera sido igual. Estaba a esto de alcanzar la felicidad.

—¿Es esto, Dios y usted?

—Es esto, señor presidente

—Entonces, sí me comprende.

Nos dimos la mano, sin mediar palabra. Luego Mitterrand prosiguió, sin expresar la más mínima emoción:

—Guitton, ¿qué es la moral?

—Entre nosotros: una cosa triste.

—¿Cómo puede ser, Guitton? ¿Está usted contra la moral?

—La moral es una condición previa, un simple acompañamiento, una consecuencia. Es una repercusión de algo más importante, que la supera y que vale más que ella. La vida.

—La verdadera vida, supongo.

—Sí, señor presidente, la mística.

—¿La búsqueda del Absoluto?

—La vida en Dios.

—Pero entonces, ¿la moral?

—Un arte de vivir feliz, como hombre o mujer que busca la verdadera vida. Es la estructura de vida que permite el desarrollo de la vida.

—Entre usted y yo, Guitton, ¿puede usted fundamentar la moral?

—Señor presidente, ¿puede usted derribarla?

—Me va a citar la frase de Dostoyevski: «Si Dios no existe, todo está permitido».

—No me gusta mucho. Dios no tiene la función de fabricar lo prohibido.

—Su respuesta me agrada. La frase de Dostoyevski siempre me ha hecho dudar de Dios, como si fuera una invención de los autoritarios.

—Señor presidente, ¿no es usted autoritario?

—Obtuve la autoridad gracias al apoyo de los enemigos del principio de autoridad.

—Dejémoslo pues. ¿Puede usted sostener hasta el final que todo estaría permitido en el absoluto? ¿El infanticidio, el genocidio, la violación, el egoísmo monstruoso, la injusticia que grita venganza al Cielo? ¿Lo puede? ¿Lo quiere? ¿Lo piensa?

—No.

—¿Lo dice por miedo a la opinión?

—No, no y no.

—¿Dice usted tres veces «no» con o sin convicción?

—Con. Los actos que ha citado, Guitton, me parecen absolutamente malos, aun cuando no hubiese ningún Estado y ningún Dios para prohibirlos y castigarlos.

—Pero cuando dice usted: «Y ningún Dios», ¿no siente usted una especie de contradicción? ¿No diría usted más bien: «si, por imposible que parezca, no hubiera ni Estado, ni Dios para castigarlos»?

—No lo sé bien. Digo que esos juicios de valor son absolutamente verdaderos. De eso estoy seguro. Eso es todo.

—Vincula, pues, su vida con algo absolutamente verdadero que concierne al bien.

—Sí. Pero me pregunto cuál es ese absoluto.

—¿Qué opina usted?

—Como mínimo, un imperativo categórico proveniente de no se sabe dónde.

—Respuesta prudente y hasta cierto punto razonable. Pero, según creo, habría que añadir: «con todo lo que un imperativo categórico semejante postula».

—Kant habló de esos postulados. Recuérdele qué decían.

—Se lo explicaré, sazonado a mi manera. Ya sabe usted, señor presidente, que no puedo evitar guittonizar todo lo que toco.

—Como yo, que he mitterranizado todos los partidos que cayeron en mis manos. A ver esos postulados.

—Postulado n° 1: libertad de la voluntad.

—Lo admito, de lo contrario no tendría sentido que estuviésemos obligados. Una marioneta no está obligada. ¿Pero no es una simple impresión de obligación?

—Señor presidente, me dijo usted que no podía creer eso hasta el fondo y que nadie lo creía. ¿Quiere que volvamos sobre ese punto?

—No. Adelante.

—Postulado nº 2: espiritualidad del alma, de lo contrario entraríamos de nuevo por entero en el determinismo universal.

—Y volveríamos de nuevo a la no libertad, anteriormente recusada.

—Postulado nº 3: inmortalidad del alma.

—Reconozco que llega a ser probable, a partir del momento en que se admite la trascendencia de la libertad respecto al universo, al cuerpo y a la sociedad.

—Postulado nº 4: existencia de un Espíritu eterno, del cual emana este imperativo, no como una coacción abstracta, sino como una llamada personal.

—Todo esto lo comprendo. ¿Es invención de Kant?

—Más o menos. Lo he transformado un poco.

—Seguramente está mejor así. Nunca me ha gustado Prusia. ¿Le gusta Prusia a usted? (Hice un pequeño gesto evasivo.) En fin, con Prusia o no, estoy de acuerdo con todos estos postulados. Pero me gusta bastante Alemania. ¿Le gusta Alemania, Guitton? (Hice otro pequeño gesto evasivo.) De acuerdo con los postulados.

—¿Está usted realmente de acuerdo, señor presidente, o más bien le tiene usted miedo al sinsentido que resultaría de la otra respuesta?

—Ya le dije que nada me da miedo. Si la vida no valiese absolutamente nada, siempre estaríamos a tiempo para salir de ella. Pero nos quedamos. Me quedo. Creo en ella. La quiero.

—Si quiere a la vida, no puede usted odiar a Dios, que es el autor de la vida. Señor presidente, ¿qué quiere usted que yo le enseñe? Usted lo sabe todo.

—Sé todo lo que quiero creer y no puedo creer nada. Por eso vine a verle.

—¿Pero si lo cree usted con convicción?

—Lo creo firmemente y con una tendencia invencible a no creerlo. Esa tendencia me lleva hasta la certeza de la nada. ¿Hay forma de quitarme este mal?

—Señor presidente, me pide usted demasiado. No soy más que un idiota.

—Sí, como Sócrates o el Vicario saboyano. Ese tipo de idiotez no la tiene todo el mundo. Es la razón por la cual me gusta escucharle.

—Sobre este tema, ¿qué dicen los electores?

—Que la moral siempre les molesta, hasta cierto punto. Hasta ese punto, quieren ser amorales o ser libres para ser inmorales o poder negar la moral. Pero a partir de ese cierto punto, no obstante, sienten que necesitan una moral. Puesta la suya en tela de juicio, retroceden horrorizados. Han visto el abismo de una vida humana que ninguna otra ley absoluta controlaba. Este abismo les da miedo y, sobre todo, no les parece verosímil. Son, pues, incapaces de creer en la moral hasta cierto punto e incapaces de no creer en ella, a partir de ese cierto punto. Tales son mis electores.

—No son tontos. No lo haríamos mucho mejor un lunes en el Instituto.

—Estoy de acuerdo con usted, Guitton. Precisamente por eso la democracia tampoco es tonta. Pero, Guitton, ¿puede usted fundamentar la moral?

—¿No lo hemos hecho?

—Por desgracia, maestro, no puedo impedirme recaer en mis dudas.

—Señor presidente, no soy más que un pobre hombre. Abandonado únicamente a mis luces, yo no sé qué hacer ni dónde ir. Estoy perdido en la vida. Pero en este estado de desamparo, veo que puedo escoger entre dos formas de vivir. Puedo o utilizar a los demás o servirles. Y si decido utilizarlos, puedo escoger entre dos actitudes: bien utilizarlos con violencia, bien utilizarlos con astucia, con racionalidad, comercialmente. En este último caso, decido dejarme utilizar por aquellos que podré utilizar. Así es la vida de simple egoísmo. Pero si decido servirles, me parece que voy a olvidarme de mí mismo, a comprometerme en ese servicio, y a intensificarlo hasta el don de mí mismo que será el alma. Esta alma se construirá un cuerpo. Este cuerpo tendrá la forma de una existencia moral. Esta existencia excluirá forzosamente ciertas acciones y llamará a otras. ¿Hay que entrar en detalles?

—Está bastante claro por sí solo. ¿Pero por qué vivir así y no de otra manera? ¿Qué es lo que prueba que esta forma es mejor?

—No lo sé.

Mitterrand reflexionó, antes de atacar:

—En ese caso, Guitton, no tiene usted razón

—Sí. Ya que no tengo la opción de no tener opción. Tengo que escoger, de hecho, entre dos formas de vida. Tengo que decir: «Serviré», o decir: «Utilizaré». Ya que no puedo vivir más que utilizando o sirviendo. *Tertium non datur*¹.

—¿Y entonces?

—Ante la duda, ¿de qué me voy a abstener?

—Adivino por dónde va.

—Nos comprendemos siempre con medias palabras.

—Es por eso por lo que nos entendemos bien. ¿Pero no cree que sería bueno explicitarlo? La intuición puede engañar. Lo que está en juego es importante. Tenemos que estar seguros.

—Supongamos, señor presidente, que me hubiese ido a cazar jabalíes con un amigo. Al rato lo pierdo de vista. De pronto, oigo ruidos en la maleza. Parece un jabalí. Pero no sale. Se aleja. Qué le vamos a hacer. Apunto, voy a tirar.

—¡No tire, desgraciado! ¡Mire que si fuera el amigo... !

—Pero si fuera un jabalí, ¡qué pena!

—Sí, y si fuera el amigo, ¡qué tragedia!

—Señor presidente, vea usted el porqué de la moral.

—Sí, por si fuera el amigo.

—Cuando uno no sabe cuál es el camino verdadero, el buen camino es a la fuerza el verdadero. Por eso, de la ausencia de razón surge una razón que es todo lo que hay de razonable.

—A esto lo llamarán el argumento de Guitton.

—Me hace usted un gran honor, señor presidente. No es tan original. En tiempos de san Alfonso, se hablaba de tutorismo.

—¿San Alfonso de Nápoles?

—Sí, se llamaba de Ligorio. Pero vivía en Nápoles, en el siglo XVIII.

—Pero supongamos, Guitton, que el alma sea mortal. Nos habrían timado.

—Señor presidente, me da usted la respuesta del libertino en el argumento de Pascal. Sin embargo, no es lo mismo. En el argumento de Pascal, uno escoge, entre dos hipótesis, la que es más ventajosa, sin saber cuál es la verdadera, ni siquiera la más moral, calculando lo mejor posible su interés en cada caso en función de las ganancias esperadas y de los riesgos corridos. Y uno siempre puede preguntarse si, después de todo, no vale más la pena jugar al otro número. Pero aquí se trata de otra cosa. Uno escoge entre dos tipos de vida, el servicio y la utilización, sin querer demostrar cuál es el mejor en sí, ya que no se puede saber, por hipótesis, pero no sin preguntar cuál es de todas maneras el mejor para uno. El principio, aquí, es la duda. Es en el seno de esa duda donde uno quiere ser moral. Señor presidente, ¿escogería usted ser cínicamente malo, si estuviese razonablemente seguro del absoluto moral y de los postulados?

—Espero que no, Guitton.

—Sería en efecto una tontería, una perversidad, una debilidad culpable. Podríamos caer, sin duda, pero no aprobar nosotros mismos el haber caído.

—Guitton, ¿y si estuviese usted razonablemente seguro del sinsentido: de la no libertad, de la no inmortalidad, de la no moralidad, etc.?

—Dígame antes, señor presidente, qué haría usted.

—Creo que viviría en la indiferencia hacia todas las cosas y que, en una tan profunda y tranquila desesperanza, me inclinaría más bien por la piedad que por la pasión. Renunciaría a actuar, a luchar, a conquistar. Y preferiría más actuar según la moral del servicio. O en caso contrario, si fuera coherente, tendría que volverme fascista, escoger la crueldad frente a la piedad, gozar de todo lo que hace daño y gozar haciendo el mal gozando de decir que no es el mal, ya que no hay ni bien ni mal.

—¿Ha pensado en ello, señor presidente?

—Un poco. En mi juventud, durante la Segunda Guerra Mundial, al principio. La sangre, la voluptuosidad y la muerte. El poder y la crueldad. El hombre fuerte y libre de todo. Dejarse llevar por los grandes torbellinos desencadenados de la Vida universal y gritar en la espuma del mar, heroico frente al Destino.

—Ya veo, señor presidente, ya veo: en alguna parte entre Barrès y Wagner. ¿Y cuándo dejó usted de pensar en ello?

—A principios del 43, Guitton. Después de Estalingrado.

—Es usted de una rara franqueza, señor presidente. ¿Piensa usted que se ha equivocado o que ha tenido razón al no pensar más en ello? Quiero decir: filosóficamente equivocado o filosóficamente con razón?

—Con razón, Guitton.

—¿Por qué?

—Este punto no es problema para mí. Hagámosle caso omiso, se lo ruego.

—Como usted guste. Fíjese usted, señor presidente: haya o no haya una moral absoluta, es más razonable actuar según lo que debe ser semejante moral absoluta, si hay una.

—Entonces, Guitton, ¿por qué hacemos tantas preguntas?

—Porque no ponemos nunca nuestras dudas en tela de juicio. Dudamos de la moral, nos parece falsa. Si dudamos también de esa duda, no dudaríamos más de nuestro deber. Seamos más críticos, estaremos más seguros. Dudemos más aún y nos volveremos totalmente seguros.

Me daba gusto revivir nuestra charla. Mitterrand la revivía al mismo tiempo que yo. Por poco me olvido de mi propia situación y, si no fuera por el respeto que les debo, lo mismo se podría haber dicho de los miembros del tribunal celestial. Todos estaban pendientes de mis labios. El Ángel Fiscal estaba escandalizado. En cuanto a mí, sentía un ligero mareo. Me hubiera gustado abreviar toda esa historia de Mitterrand. Era de mí de quien había que hablar, no de él. ¿No era mi alma la que se juzgaba? Pero estaba atrapado en un engranaje. Imposible pararme. Había que ir hasta el final.

—Para mí —decía el presidente—, la moral es disminuir el sufrimiento del prójimo.

—Según creo —dije—, hay dos maneras de disminuir el sufrimiento.

—¿Cuáles?

—La primera es la analgesia. La segunda es encontrarle un sentido.

— ¡No me diga jamás, Guitton, que el sufrimiento tiene sentido! ¡No me lo diga jamás!

— ¿Se empeña usted a toda costa en que no tenga sentido?

— A toda costa.

— ¿Se empeña usted a toda costa en sufrir más?

— Otra vez una paradoja.

— Creer que un sufrimiento tiene un sentido es creer que es, si se puede decir así, un medio para un fin.

— No lo admito.

— Muy bien. Pero confiese que se soporta más fácilmente un dolor cuando uno lo cree útil. Cuando va al dentista o ingresa en una clínica, se prepara uno a vivir un cierto sufrimiento, pero también tiene conciencia de no sufrir en vano. Suponga que está usted obligado a ir al dentista, o a ingresar en una clínica, sin comprender ni antes ni después nada de lo que le pasa, sin tener ni idea de la razón de ser del dentista o del cirujano. ¿No le parecería a usted mucho más penoso el mismo dolor físico?

— Lo reconozco, Guitton, ¿pero es lo mismo?

— Señor presidente, se lo pregunto a usted.

— Ya no sé nada. Sufro tanto. No admito este sufrimiento.

— Si el sufrimiento no tiene sentido, uno se dice que sufre por nada. Y no sólo sufrimos por el sufrimiento, sino por lo absurdo del sufrimiento.

— ¿Pero y si es absurdo pensar que el sufrimiento podría no ser absurdo?

— ¡Pues bien! Si está seguro, sufre usted más, eso es todo.

— Pero, a pesar de todo, no voy a decir que tiene un sentido simplemente para sufrir un poco menos.

— Señor presidente, si lo dice es que habrá pensado que es verdad.

— Sarache me repitió cien veces que el sentido del sufrimiento es un invento de

los curas para calmar a los desdichados.

—Señor presidente, rico o pobre, poderoso o no, todo el mundo sufre antes o después a lo largo de su vida.

—¡Ay!, mi querido amigo, a quién se lo dice usted...

—Me gusta mucho Descartes, a pesar de la pesadez de su estilo.

Me levanté, fui a coger un libro de una estantería, lo abrí en un lugar marcado, y leí:

—«*Mi tercera máxima era la de intentar vencerme a mí mejor que a la fortuna y cambiar mis deseos mejor que el orden del mundo; y generalmente la de acostumbrarme a creer que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros pensamientos, de manera que hemos hecho lo que hemos podido en cuanto a las cosas que nos son externas y todo lo que nos falta por conseguir es a nuestro modo de ver absolutamente imposible. Y sólo esto ya me parecía suficiente para impedirme desear en el futuro todo aquello que no adquiriese y, así, hacerme feliz*».

—¿Es ésta su filosofía?

—Señor presidente, ¿no es también la suya?

Creía que había terminado con Mitterrand, cuando éste intervino.

—San Pedro, Guitton también me habló de la libertad de una manera muy sugestiva.

—Me sorprende usted —respondió el apóstol.

—San Pedro, no hablo de libertad política. Hablo del libre arbitrio, de la libertad del querer. En política, Guitton es muy ambiguo, social y maquiavélico, liberal y reaccionario. Es un táctico fino y un visionario poderoso. Entre nosotros: no ve con claridad. Yo era igual. Guitton creyó en la victoria de Alemania durante la guerra mundial, en la de los rusos hasta 1992, pensaba que De Gaulle no volvería nunca al poder, etc. En esto también somos muy parecidos.

—¿Cómo lo explica usted?

—Por un mismo defecto de visión moral en política. Esa inmoralidad nos impidió ser clarividentes.

—Interesante —le dijo san Pedro—. Volvamos al libre arbitrio. ¿Qué pregunta le hizo usted a Guitton?

Así fue cómo durante el drama de mi muerte, de mi funeral y de mi juicio, Mitterrand estaba una vez más haciendo el cuco. En él es una segunda naturaleza. Me parasitaba. Me robaba el protagonismo. Y Teresa le dejaba hacer. Así, pues, Mitterrand se puso a relatar el final de nuestra conversación.

—Guitton, ¿somos libres?

—Señor presidente, ¿es usted libre?

—¿Soy yo libre?

—Es una buena pregunta. ¿Qué respuesta da usted?

—No lo sé. Me parece que lo soy y, sin embargo, tengo tendencia a dudarlo.

—¿Por qué?

—Siempre he creído en mi destino, Guitton. Desde niño, creía que gobernaría Francia. Creía en un sentido preciso: estaba seguro y era como una evidencia íntima. No era ni un sueño de niño, ni un deseo de adolescente, ni el plan de vida de un hombre ambicioso. Era mi destino.

—¿Cuántos niños han tenido ese sueño? ¿Cuántos hombres han acariciado ese proyecto?

—Sí, Guitton, ¿pero cuántos han *creído* en el sueño? ¿Cuántos han mantenido su proyecto? Se ponen manos a la obra y luego miran hacia atrás. Prueba de que no estaban hechos para la Idea que venía de arriba.

—Sin embargo, la Idea los acarició.

—No los acarició, Guitton. Los rozó, y luego los abandonó. Su materia era refractaria y la Idea no pudo informarla. Su querer era del formato de alguna idea menos sublime y en ella se quedaron enmarcados.

—Su querer, señor presidente, era rebelde a todo menos a la Idea del primer rango. A todos los que la reciben, les da el poder de representar lo que es.

—Yo era así, Guitton. ¿Eso era orgullo?

—No, señor presidente. La materia llama a la forma. A veces la forma viene de arriba. O más bien la Idea viene de arriba a suscitar la forma en la materia.

—¿Y los que lo consiguen sin que se les dé?

—Su forma regia es artificial.

—¿Y aquellos que, teniendo una verdadera vocación, se realizan y hacen el mal? ¿Qué piensa usted, Guitton?

—Traicionan la vocación y se vuelven plagas de Dios.

—¿Por qué Dios acepta que los pueblos estén afligidos por semejantes plagas?

—Usted y yo lo vamos a saber, señor presidente. El sentido de la historia se lee sólo en el otro lado.

—Guitton, ¿por qué uno puede tener el alma regia y fracasar en la vocación? ¿Era el destino?

—¿Sería el pecado, señor presidente?

—Estamos diciendo disparates. Guitton, todas estas ideas de la vocación no son más que sueños de infancia. Nuestras ambiciones no son ni el reflejo de nuestras capacidades, como prueban tantas mediocridades sedientas de ascender. ¡Si supiera a cuántos he condecorado!

—La sabiduría, señor presidente, no es más que una justificación de la infancia. La infancia tenía razón. La edad adulta es una aventura o no es más que una caída. Los labios y los dientes revelan al ambicioso. La vocación está en la mirada. La ambición es una inquietud. La vocación es una espera. La ambición es un miedo. La vocación una alegría. La ambición calcula y falla y el éxito es el más estrepitoso de todos sus fracasos. La vocación se abandona y todo le es dado. Señor presidente, ¿tenía usted una ambición o tenía usted una vocación?

—Las dos.

—¿Cuál siguió?

—Las dos.

—¿Qué le hubiera gustado seguir?

—Mi vocación. Mi vocación... ¿Destino o vocación? ¿Cómo saber, Guitton, qué palabra le conviene?

—Acuérdese y lo sabrá.

—No he tenido la impresión de escoger jamás. Guitton, fui donde me parecía que debía ir. Cualquier fracaso reforzaba esa certeza íntima. En mis rivales veía antes que nada a intrusos y a impúdicos. Cualquier oposición me parecía extraña y contraria al decreto del Cielo. Cuando se cumplió, me pareció a la vez milagroso y normal. No me sorprendió. Elevado a la presidencia, me pareció ocupar un sitio preparado para mí.

—Veo que es usted casi tan demócrata como yo.

—Soy demócrata, pero como lo fue Pericles. Para mí, la elección del pueblo vino a confirmar una elección de arriba. Es lo más bonito que hay en la democracia.

—¿El pueblo y Dios están siempre de acuerdo?

—A veces sí, a veces no, Guitton. Generalmente el pueblo no lo sabe, pero a veces lo siente.

—¿Quién puede saberlo, señor presidente?

—Pompidou lo consiguió. Giscard lo logró. Pero a De Gaulle y a mí se nos dio. Ahí está la diferencia.

—Chirac será derrotado sin duda.

—Desengáñese, Guitton. Será elegido.

—¿Se lo darán?

—No sé nada —respondió el presidente—. Una vez que haya llegado, podrá ocurrirle accidentalmente. Pero volvamos a la libertad. ¿Es uno libre cuando le dan las cosas?

—Usted lo quería. ¿Por qué lo quería si era fatal.

—Que lo que tiene que ser sea sólo si lo queremos.

—Señor presidente, todo viene a coordinarse con el deseo conforme al decreto de arriba. Las diversas series causales nos parecen independientes. Pero son

otros tantos hilos que vienen a unirse todos ellos a la sabiduría omnicomprendible de la Primera Causa. Como el conductor del carro sujeta las riendas de todos sus corceles entre sus manos, así Dios coordina todas las causas. Y así es como *tiene en la mano las riendas de todos los imperios*, de todos los reinos y de todas las repúblicas que fueron, que son y que serán.

—¿Y la suerte?

—Lo que llamamos suerte o *baraka* es la sorprendente forma que toma para nosotros la coordinación superior de series causales aparentemente no coordinadas.

—¿Y el sentimiento de su elección?

—Es el instinto de la misión.

—¿Cómo saber si uno tiene la misión de hacer algo?

—Porque uno sufre mucho, señor presidente, antes de encontrar su vocación.

—¡Qué orgullo, Guitton, creerse llamado!

—¡Qué impotencia, señor presidente, no creerlo ya!

—Así, pues, Guitton, ¿los humildes no tienen una misión?

—Cada hombre tiene su misión, ya sea humilde, ya sea gloriosa. El más grande no es el más alto, es el más fiel al Espíritu de Dios. Los ambiciosos vulgares han traicionado su humilde misión y se han metido sin vocación en ideas de grandeza.

—Ese tipo de ideas, Guitton, horroriza a los racionalistas, inquieta a los demócratas y escandaliza a los laicistas. Me imagino a Sarache, si nos oyese.

—Señor presidente, si Dios no está por encima del pueblo, es el pueblo quien se convierte en Dios, la ley humana en voluntad de Dios, el derecho humano en derecho divino. La libertad de pensar de forma distinta a la opinión pública se vuelve idéntica a la blasfemia. No hay entonces ni democracia, ni libertad, ni laicidad.

—Es la conclusión a la que he llegado, más o menos, en estos últimos tiempos. Para ser un ciudadano libre y firmar un pacto social, uno tiene que haber hecho previamente un juramento de fidelidad y obediencia a un poder absoluto y

justo, el único que puede relativizar los poderes humanos. Pero dejemos estos temas. Usted y yo, maestro, estamos más muertos que vivos. Hemos de pensar en la eternidad. Y es la razón por la cual le interrogo de nuevo sobre la libertad.

—¿No me ha respondido usted ya?

—Maestro, ¿cómo distinguir todos los significados de la palabra libertad?

—Inténtelo, señor presidente.

—En un primer lugar está la libertad política.

—De acuerdo. A usted le toca intentar dar su definición.

—Yo diría: un cierto grado de independencia de un poder humano con respecto a otro poder.

—El poder llamado libre puede entonces desplegar sus poderes y hacer aquello que le venga en gana, con razón o sin razón. El poder llamado libre es entonces la causa de sus operaciones y de sus obras.

—¿Pero cómo pasa uno de la libertad política a la libertad personal?

—Por una profundización del significado de la palabra causa. Ya no se trata de producir materialmente un efecto, como cuando uno aplasta por descuido el pie de alguien. Se trata de ser, en nuestro yo y por nuestro yo, la causa de nuestros actos y de nuestras decisiones.

—Sin duda, maestro, pero todo el problema de la libertad consiste en preguntarse si la creencia en semejante poder del yo no es una ilusión.

—Cuando creemos que un hombre es realmente la causa de sus actos y de las consecuencias que resultan le llamamos responsable.

—Estoy de acuerdo, Guitton. La libertad, en el fondo, se define por la responsabilidad. Ser responsable de una acción es ser el autor humano principal. Éste es el significado primero. Pero la responsabilidad se define, inversamente, por la libertad, que es la capacidad que tiene nuestro yo de ser responsable. Los dos conceptos forman un todo. La libertad es un poder de responsabilidad. La responsabilidad es una libertad en acto. ¿Le he comprendido bien?

—De maravilla, señor presidente. La libertad-responsabilidad es una especie de fecundidad de nuestro ser espiritual, que se desarrollaría dentro y fuera de él en

decisiones y en obras. Nuestro yo no existe más que para unirse con el Ser, la Verdad, el Bien. La libertad expresa esta unión, como una obra de arte.

—¿No es una concepción demasiado estética de la libertad? Uno tiene la impresión al escucharle, maestro, de que el yo no hace más que crecer, como una azucena o un nenúfar.

—Este reproche, señor presidente, se le hizo hace ya tiempo a Henri Bergson, mi maestro.

—¿Y qué responde usted?

—La acción libre se manifiesta a partir del genio del yo, de su amor fundamental y de su intuición primera. Esto es verdad. Pero también es verdad que el yo consiente. La libertad se encuentra también en ese consentimiento.

—Guitton, ¿uno puede rechazar ese consentimiento?

—Sí, tanto para bien como para mal.

—¿No es siempre bueno consentir a la llamada del corazón?

—Sí, si la pasión no ha subvertido la llamada.

—¿Está usted en contra de la pasión?

—No, si vive en y para la fidelidad a la llamada.

Mitterrand hizo una pausa. Recordaba su perplejidad. El tribunal seguía impasible. El presidente prosiguió:

—Uno siempre se pregunta, Guitton, si el que ha tomado la decisión era realmente un poder independiente. ¿Es realmente este hombre causa de su propia decisión? ¿O la decisión es simplemente el efecto de una serie de causas, de las cuales el hombre llamado causa no sería más que el lugar de encuentro y de combinación, fortuita o necesaria?

—Vamos a orientarnos. Concebimos lo que sería una libertad total. Sería el poder de empezar absolutamente una serie causal. En suma, una causa absolutamente primera de efectos de los cuales sería la causa adecuada, es decir, completa.

—¡Pero la libertad es precisamente eso!

- Semejante libertad, señor presidente, me parece más divina que humana.
- Es verdad. Sin embargo, se pretende haber refutado la libertad porque se han demostrado los condicionamientos biológicos, sociológicos o psicológicos.
- Cuando se hace eso, lo único que se ha demostrado es que el hombre no tiene una libertad tan absoluta como la de Dios. Lo que deja abierta la cuestión de saber si el hombre posee o no una libertad de hombre. Ahora bien, me parece que es sobre ella sobre lo que nos preguntamos.
- Guitton, una libertad que no fuese total no nos interesaría. Una libertad puramente humana no interesa a los hombres.
- Aristóteles decía que una vida puramente mortal no tenía nada que interesase a un mortal. ¿Pero significa esto que quiere ser usted Dios?
- No he dicho eso. Mi opinión es bastante diferente. No digo que querría ser Dios. Me pregunto lo que puede significar ser libre si uno no es Dios.
- Todos querríamos alcanzar una libertad absoluta. Pero la cuestión es saber si se trata de imaginar que somos Dios, o si se trata de participar de alguna manera de la libertad absoluta de Dios.
- Para ello haría falta que Dios nos hiciera partícipes de su propia naturaleza.
- En esto consiste nuestra fe.
- Semejante libertad absoluta, Guitton, sería de hecho una obediencia absoluta.
- Podemos darle la vuelta a la proposición. Semejante obediencia absoluta sería una libertad absoluta.
- No me gusta nada la obediencia, aun cuando fuera de oro puro.
- Es más que de oro puro, señor presidente. Recuerdo haber leído en algún sitio —en san Juan de la Cruz, me parece— que cuando el alma está perfectamente unida a Dios, es ora Dios ora el alma quien manda. Mandar sobre Dios, ¿no es algo prodigioso?
- En efecto. Pero, de todas maneras, obedecer...
- La libertad consiste en ser absolutamente independiente de todo. Sólo Dios es así. Luego la única manera de ser libre es estar perfectamente unido a Dios. Es

geometría, señor presidente. Llame a esta unión perfecta obediencia, si lo desea. Me parece que la obediencia o la perfecta armonización de la voluntad del hombre con la voluntad de Dios no es más que el principio de una unión aún más sustancial donde el ser mismo del hombre estaría como agarrado al ser mismo de Dios.

—Pero eso es panteísmo, ¿no?

—No me parece, señor presidente. Es la perfección del amor. Lo que los místicos cristianos llaman matrimonio espiritual entre el alma y Dios.

—¿Y qué es la obediencia, a este nivel?

—Imitar a Dios. ¿La libertad es la nada?

—Pero obedecer... ¿Le gusta obedecer, Guitton? ¿Tiene usted el alma servil?

—¿Le gustaría yo a usted si fuera ése el caso?

—No es suficiente respuesta, Guitton.

—Un ser razonable no es un siervo cuando obedece, pero lo es cuando no obedece razonablemente. Ser razonable es pensar en verdad.

—¿Qué es la verdad?

—Lo que resiste a la duda y sale de ella.

—¿Cuál es el fondo de la razón?

—La oración.

—Pero, maestro, ¿no es la razón más bien un poder de construcción de objetos según unas leyes autónomas del espíritu humano? La verdad sería entonces la adecuación de los objetos a las leyes del espíritu humano.

—Si así fuera, Sarache tendría razón. El espíritu humano sería, en el fondo, el espíritu divino. ¿Cree usted que esto puede ser así?

—No. Porque sufro y no he hecho el bien que quise hacer.

—Entonces, ¿por qué no obedecer, señor presidente?

—Por qué no, en efecto...

El auditorio estaba pendiente de los labios de Mitterrand. Yo estaba que rabiaba. Todos esperaban ver adónde quería llegar el presidente. Me hacía decir:

—Si queremos una libertad absoluta, nos hace falta una unión perfecta con la Realidad absoluta. Esto implica una obediencia perfecta, que también es una libertad perfecta y especialmente una libertad intelectual perfecta.

—Maestro, nos hemos situado demasiado en lo absoluto. Aún no veo lo que puede significar ser libre.

—Todo ser humano aspira a una libertad absoluta. Hemos buscado lo que eso podía significar.

—Y pretende usted que, a no ser que estemos prosternados ante el poder absoluto de Dios, no sabríamos ser libres.

—Señor presidente, me está usted provocando.

—¿Y la infalibilidad del Papa? ¿Es la libertad del intelecto? ¿Y la Inquisición? ¿Es la libertad religiosa?

—Señor presidente, hablemos de todo ello si quiere. ¿Pero cree usted que es ése nuestro tema?

—No. Nos estamos atascando en las rodadas de Sarache. Ya es hora de hablar de la libertad humana. ¿Por qué hemos hablado de la perfección y de la libertad divina?

—Pues porque todo el mundo habla y piensa sólo sobre ello. En caso contrario, ¿daría la obediencia tantos problemas? Sería la cosa más sencilla que hay. ¿Obedecer? ¡Qué cosa más trivial! Pero claro, queremos la perfección de la libertad, y comienzan las dificultades.

—Debe ser eso. Al menos hay algo de eso. Entonces, ¿qué es ser libre para un ser humano? Avancemos, Guitton, o moriremos en nuestra ignorancia. Habló usted de razón y de verdad. ¿Ser libre es ser razonable y actuar razonablemente?

—Ésa era la idea de Kant.

—¿Qué opina usted, Guitton? O mejor recuérdeme antes lo esencial.

—En dos palabras, señor presidente, Kant estimaba que el hombre era libre cuando era la causa de su acto.

—¿No está usted de acuerdo?

—No la *única* causa.

—Es verdad, Guitton. Está Dios, y volvemos a la predestinación, a la vocación, a todo aquello por lo que hemos comenzado... Luego ser libre, dice usted, es ser causa.

—Sí, señor presidente, pero ser causa por el fondo mismo de nuestro ser espiritual. Es Kant quien lo dice.

—¿No está de acuerdo?

—Claro que sí. En parte. Pero queda por precisar cuál es ese fondo.

—¿Cuál es, según Kant?

—Supongo que la razón, señor presidente.

—¿La razón con una gran R?

—Dejémosla con minúscula, a fin de poder proceder.

—Procedamos, Guitton. ¿Y entonces?

—Ser libre es entonces ser causa de sus actos por la razón que consideramos como fondo de nuestro ser espiritual.

—No está tan mal...

—No he dicho lo contrario, señor presidente. Espere la continuación. No quiere que estemos determinados por los objetos que la razón se representa, ni por los sentimientos que estos objetos pueden despertar en nosotros.

—¿Qué significa eso?

—Si lo entiendo bien, señor presidente, ser libre sería no estar determinados por la riqueza, el poder, los cuerpos agradables, la gloria, el paraíso, la bondad de Dios; no estar determinados por la necesidad, el placer, el dolor, el miedo, el amor, etc.

— ¡Caramba! ¿Y por qué diablos quiere que estemos determinados entonces?

— Por la razón pura práctica.

— Explíqueme, Guitton, cómo imagina Kant eso.

— Muy fácil, señor presidente. Tiene usted que estar determinado por la razón sin ninguna consideración de los objetos de la razón, ni de las influencias afectivas de estos objetos sobre usted.

— ¿Cómo lo hace?

— Cuando ha hecho abstracción de los objetos de la razón, no queda más que la forma vacía de la razón. Ella es la que tiene que determinarle.

— ¿En qué consiste esta exquisita criatura?

— La simple concepción de un sistema de leyes racionales, no contradictorias entre sí, organizando un conjunto de datos fenoménicos en forma de una naturaleza regida por la necesidad de sus leyes.

— Habla usted como un libro, Guitton. No es su costumbre. Para mí, es indigesto. Guittonice usted esto, se lo ruego.

— Ser libre es dejar que la razón nos determine. No queremos que nada exterior a la razón tenga el poder de determinarnos. Por tanto, queda el ser determinados por la idea misma de la racionalidad: la no contradicción y la legalidad universal. Seremos libres, pues, cuando actuemos únicamente a partir de reglas universales no contradictorias.

— Así formulado, Guitton, lo comprendo mejor. ¿A qué lleva esto?

— A la eliminación de todas las reglas autocontradictorias. Quedan las otras. Las seguimos. Así somos libres, señor presidente. Y para colmo morales.

— Guitton, ¿por qué esta prima?

— Cuando actuamos así, estamos firmes ante la razón y delante de un conjunto de reglas conformes en líneas generales a lo que llamamos la moralidad. Seguir, firmes, estas reglas es ser moral.

— Pero, ¿por qué?

—Si uno no las sigue, señor presidente, uno se contradice, luego no es racional, luego no es libre.

—Sea, pero, ¿por qué somos inmorales cuando no somos lógicos? ¿Y por qué no somos lógicos cuando somos inmorales? Me parece que una inmoralidad se vuelve totalmente lógica tan pronto como está completa.

—Es un punto de vista que no consideró, que yo sepa, señor presidente. Hay que ser racional. Punto final. Así es.

—Ese Kant es aún peor que el Papa.

—Estoy de acuerdo, señor presidente, con la salvedad de que el Papa no es tan malo.

—¿Pero usted qué opina, Guitton?

—Creo comprender lo que puede significar para Kant ser libre. Pero no veo en sus principios por qué habría que elegir serlo, al menos en el sentido en el que toma la palabra. ¿Por qué elegir ser racional antes que no serlo?

—Guitton, ¿elige usted ser irracional?

—No, pero en vez de estar firmes delante de la razón, me pregunto por qué diablos tendría que obedecerla. Y, en vez de quedarme sorprendido de estupor respetuoso delante de la libertad, me pregunto por qué habría que escoger vivir libre antes que no libre, y ciudadano antes que tirano.

—Hay que preguntárselo, Guitton. Job no blasfema cuando interroga a Dios. ¿Qué opina?

—Señor presidente, estoy apegado a una gran independencia de mi espíritu, ya que en ello veo un bien. Esta independencia, al menos para mí, es una condición para poder ir hacia la Verdad, y hacia el Bien que está en la Verdad. Creo que tengo el deber de ser tan libre que me es necesario serlo para ir a la Verdad y al Bien.

—Así, pues, según usted, Guitton, ¿hay algo más profundo que la independencia, que la autonomía o que la libertad?

—Sí. El movimiento profundo del alma hacia la Verdad, el Bien, el Ser.

—¿El alma se mueve?

—El alma es lo moviente. Y la razón es el pensamiento del alma.

—¿*El pensamiento y lo moviente?*

—*El pensamiento y lo moviente.* A este movimiento del alma, yo consiento o no consiento. La libertad, señor presidente, es un poder consentir —o no— al movimiento natural y gratuito que nos lleva hacia el Bien.

—Es un hecho.

—La libertad es ese hecho mismo.

—En el fondo, Guitton, cuando mis electores detestan la moral, es el kantismo lo que detestan.

—Me parece.

—¿Qué piensa usted?

—Tienen razón. En mi casa de la Creuse...

—¿Allí donde fui a condecorarle?

—Exactamente, día inolvidable entre todos. En una granja cerca de esa casa yo criaba un asno.

—Ya recuerdo. Se llamaba Kant. Me sorprendió. Ahora comprendo.

—En la época de su visita, ya era muy viejo. Ese asno y sobre todo su nombre me costaron los peores problemas. Un traidor me denunció ante mis colegas de la facultad. El escándalo fue enorme. Estuve a punto de ser quemado vivo en el patio de la Sorbona.

Conseguí salir vivo de allí, pero durante cuatro años no preguntaron un solo tema sacado de mis lecciones en el examen de licenciatura.

—¿Y continuó usted dando clases durante todo ese tiempo?

—Oh sí, la cosa era distendida. Escribía mis libros. Y contaba a mis estudiantes lo que escribía.

—No quita para que fuese un buen animal.

—¿Quién?

—Kant. Le di de comer trébol.

—Lo debió de comer por obligación.

—Guitton, ¿qué es el pecado?

—Vivir a contra-Dios.

—Maestro, ¿en qué piensa cuando oye esta palabra?

—En un impedimento.

—¿Un impedimento para qué?

—Para la felicidad, para la libertad, para la cohesión interior.

—Maestro, debería usted añadir: para el impulso, para el despegue, para la liberación.

—No hay nada más bello, aquí abajo, que la belleza de una mujer. Pero quítele el deseo de absoluto, la sed de infinito y el amor no es más que fisiológico. ¿Qué es entonces lo más bello? Voltaire lo escribió: «Lo más bello para el sapo es su hembra sapo».

—¿Entonces?

—Señor presidente, ¿cómo conciliar el amor humano y el amor divino? La santidad es su conciliación. El pecado una disonancia.

—¿No ve Dios que lo que el hombre busca en la belleza es de nuevo el absoluto?

—Y una cierta alegría infinita en las máximas de los placeres. Todo esto es un sueño. El Infinito está en el Infinito. El Absoluto está en el Absoluto.

—Pero todo lo que es bello es como el reflejo. Sólo puedo subir con la ayuda de ese reflejo.

—Está la belleza de Dante y Beatriz en el camino de la salvación. Está la belleza de Paolo y de Francesca, en el quinto canto del *Infierno*. Lo bello realmente bello refleja también el Bien.

—Guitton, cuando estaba en el colegio siempre nos decían que purificásemos nuestros afectos.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿purificar nuestros afectos no quiere decir lo que quiere decir?

—Justamente. ¿Qué es lo que significa para usted?

—Purificarse de nuestros afectos, Guitton, es no tener ya afectos.

—Es más bien no tener más que afectos puros, señor presidente.

—El amor es un torrente, una pasión, un sueño, un fuego...

—¿Ha observado usted atentamente el techo de la Sixtina? ¿Puede usted decirme cuál es la figura central?

—¿El pecado original?

—No, gracias a Dios.

—Entonces, la creación del hombre.

—Tampoco.

—Me rindo.

—Es la creación de Eva.

—No recuerdo esa pintura.

—Es la más bella de todas, señor presidente, y no sé por qué no se reproduce casi nunca, hasta el punto de que es desconocida, en comparación con otros elementos de este prodigioso conjunto. Adán está acostado desnudo a la izquierda de la pintura, dormido con un sueño misterioso, apoyado en un arbusto cruciforme. En el centro, Eva. Acaba de surgir de la costilla de Adán a la llamada del Dios creador. Éste, Padre todopoderoso, se encuentra a la derecha, los pies apoyados en el suelo, tronco de vigor y savia de bondad. Todo orgulloso de su pequeña maravilla, mira a la mujer con grandes ojos benévolos, llenos de preocupación paternal.

—Es inaudito que haya ignorado esto hasta hoy.

—Yo, señor presidente, siento no haber amado lo suficiente.

—La belleza nos embriaga, nos da el sentimiento de vivir y nos hace mirar a aquellos que amamos como símbolos vivos de ideales sin los cuales nuestra vida es polvo y ceniza.

NOTAS

¹ «La tercera posibilidad no se da» (nde).

DONDE NUESTRA CONVERSACIÓN TOMA UN NUEVO RUMBO Y DONDE SE PUEDE VER LO QUE SIGNIFICA LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Mitterrand se calló e hizo un gesto con el que daba a entender que me tocaba a mí continuar. San Pedro asintió con un movimiento de cabeza y reviví entonces el momento más dramático de nuestras conversaciones.

— ¡El juicio, señor presidente, el juicio!

— ¿Seré condenado, Guitton?

— Muchas veces me he preguntado: «Guitton, ¿serás condenado?».

— Si usted lo es, ya sé lo que me espera.

— Dios no razona *a fortiori*. Relea usted el Evangelio. «No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores».

— Guitton, ¿somos aquello que la gente cree que somos?

— Lo que me gusta de Dios es que ve a la gente como es y que es como él la ve.

— El juicio de la gente sobre mí como mucho me rebela y me irrita. Cuando tengo un gesto de bondad, los compadezco.

— ¿Nunca se ha justificado usted ante los ojos de los demás, señor presidente?

— No. Cuando me han herido, siempre me he vengado. Justificado, nunca.

— Es Dios quien justifica.

— Maestro, nunca he visto a Dios.

— Yo tampoco.

— Nunca me he encontrado con él.

- Yo, nunca he hecho otra cosa que eso.
- ¿Cómo puede uno encontrarse con él, si no lo ve?
- ¿Y si fuera en este momento mismo lo que le está ocurriendo?
- No es usted Dios.
- Cristo da a conocer a Dios.
- No es usted Cristo.
- La Iglesia prolonga a Cristo y lo comunica.
- La Iglesia es el clero. Usted no es la Iglesia, Guitton.
- La Iglesia es el cuerpo de Cristo.
- ¿Es usted el Cuerpo de Cristo?
- Sí, si estoy en gracia.
- ¿Y lo está?
- ¿Qué sé yo?
- Asegúrese de ello.
- ¡El juicio, señor presidente! ¡El juicio!
- No se repita. Dígame más bien cómo ha de prepararse uno para el juicio.
- Dejando de justificarse. Dejando caer las máscaras.
- ¿Qué medios tenemos?
- Volverse un niño.
- ¿Por qué?
- «Cuanto más débil es uno, sin deseos ni virtudes, más apto es para las operaciones de este amor que transforma y consume».
- Su madre ofreció su muerte por su salvación.

—Lo sé, maestro.

—No, no lo sabe usted. No sabe usted todo.

—¿Qué más sabe usted?

—Estaba atormentada, señor presidente. El sacerdote que la asistió le habló como se le habla a un alma fuerte.

—No le gustaba otra cosa. ¿Qué le dijo?

—Le cuento. El sacerdote: Señora, sométase a la voluntad de Dios. Ella: Padre, acepto morir, pero estoy angustiada. Él: ¿Le tiene miedo a la muerte? Ella: Temo lo peor para el alma de mi hijo François. El sacerdote juntó las manos, se recogió para recibir la inspiración del Espíritu y, al abrir la boca, dijo: Señora, ofrezca su muerte por la salvación de su hijo y, cuando lo haya hecho, no piense en nada más que en abandonarse por entero en las manos de Dios. Ella cerró los ojos, abrió las manos y dijo: Jesús misericordioso, tuya es mi vida y mi muerte por la salvación de mi hijo François. Un poco más tarde añadió: En tus manos, Señor, pongo mi espíritu. Y expiró.

—¿Cómo sabe usted todo eso, maestro?

—Por el sacerdote que la asistió en sus últimos momentos.

—¿Por qué faltó a su deber de secreto?

—Dios lo permitió.

—¿Por qué lo permitió?

—Con el fin de que llegase el día —hoy es ese día— en que esta muerte le fuese narrada.

Apenas pronunciadas estas palabras, Jesús en persona dijo:

—François, te damos las gracias. Puedes retirarte.

Mitterrand salió.

San Pedro, emocionado, retomó la palabra.

—Jean, ¿qué pasó después de estas conversaciones?

—Creo saber que, seis meses antes de su muerte, el presidente Mitterrand, fuera de su cargo desde hacía poco tiempo, tocó con su mano amarilla y apergaminada, en la calle Frédéric-Le Play, las reliquias de santa Teresa de Lisieux. Más tarde concibió el proyecto de escribir un libro sobre la santa, en forma de diálogo con un obispo francés. Por fin, menos de tres semanas antes de su muerte, el presidente Mitterrand acudió a Lisieux. Lo que hizo lo ignoro.

—Pero yo lo sé —dijo entonces Teresa, con voz fuerte.

Todos los ojos se volvieron hacia ella. San Pedro intercambió una mirada con Cristo y le dijo a Teresa:

—Testifique.

Teresa se adelantó y dijo:

—Cuando lo vi llegar a Lisieux, todo roto, tan viejo y tan enfermo, lo agarré y lo llevé en espíritu hasta la enfermería del carmelo. La misma en que yo había muerto cien años antes. La habitación es casi cuadrada, no muy grande. En un ángulo, mi lecho de muerte. En la pared, bastante arriba, frente a la cama, la estatua de la Virgen de la sonrisa. Mitterrand se situó en la cabecera de la cama. Miró la estatua. Me aparecí entonces, bajo la estatua de María. Le dije:

—Señor presidente, en este año del decimoquinto centenario del bautizo de Clodoveo, convenía que la patrona de Francia se encontrase con el jefe de esta nación, el sucesor de Clodoveo.

Tras saludarle de semejante manera, permanecí en silencio. Ni se sorprendió ni se asustó. Siempre estuvo familiarizado con lo sobrenatural. Me reconoció al primer vistazo. Con una inclinación delicada de la cabeza, me devolvió el saludo.

—Hermana —dijo—, el sucesor de Clodoveo saluda a la patrona de Francia.

No manifestaba extrañeza alguna, dio dos pasos en mi dirección y se detuvo.

—Así, pues, hermana, no he podido escapar de usted. ¿Qué quiere?

—Regalarle un poema que escribí. Se titula *Vivir de Amor*. Éste es.

Recibió el poema de muy buena gana y me dijo:

—Me gustan los poemas. Leeré el suyo con gusto. Me hace usted un gran honor.

—También quería darle un puñado de pétalos de rosa.

Abrí la mano. Alargó la suya y recibió de mí los pétalos que cubrían mi palma. En ese momento, hubo una ráfaga de aire y algunos pétalos cayeron al suelo.

—Son — me dijo — pétalos de rosas de té.

—También me gustan los lirios malvas — le dije.

—Entonces tenemos los mismos gustos, hermana.

Y mientras decía esas palabras, desaparecí de sus ojos. No se turbó. Miró la enfermería, todo alrededor suyo: la ventana que daba al jardín, la cama de dolores, mi fotografía, la mesa de madera, la estatua de la Virgen. Y luego dejó caer la mirada sobre la hoja de papel que tenía en la mano. Leyó mi poema. Podrían haberle oído murmurar. A veces hablaba más alto, añadía una palabra como comentario.

—«*Vivir de Amor*. Bonito título para un poema. Por desgracia, estoy moribundo. Estoy encarcelado. ¿Dónde se esconde Dios?

*Oh Trinidad, eres prisionera
de mi Amor...*

¡Qué solo estoy! A las puertas de la muerte sueño todavía con la felicidad. Todo esto es extraño.

*A los amantes les hace falta la soledad...
sólo tu mirada hace mi beatitud*

Me duele.

Vivir de Amor es sufrir el calvario...

¡Rechazo el sufrimiento! Por desgracia, ¿quién puede comprenderlo?

Al corazón divino, todo lo he dado...

Locura... ya no tengo nada. ¿Tengo miedo?

Desterrar todo recuerdo de las faltas del pasado

Extraño amor el de esta niña por este Dios incomprensible.

*Morir de Amor, ésa es mi esperanza.
Cuando vea quebrarse mis lazos,
mi Dios será mi Gran Recompensa,
no quiero poseer otros bienes.
De su Amor quiero ser abrasada,
quiero verle, unirme a Él siempre;
éste es mi cielo, éste mi destino:
vivir de Amor*

¿Quién puede comprenderlo?».

Iba a marcharse. Se dio la vuelta, fue hacia atrás, recogió los pocos pétalos caídos en tierra y salió.

El presidente volvió a París, viajó a Egipto, volvió aún peor y murió.

DONDE SOY JUZGADO

Cristo se quedó pensativo, la cabeza inclinada. San Pedro no decía nada. Todos los santos rezaban.

Entonces Jesús me preguntó:

—Jean, ¿tiene algo que añadir?

Le respondí:

—Me encuentro ante vos, Jesús, mi Creador, mi Salvador y mi Juez.

Mientras decía estas palabras, intentaba sacar un papel de mi bolsillo. Por fin lo conseguí, pero estaba demasiado emocionado y el papel cayó a tierra... Al instante Teresa saltó, no sin antes lanzar una mirada a Cristo, que había movido imperceptiblemente la cabeza. Todo ello en menos de un minuto. Teresa recogió el papel. Yo estaba muy cansado. Le dije a Teresa, con voz neutra:

—Lea esto usted misma. Es de Ruysbroek el Admirable. Así es cómo me hubiera gustado vivir y morir.

Teresa leyó entonces: «Cuando el hombre considera en el fondo de sí mismo con ojos quemados por el amor la inmensidad de Dios... cuando el hombre después, mirándose a sí mismo, cuenta sus atentados contra el inmenso y fiel Señor... no conoce un desprecio suficientemente profundo para satisfacerse... Cae en un estupor extraño, el estupor de no poder menospreciarse con la suficiente profundidad... Se resigna entonces a la voluntad de Dios... y, en la abnegación íntima, encuentra la paz verdadera... la que nada turbará... Nuestros pecados mismos se han convertido para nosotros en fuente de humildad y de amor... estar inmerso en la humildad es estar inmerso en Dios, ya que Dios es el fondo del abismo... La humildad obtiene las cosas que son demasiado altas para ser enseñadas; alcanza y posee lo que la palabra no alcanza».

Tras leer esto, Teresa se retiró a un lado. Entonces dije:

—He vivido. Amén.

Cristo se levantó. El tribunal hizo lo mismo, menos Teresa, que cayó de rodillas, alzando las manos hacia la Madre de Dios, que acababa de entrar con Montini a su lado. El Papa cerró los ojos. La Virgen hizo a Teresa un signo imperceptible. Cristo levantó la mano derecha con ese gesto augusto que Miguel Ángel, profeta, le había visto y que atestiguó, cuando pintó el *Juicio Final* de la capilla Sixtina. La luz de Dios disecaba mi ser. La mirada de Cristo penetraba en mi corazón. Toda grandeza se había derretido como una montaña de cera. Cristo bendijo a su Padre. Y luego abrió la boca y pronunció el fallo.

«La noche de mi muerte ocurrieron cosas
extrañas en mi apartamento parisino...».

Un Jean Guitton casi centenario imagina
en *Mi testamento filosófico* su muerte, su
entierro y su juicio. En su lecho de muerte
dialoga con Pascal sobre las razones para
creer en Dios, con Bergson sobre las razones
para ser cristiano y con Pablo VI sobre las
razones de ser católico. Durante su entierro
conversa sobre el arte con el Greco, sobre el
mal con De Gaulle, sobre el amor y la poesía
con Dante y sobre la filosofía con Sócrates.

En su juicio intervienen santa Teresa de
Lisieux y François Mitterrand...

Una obra de deliciosa lectura, en la que uno
de los filósofos católicos más importantes del
siglo XX renueva las cuestiones esenciales
sobre el sentido de la vida y nos regala un
testimonio lleno de sabiduría y humildad.

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-535-9



EH
ENCUENTRO
FILOSOFÍA

Índice

PRIMERA PARTE: MI MUERTE	8
De cómo un extraño visitante vino a sembrar la turbación en mi espíritu	9
De cómo Blaise Pascal vino a mi lecho de enfermo a preguntarme sobre mis razones para creer en Dios	19
Donde, al volver a encontrarme con Bergson después de sesenta años, examino con él lo que valen mis razones para ser cristiano	45
Donde vemos cómo Pablo VI intenta hacerme confesar mis buenas y malas razones para ser católico	70
SEGUNDA PARTE: MI ENTIERRO	86
Mi último viaje a Toledo y mi encuentro con el Greco	87
Cómo me instalo en la tribuna de los Inválidos, a fin de seguir más cómodamente la ceremonia de mi funeral	91
Donde Senghor se reúne conmigo en la tribuna de los Inválidos y donde continúa mi asombro	94
Cómo De Gaulle y yo meditamos sobre el mal y otros cuantos temas	98
Donde se pronuncia mi oración fúnebre y los comentarios que tuvieron lugar durante la misma	114
Donde descubro que en la Sorbona enseñé muchas tonterías y donde, sin embargo, me deleito con la conversación de Sócrates	128
Donde Sócrates me habla del filósofo Maurice Blondel y me fuerza a conversar con él sobre el hombre y sobre su alma	142
Donde, al haber ridiculizado dos individuos mis amores, mi mujer viene expresamente a devolverme la serenidad	158
Donde hablo con Dante sobre el amor y la poesía	165
Cómo el extraño visitante hace un último intento y donde ya no sé quién soy	169
TERCERA PARTE: MI JUICIO	174
Cómo dos huéspedes del infierno vienen en el momento preciso a representar una escena de exposición	175
Donde se me ve en gran peligro y donde santa Teresa de Lisieux batalla a mi favor	180
Donde se produce la sorpresa de ver citado a François Mitterrand como testigo de descargo	186
Donde se cuenta cómo conversé con el presidente Mitterrand de los temas más importantes referentes al destino del hombre	196
Donde nuestra conversación toma un nuevo rumbo y donde se puede ver lo que	

significa la comunión de los santos
Donde soy juzgado

239